

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20.

NUM. 230.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

FEBRERO 1908

MADRID

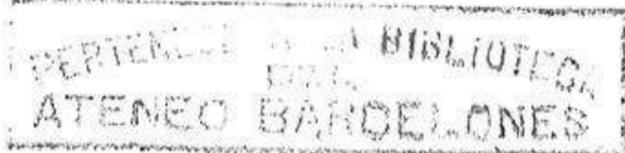
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.



Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA EMIGRACIÓN EN GENERAL

Y LA EMIGRACIÓN EN ESPAÑA



Pocas cuestiones de actualidad tan grande como la emigración, y pocas también en que la opinión formada sea, á mi juicio, tan errónea. Sólo detractores de la emigración se encuentran por todas partes, y mucho extrañará mi voz—que siento no sea más autorizada—contra esa inmensa falange.

Sin embargo, el estudio debe ser ofrenda depositada en el altar de la Verdad, y yo á ese altar acudo á dejar los productos de mi trabajo con la ruda franqueza que engendran las devociones verdaderamente emotivas.

*
* *

Existen entre nosotros algunos lugares comunes que ya muchos fonográficamente repiten, sin darse cuenta, clamando contra la emigración, pidiendo que el Estado intervenga, queriendo poco menos que construir en el litoral un remedo de la muralla de China, hecha con agentes policíacos. Culpa de esto cabe á algunos políticos, ganosos de popularidad y pedestales, que utilizan como frase retórica de un realce inmenso lo de los campos que se despueblan, las ciudades que se desangran, la pobre España que se queda sin hijos, y tantas otras, más propias de la fantasía que de la reflexión.

Hay en todo esto algo de artificioso, pues ni España se des-

puebla ni la emigración es siempre un mal. Al contrario, *la emigración es un bien*. Prescindiendo del aspecto histórico, en que tantos bienes reportara, difundiendo civilizaciones, transformando social y políticamente la América, enlazando el Oriente con el Occidente, llevando el progreso á los salvajes de Africa y Oceanía; prescindiendo del aspecto mercantilista, ya que tanta fortuna deben muchos pueblos (entre ellos España) á la emigración, aun queda el aspecto meramente espiritual, aun queda la emigración como lazo que une países distantes, como vínculo de simpatía que fusiona pueblos diversos, como sostén de la paz por los intereses de reciprocidad que á la sombra de ella se crean, como propaganda de armonía por lo que en el país de destino difunden los emigrantes el respeto para el de su origen (pues tanto más se quiere la patria cuanto más lejos se está de ella), como abrazo, en fin, que á través de montes y mares enlaza á los pueblos.

La riqueza de nuestras costas cantábricas, el florecimiento de Barcelona, la prosperidad de Valencia y Alicante, ¿á qué se debe sino á la emigración? Id por Asturias, recorred los pueblos que rodean á Villagarcía y Vigo, marchad á la provincia santanderina, y donde veáis el mejor hotel, la fábrica más adelantada, preguntad quién la levantó, quién es el dueño, y en seguida aparecerá *el indiano*. Id á Valencia y Alicante y preguntad quiénes son los mejores obreros agrícolas, y veréis cómo son los mismos que en emigraciones temporales marchan á Argelia.

Si esto pasa en España, cosa análoga ocurre en los demás países. Así se ve las repúblicas sudamericanas, que merced á la emigración han crecido y progresado; los Estados Unidos, que á ella son deudores de su fabulosa pujanza; Alemania, que la utiliza para su engrandecimiento mercantil en la gran lucha comercial que tiene entablada con la Gran Bretaña; Italia, que por su crecido número de emigrantes ha logrado en los puntos de establecimiento desplazar productos españoles que en ellos tenían su mercado; Portugal, con simpatías innúme-

ras en el Brasil por lo regular y sostenido de su corriente emigratoria; Japón, que ha podido hacerse dueño de Corea sin discordia con los naturales por el gran número de nipones que, establecidos en ella, habían difundido las costumbres patrias; Inglaterra misma, que, gracias á más de diez y seis millones de hijos suyos mandados á los Estados Unidos, hállase con éstos en cordialísima fraternidad. Ante estos hechos, ¿cómo abominar por sentimiento inconsciente de la emigración?

*
* *

Con pocos que sean los recuerdos que se exhumen del campo de la Historia, basta para llegar á la misma conclusión que precede, á la de que la emigración crecida ha guardado proporcionalidad directa y constante con el desarrollo de la civilización y el aumento del progreso.

Los pueblos en el estado de salvajismo no emigran; la misma falta de elementos los hace estables. Pero en seguida que la civilización asoma, la emigración empieza. Es indiscutible que el mayor progreso abre nuevos y dilatados horizontes á las necesidades humanas; y así como el individuo, cuanto más sobrio es, tanto más se convence de su propia insignificancia, así los pueblos, cuanto más grande es su progreso y cultura, más precisados se ven del intercambio de servicios y más débiles se sienten en el aislamiento. La división del trabajo se hace mayor, se diversifican más las aptitudes y las producciones, y hay que romper fronteras para ir más allá de las propias á ofrecer lo que sobra y á recoger lo que falta.

Las emigraciones aisladas son, sin embargo, escasas en la antigüedad. Aun cuando se diga que hay exageración al creer que en los tiempos de la Edad Antigua y Media, extranjero y enemigo eran denominaciones sinónimas, lo cierto es que no distaban mucho de la sinonimia. Sin garantías para su persona que emanaran de una ley preestablecida y fueran aplicadas por un poder imparcial y justo, sin más derechos que los que la benevolencia del país adonde se dirigía querían reconocer-

le, sometido á enojosas tutelas y protecciones, vejado con instituciones tan odiosas como el *albinagio*, bien puede decirse que debió ser bastante escaso el número de individuos que se atrevieran á emigrar aislados, mucho más si pertenecían á las bajas capas sociales. Y hasta tal punto creo justo este aserto, que la Historia nos muestra cómo para lograr los brazos necesarios se recurría á los mercaderes de esclavos, que efectuaban las compras precisas.

De ahí que las primeras emigraciones fuesen colectivas, en masa; es decir, invasiones. Ejemplos de ellas los tenemos en la de los *Hicsos* en Egipto, la de los *Hebreos* en Palestina y la de los *Scytas* en Asia Menor. Emigraciones colectivas fueron las que difundieron la cultura helénica creando colonias que, aunque carecían de vínculo material con la Metrópoli, eran su remembranza en carácter, organización, creencias y costumbres; emigraciones colectivas sirvieron de base á la extensión del poder de Roma; emigraciones colectivas de celtas, galos, cimbrios, teutones, suevos y helvecios acabaron, en bien de la civilización y del progreso, con el corrompido imperio, que necesitaba transfusión de sangre sana á sus venas putrefactas; emigraciones colectivas fueron, en fin, las de la raza árabe, joven y animosa, que entonces representó el zenit de cultura.

Después, las invasiones normandas—emigraciones escandinavas á mano armada—establecen poblaciones en la Gran Bretaña é Irlanda, en las bocas del Sena, en Italia del Sur y en Sicilia. Siguen luego las Cruzadas—emigraciones temporales de los cristianos á Tierra Santa,—que ponen en comunicación el mundo oriental con el occidental.

Y así se llega al acontecimiento magno en la historia de la emigración, el descubrimiento de América, determinante del cambio de la emigración en masa por la individual.

Contenidas las poblaciones europeas en el Viejo Mundo, el descubrimiento de Colón pareció á modo de válvula de seguridad, por la que empezó á salir la población aventurera, pues

la miseria, por naturaleza tímida, y el espíritu trabajador, entonces muy escaso, no fueron los factores más importantes del contingente que derivó hacia la América; lo fueron la codicia por las grandes riquezas y el espíritu aventurero, el afán de vivir entre lances y batallas, siempre apetecibles por los que de la holganza hacen su culto; lo fué el *auri sacra fames*, que dijo Gladstone. Hernán Cortés, conquistador de empuje, que en germen no fué sino un estudiante desaplicado é inepto, es el tipo que caracteriza una época de emigrantes.

Las realidades defraudaron las esperanzas, y en el siglo xvii se detiene el movimiento emigratorio á la América. Entonces es cuando se organizaron las Compañías privilegiadas de Indias, órganos de casi toda la corriente emigratoria de dicho siglo. Y decimos casi toda, porque en el siglo xvii, durante su primer tercio, es cuando se verifican las grandes emigraciones inglesas de puritanos y presbiterianos, que alejándose de su patria por las persecuciones políticas y religiosas de que Carlos I les hizo objeto, llevaron á efecto la fundación de numerosas colonias.

Progresos en la navegación y expansiones comerciales determinaron una corriente continua de emigración en el siglo xviii, detenida por la Revolución Francesa á causa de las guerras napoleónicas. Mas desaparecidos estos motivos transitorios, la emigración sigue con más fuerza que antes, porque la navegación se hace más rápida, segura y barata; los lazos que de antiguo parecían atar al hombre con su terruño se rompen, y un prepotente individualismo convierte al hombre en un sér que á sí mismo se deifica y ante sus propios ojos se crece y agiganta; las naciones empiezan á relacionarse mediante los órganos permanentes de la diplomacia que establece el Congreso de Viena y el de Aquisgrán; la igualdad revolucionaria dignifica la condición del extranjero, para quien el antiguo recelo y desconfianza se extingue; la libertad proclamada hace que disminuyan las trabas y obstáculos artificiales puestos por los Gobiernos á las emigraciones; y finalmente, el

Derecho Internacional comienza á tomar cuerpo en la realidad, desligándose del Natural, con el que venía confundido, para pasar á la esfera positiva.

*
* *

Muchas son las causas que pueden producir emigraciones, pero todas ellas pueden perfectamente reducirse á dos: una, la que tiene asiento en el alma humana, produciendo esos espíritus aventureros, esos caracteres independientes, cuyas tendencias les lleva á lo ignoto, á lo nuevo, haciéndoles obsesos de una verdadera *neofilia*; y otra, la que tiene asiento en el cuerpo, la que reconoce como origen el hambre, la debilidad, la miseria, y que empuja inevitablemente hacia un horizonte en el que se ponen esperanzas que conforten de la consunción y agotamiento de fuerzas. El exceso de población y la esterilidad del territorio, las dos grandes causas de emigración á que suelen referirse los tratadistas, no son otra cosa sino manifestaciones del pauperismo, de la miseria, originada por una excesiva distribución de los productos ó por una reducida producción, siempre por un notorio desequilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

En España, ¿cuál de las dos causas apuntadas es la que produce la emigración? La emigración, ¿se debe á que hay tendencias emigrantes en el carácter español, ó se debe á que hay hambre y miseria?

No ha faltado quien, siendo verdadera autoridad en tal materia, haya atribuído la emigración española á condiciones de temperamento que, con influjo irresistible, empujaban á la busca de aventuras y emociones que sirvieran de pasto á la imaginación exacerbada. El Sr. Labra, en el Congreso Social y Económico Hispano-Americano, decía: «Yo tengo por indiscutible el hecho de que, existiendo varias determinantes de la emigración española, una de esas determinantes, quizás la más arraigada, y aun la más visible, es la fuerza expansiva de nuestra raza, el ánimo de la dilatación, el amor á lo lejano y

difuso, el deseo de correr los mares y pisar nuevas tierras donde probar el empuje y la fe del emigrante, y las energías y las aspiraciones que vibran eternamente en el hogar originario ó de procedencia..... No; no es cierto que el deseo de mayor comodidad, menos el imperioso reclamo de la necesidad material urgente, sean las únicas causas, ni siquiera las más poderosas, de la emigración de las provincias del Norte y Noroeste de España, emigración que, ahora mismo, después de los desastres de 1898 y de la pérdida de Cuba y Puerto Rico (precisamente para Cuba), y cuando se inicia en las playas del litoral Cantábrico un imponente y ya afortunado movimiento industrial y económico. Por encima de esos motivos, acentuadamente interesados, está un estímulo de carácter moral, una razón de trascendencia en el orden general de la vida humana: aquella incomprendible fuerza que empujó á los almogávares del siglo XIV á realizar la legendaria empresa del Oriente, que animó á los compañeros de Núñez de Balboa en el Panamá y de Irala en la Plata, y que llevó los autores de las Leyes de Indias á dar á la empresa colonizadora española otro fin más superior que el de la mera explotación material ó económica de las tierras conquistadas».

La opinión del Sr. Labra, compartida por muchos, ¿es cierta? Para mí la negativa es indudable. En primer lugar, si fuera cierta, la emigración sería un hecho general en todas las capas sociales, que por igual serían copartícipes de las tendencias nacionales; y, sin embargo, se observa que, lejos de eso, son los pobres, los incultos, los analfabetos quienes emigran, llevando al país de destino su mero esfuerzo personal, y teniendo que actuar de meros braceros, inútiles para cuanto no sea el trabajo material y rudo. En segundo lugar, el crecimiento de la emigración después de nuestra rota del 98 nada tiene de particular existiendo factores determinantes de ello, como la pérdida de mercados, que destruyeron mucho comercio, el aumento de tributos, el miedo que se apoderó de muchos ánimos, etc. Y, finalmente, el atribuir á los almogávares pensa-

mientos de carácter moral pugna con todos los datos de la Historia.

Sólo á la miseria es á lo que puede atribuirse la emigración española. ¿Es que la población es excesiva y la falta de subsistencias empujará hacia otro país donde puedan hallarse? ¿Es que la esterilidad del suelo engendrará un déficit en la producción? Lo primero no es fácil; una estadística cualquiera acusa una densidad mayor de población en casi todas las naciones europeas que en España; Bélgica, Holanda, Austria y Francia, con una densidad mucho mayor que España, dan menos contingente de emigrantes. Lo segundo tampoco puede afirmarse con exactitud; aquella frase de Cánovas que decía que España sólo había sido rica en hombres de guerra, es una hipérbole. Una nación que cuenta con más de tres mil quinientas horas de sol al año; una nación que en poco más de medio millón de kilómetros cuadrados de superficie tiene las siete regiones agrícolas, y lo mismo se da la caña de azúcar en Almuñécar y Motril, que el naranjo en Valencia y Murcia, el olivo en Aragón, la vid en León y Castilla la Nueva, los cereales en Castilla la Vieja, los prados en Galicia, los bosques en Asturias; una nación que posee toda clase de producciones, que está bañada por tres mares, que se halla surcada por cerca de trescientos ríos — desgraciadamente desaprovechados por la incuria gobernante, más atenta á las nonadas de la política menuda que á los altos intereses patrios,—que posee altas mesetas y hermosos valles, donde se disfruta, desde un clima ardoroso, cuasi tropical, hasta otro frío intenso, con cielo hermoso y diáfano en Andalucía, con grandes nebulosidades en el Norte; una nación así, ¿es de suelo estéril?

A mi parecer—y así lo tengo sostenido en anteriores estudios — la causa primordial de emigración en España es la miseria.

La miseria, los negros horrores de la miseria, esos que se sufren porque no se come, porque se vive mal, porque el trabajo escasea, ¿qué duda tiene que pueden producir el que la

mente se remonte por encima de esas negruras, y, siempre esperanzada, piense en que su suerte podría mejorarse en otras partes? Y cuando esto se piensa un día y otro, y cuando un día y otro también se sigue sufriendo, llega un momento en que la misma situación presta fuerzas y el ánimo se decide: aquél es un emigrante.

Como luego he de referirme á la misión que el Estado tiene en este problema, y he de hacer aplicación á nuestra patria, precisa señalar cuáles son las causas de tal miseria, para poder ver adónde tiene que dirigirse la actividad del Estado.

Señaladas á la ligera, son tales causas: la instrucción teoricista que recibe la juventud española; la incultura de las clases trabajadoras; el número escaso de cooperativas, así como de centros de instrucción y recreo lícitos para obreros; la mala condición del obrero, que tiene una jornada demasiado larga, un salario escasísimo en muchos casos; que la mujer y el niño son objeto de explotación; el último sin garantías para el aprendizaje que sean efecto de la regulación jurídica de dicho contrato, y aquéllas sin garantías tampoco para el obligado período que abarca las postrimerías del embarazo, el parto y el puerperio; y al lado de esto, el trabajo á destajo, aniquilador de los obreros mejores y más fuertes; lo rarísimo que es el conceder á los obreros una participación en los beneficios; la falta de una Caja de retiros para proporcionar una pensión que asegure el sustento á los obreros ancianos é inválidos; los abusivos *sweating-sistem* y *truck-sistem*; lo incierto del derecho á la huelga, sometido á las arcaicas disposiciones penales de una época en que no podía presentirse la intensidad y desarrollo que en la actualidad tienen los conflictos entre el capital y el trabajo; las luchas frecuentes entre el capital y el trabajo, que hacen escasee el último y detienen los progresos industriales y agrícolas; los impuestos excesivos; el caciquismo y usura; los consumos, impuesto que con su progresividad al revés encarece de un modo descompasado el precio de los artículos de primera necesidad, únicos usados por las clases más meneste-

rosas, y del cual se valen los caciques para hacer más insoporable la situación de las familias que no les son afectas; la contribución de sangre, tan irritante por la desigualdad que encierra la redención; los latifundios y el absentismo; el abandono de las vías de comunicación; la escasa protección prestada por los Gobiernos á la agricultura y ganadería; la inadecuada organización de las Cámaras de Comercio; y, finalmente, la inestabilidad política, que hace imposible la permanencia de ninguna idea reorganizadora en la gestión de los negocios públicos.

*
* *

Expuesta á grandes rasgos la causa de la emigración, toca examinar las consecuencias que produce.

No hablemos de las consecuencias para el emigrante, ya que éstas dependen de su personalidad, variando totalmente según sus hábitos de trabajo, sus virtudes y su continuidad en el esfuerzo; no hablemos tampoco de las consecuencias para el país de destino, ya que es indudable el aumento de población, el aumento de capital, el aumento de brazos útiles para el trabajo, la extensión del cultivo á terrenos baldíos y el acrecentamiento de relaciones internacionales y transacciones mercantiles; hablemos de las consecuencias para el país en que la emigración se produce, y así veremos si la intensidad del mal es esa tan inconscientemente pregonada.

Decía J. B. Say que la partida de 100.000 emigrantes por año, con el peculio que llevan, equivale á la pérdida de un ejército de 100.000 hombres que todos los años pasaran la frontera con armas y bagajes. ¿Hay exactitud en ello?

En primer lugar examinaremos lo relativo á la población. La emigración ¿la disminuye? ¿Retarda, al menos, su crecimiento? No hay un solo ejemplo de países en que la emigración abunde y la densidad de población disminuya. Para nadie es un secreto que en Alemania cada día aumenta más la corriente emigratoria; pues bien: en 1902 tenía una densidad de 104 ha-

bitantes por kilómetro cuadrado, y en 1905 lo era de 112. España presta el mayor contingente de emigrantes en los litorales valenciano, catalán, cantábrico y galaico, y las provincias de estas regiones están mucho más pobladas que las mesetas castellanas y las sábanas andaluza y extremeña. Francia aumenta de población en Normandía, que es donde la emigración es más grande, y disminuye en las provincias montañosas del Este y Sur. Lehr cita el caso de Inglaterra, que en el decenio de 1841-51, en que disminuyó la emigración, fué más débil el crecimiento de población, y afirma lo contrario de Say, á saber, que «no es el gran número de nacimientos el que estimula la emigración, sino ésta la que estimula la reproducción humana», citando esta opinión de Roscher: «Toda extensión relativa de la masa de subsistencias lleva tras de sí un crecimiento de población. Es, sin embargo, incontestable que la creencia universal en una extensión de las subsistencias debe causar el mismo efecto que esta extensión realizada»; y esta otra de Leroy-Beaulieu: «La tendencia al aumento de población tiene por medida no sólo los recursos reales de los trabajadores, sino la opinión que ellos tienen de estos recursos».

Para mí, las opiniones de Roscher y Leroy-Beaulieu de que Lehr se sirve son incontestables. A esa creencia obedece, en mi sentir, el problema de la despoblación francesa, que ya apunta en Inglaterra y Alemania, según ha probado Arren en un artículo reciente, nutrido copiosamente de datos estadísticos, y cuyo único origen yo creo que estriba en la limitación voluntaria del número de nacimientos, sobre todo en las clases media y alta, para no tener que renunciar á reducir el *comfort*.

Mas admitiendo tales opiniones, no por eso creo quede suficientemente probado que la población no disminuye por la emigración. Lo que hay es que los países en que la emigración alcanza cifras de importancia lo deben ó á una densidad de población grande ó á una miseria extremada. Si lo primero, como tal densidad será la resultante de un gran coeficiente de natalidad y buenas condiciones de higiene social, claro es que

la población seguirá creciendo; si lo segundo, muchas serán las familias pobres que emigren, pero aun serán siempre más las que se queden, y el pauperismo es el que mayor número de nacimientos engendra, hecho suficientemente probado, aun cuando las causas no estén bien precisadas.

Ahora bien: ya que la población no se retarda en su crecimiento, ¿disminuirán los capitales? Creo que tampoco, porque, determinándose principalmente la emigración entre las clases pobres, hay una compensación sobrada entre sus pequeños peculios y el crecido número de capitales que regresan, sin olvidar los giros considerables realizados por los emigrantes.

*
* *

De intento he dejado para el final de este artículo lo más interesante en el problema emigratorio, y es la función que al Estado compete realizar.

En primer lugar, ¿puede y debe impedirse la emigración? Que no es posible lo demuestra el hecho de que de nada han servido restricciones legales para aminorarla. Y en cuanto á si debe intentarse la prohibición, creo que fuera de aquellos casos en que gravite sobre las personas el cumplimiento de determinadas cargas fiscales (servicio militar), la responsabilidad criminal (cumplimiento de una condena) ó la responsabilidad civil, ó de aquellos otros en que no exista la capacidad legal, por tratarse de menores que marchan sin el consentimiento de las personas llamadas á prestarlo ó de incapacitados que carecen de autorización del tutor, no se debe intentar siquiera el prohibirla. Hacerlo equivaldría á negar la libertad individual, negando la substantividad de la persona humana, para convertirla en mero átomo formativo del Estado, sin más voluntad que la de éste. Así como existía una servidumbre personal, en la que el siervo estaba adscrito al señor, y otra de la gleba, en que la adscripción era al terruño, ahora habría que resucitar la esclavitud, instaurando una nueva forma de ella con la *servidumbre estatal* ó *estatolatría*, en la que el in-

individuo permanecería siempre sujeto al Estado en que nació, ínterin no se dignara manumitirle como gracia especialísima.

«Es necesario poner un dique á la emigración; es necesario que el Estado la impida». Tales son las voces que han resonado con frecuencia y aun siguen resonando en Parlamentos, conferencias, mitins y prensa. Mas cuando la reflexión se impone, todos reconocen la necesidad de respetar la libertad del emigrante, sin más restricciones que la de exigir una manifestación clara de que su voluntad se halla determinada en tal sentido, y una prueba de no tener pendiente el cumplimiento de responsabilidades penales ó fiscales.

En el Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900 decía el Sr. Piernas: «El que emigra no deja un hueco en la población... Aunque el emigrante sea un aventurero, debe dejársele libre... Es un egoísmo colectivo muy mal entendido el que pretende se malogren con daño común esfuerzos y aptitudes que en otro lugar pueden desenvolverse en beneficio de todos». En dicho Congreso decía asimismo el Sr. Alonso Criado: «Tratar de reglamentar la emigración es como querer poner puertas al viento». Jardón escribe: «La emigración actual no debe cortarse, ni es conveniente oponerle diques ni cortapisas. Para el que tiene ansias de lo desconocido y puede tocarlo, sería una prisión odiosa la de la patria si, contra su voluntad, se empeñaran en retenerlo». Gutiérrez Sobral, en una carta prólogo de un libro sobre emigración, debido al marqués de Fuensanta de la Palma, dice: «Poner trabas al movimiento del hombre, limitándole el campo de acción de su trabajo, me parece un absurdo, porque absurdo es obligar á residir en un lugar al individuo que en él no encuentra medios para realizar el desarrollo de sus facultades en beneficio de su existencia». Rodríguez San Pedro, Labra, Zulueta, Montero Ríos y tantos otros han expresado en el Parlamento opiniones análogas.

La libertad de emigrar es indiscutible; pero el Estado ¿deberá cruzarse de brazos cuando se marchen sus hijos?

E. M.—*Febrero 1908.*

Yo creo que la misión del Estado no termina en el embarque, sino que continúa en la travesía, y se sigue ejerciendo en el punto de desembarco. ¿Cómo? Con una ampliación de las funciones consulares, si se quiere; con instauración de nuevas instituciones, si así parece preferible. La forma es lo de menos; la esencia es lo que importa. Y la esencia es que en los puntos elegidos por los emigrantes para el desembarco haya quien en nombre del Estado les proporcione datos, les facilite trabajo, les ponga en relación con los naturales, investigue el trato que reciben, intervenga en los contratos que hagan, tenga obligación de denunciar abusos, comuniqué al Estado de que proceden los datos y noticias que deban ser tenidos en cuenta, sirva de lazo de unión entre su país de residencia y el de origen, transporte á los que no alcancen el éxito apetecido, etcétera, etc. Esto, después de haber tenido el Estado un servicio de inspección y vigilancia durante la travesía para evitar los abusos horribles que se cometen. Todo esto es preciso si el Estado ha de ser padre cariñoso, en vez de padrastro que sólo se acuerda de sus hijos para obligarles al servicio militar y exigirles el pago de impuestos. Y es preciso más: hay que elevar el rango de nuestras representaciones diplomáticas en América, adonde tantos españoles se dirigen, y que es vergonzoso se tengan más descuidadas que las de puntos como San Petersburgo, en que apenas si tenemos intereses.

El Estado debe encauzar la emigración, dirigiéndola principalmente á América. Allí hay un vastísimo territorio, escasísimamente poblado, en el que se habla nuestra lengua, en el que se siguen nuestras costumbres, en el que se leen nuestros literatos, en el que se admiran nuestros sabios, en el que se reverencian nuestras glorias. Y al lado de eso hay un Estado poderosísimo que no sabemos con qué título ha proclamado el principio de «América para los americanos», y á su evocación persigue con tenacidad la hegemonía del Nuevo Continente. Con más medios materiales, con grandes recursos financieros, con una cultura asombrosa, si pretende apoderarse del alma

de esas naciones hispanas, lo conseguirá á muy poco esfuerzo, dada nuestra desidia. ¿Por qué no utilizar la emigración como arma que lo impida? Cuantos más españoles allí vayan, cuantos más intereses allí se creen, cuantos más y más vínculos se aten entre la madre y las hijas, más y más difícil resultará extirpar del corazón filial el amor de la que les dió existencia á la vida del progreso.

La política á seguir no está en medidas prohibitivas de la emigración, sino en procurar no se enseñoree la miseria de los hogares, y así los que marchen sean los que conscientemente quieran; y logrado esto, encauzar la emigración hacia la tierra americana. ¿Medios para todo? En la conciencia están. Haya Gobiernos estables y buenos, inicien una política de reconstitución, recurran si fuere necesario al crédito, abran vías de comunicación de interés general, hagan pantanos, canalicen ríos, repueblen bosques, protejan la ganadería, impulsen el progreso de la agricultura, expropien los latifundios, persigan el absentismo, regeneren las costumbres, reformen los impuestos, castiguen las ocultaciones, difundan la instrucción, extirpen la usura y el caciquismo, mejoren la condición del obrero, y cuando la política tenga este alto y sublime concepto y las energías que hoy se pierden en las nonadas del personalismo y en el cubileteo electoral se aprovechen en obras verdaderamente nacionales, que aúnen voluntades en vez de dispersarlas, entonces la emigración quedará por sí misma reducida á sus justos límites, porque estos medios son más eficaces que el lanzar desde la *Gaceta* leyes y circulares, que en ella exhalan simultáneamente el primer vagido y el suspiro postero.

MARIANO MARFIL

FE, CARIDAD Y ESPERANZA

Hace cuatro años que vivo alejado de Madrid, pero sin dejar de mirarle atentamente y de escrutar sus perspectivas mentales. Mis frecuentes viajes á la Corte me permiten rectificar errores de tamaño, precisar matices, fijar sombras, determinar significaciones, vislumbrar tendencias, etc., etc. Mi inmersión en este gran *remanso* ejercita mis fuerzas de nadador que lucha para no dejarse *tragar*. Vengo siempre á Madrid con mucho espíritu, con frescura de ideales, con voluntad en tensión; y al marcharme llevo cansera en las entrañas del carácter. ¿Por qué?

No son decepciones, porque nada pido que no procure merecer; no son desalientos, porque todo lo que aspiro en mi alma lo llevo. Es asco, contaminación de desgane mental, síntomas de anemia, caquexia espiritual.

¡Por todas partes el rebaño, el rebaño pastoreado por un nombre exótico, alimentado en borreguil apetito con pan de munición; el cotarro formado para hacer la digestión de cosas no ingeridas, donde la conversación insinuadora viene á ser un revulsivo de ideas recién cazadas! Todos estos son legionarios de la *Unión de jóvenes* presidida por el abogado *Stensgard*, que en su practicismo instintivo logra hacer la síntesis química de la esclavitud del que mendiga y del señorío del que da. Ellos han pactado con sus efectivos señores la ración de la letra de molde francesa, para sacarlos de apuros en el Parlamento, á

cambio de la ración de las estampitas que el Banco de España fabrica *para vivir y dejar vivir*.

Yo encuentro un admirable asunto en este comercio recíproco de los jóvenes y los viejos (tema ya desflorado) para dar mi parecer sobre él y marcharme después tranquilo á mi refugio solitario, donde seguramente he de fraguar pan para unos y hambre para otros, agrandándome en estima á mis propios ojos por haber fabricado, no un castillo de marfil sobre inmensa planicie arcillosa, sino un nido de ideales cobijado por el árbol de la vida, de mi vida, soterada primero en el subsuelo espiritual de España y abierta más tarde al sol con intensa virtud germinativa... intensa, por lo menos en deseo.

Soy joven todavía; pero me apartan de estos jóvenes, no mi juventud, su vejez. Quieren ser verbo espiritual de los senadores católicos y de los diputados radicales: ¡verbo mental, los papagayos, los rementores del eco palabrero, de la híbrida sinfonía ó del preciosismo del *boudoir* francés!; quieren ser la vanguardia de la mentalidad española los que, embadurnándola de insinceridad efectista, procuran presentar en el mercado productos de relumbrón, y por unos pesos duros saquean media biblioteca.

Pero bien miradas las cosas, todo esto se reduce á un puro aparato y á una impura comedia fabricada con manía álgida de notoriedad periodística. La inmortalidad de estos genios, «*como la flor del cactus, dura un día*». A quien tuvo valor para escribir un libro sobre nuestra gran careta teatral española, no ha de faltarle para trazar unas cuartillas sobre esta fase de nuestra mentalidad, miserablemente tatuada para desfigurar sus fealdades.

Pero no es lo peor la falta de sinceridad, el maridaje del corazón con la inteligencia que piensa, sino el cinismo exacerbado, este *cinismo urbano*, que es poquedad de entendederas y terquedad de ignorancia, con ribetes de boulevard ó de salón, que adopta los tonos de Fulano, ó las maneras de Mengano, y

las rebeldías de Nietzsche, como el gato de una patrona malhumorado por falta de *ración integral*.

Este dogmatismo cínico es como el de muchos curas de aldea que yo conozco, que comparando la ciencia con la teología dejan tamañita á aquélla, y en sus adentros han de exclamar, como el predicador del cuento... *non sum plus*, cuando hayan de explicarse lo que por intuición hija del trabajo acumulado otros ven.

Pero el caso no es el *ser*, ni *rester*, como aspiran los franceses, ó *werden*, como anhelan los alemanes, sino *pasarlo bien y llegar, pareciendo*. El parecer es la caricatura de la vida espiritual de nuestra futura generación: parecer bueno, parecer sabio, parecer poeta, parecer pensador, parecer rico, tener fachada de percalina gris y dar el pego al público haciendo creer que es de granito.

Porque hay dos maneras de *llegar* (no dicen crecer, no sienten la significación íntima de la palabra *evolución*), no saben desenvolverse, pues la realidad, dura, fría, inexorable, los arrolla; hay dos maneras de llegar, de llegar á tal parte, de colocarse en aquel plano ó en el de más arriba, con Fulano ó con Mengano, con una cátedra ó con una mitra; de llegar no á paso forzado, sino en los automóviles del municipio, la provincia ó la nación, misterio de nuestra santísima trinidad política, que hace el milagro de vivir sin ganar la vida y echarla á perder á veces.

La *carrera* de estos jóvenes es de ministerio á ministerio, de su guardilla á tal tertulia, del arroyo al café, de la cacharrería á la cátedra grande, de la biblioteca al salón de conferencias... Son zánganos que zumban en esta gran colmena burocrática, sin educar el sentimiento del paisaje, en la magnífica hermosura de una mañana de Abril en estas majestuosas llanuras, de un cielo á plena tarde, de un Guadarrama nevado, reverberando luz á meridiano sol.

La ciudad se los ha tragado. En su laminador brutal, espíritus dóciles y plasmables fueron pasando poco á poco, para

decorar después las grandes empresas de la ñoñería nacional, en la industria, la banca, la cátedra sagrada ó la novela de costumbres. Hacen el oficio del zinc embadurnado en las tiendas de comestibles.

Se cultiva la especialización; pero lo característico es la despreocupación por lo serio y la ocupación en lo trivial. Parece que el oficio de estos rumiantes de pacotilla es tragar los desperdicios mentales de exóticas culturas, ó fabricar harina con el grano merodeado en las sepulturas de las momias egipcias.

La letra de molde es el gran pedestal para estos *faiseurs*. Y como la inmortalidad de un día dicen que no cuesta más que cincuenta pesetas en *primera plana*, es muy fácil que jóvenes medianos resulten genios y corten el cupón de inmortalidad á los pocos meses de exhibición, si el barquichuelo que lo lleva no se hunde. De las dos maneras de llegar, la más fácil es explotar la fuerza animal de sus protectores, y además la ignorancia. Dicen que en tierra de ciegos el tuerto es rey; pero como los ciegos no pueden ver si el tuerto se duerme, podrá suceder muy bien que á su habitual ronquido se le dé una significación musical. ¡Quién sabe si los cerdos en su especie tienen también sobrecerdos nietzschianos con espíritu musical y mente soñadora para entretenerse en sus ocios!

*
* *

¿Y quiénes son los viejos? En una nación vieja, antes envejece el joven que el viejo se rejuvenece. Son viejos muchos jóvenes. Pocos viejos tienen un alma joven y un corazón no agriado por la experiencia y el desengaño. La ilusión es cosecha de flores de la primavera de la vida. Quien sabe recogerla y atesorarla en todas sus estaciones, tiene siempre juventud, y ese es el ideal de todo viejo. Que por él solamente puede soldarse su espíritu con el de las generaciones que formó. La solidaridad de dos generaciones no es obra de autoridad, sino de sentimiento.

Quien siente de veras la vida y recuerda en su vejez el espíritu expansivo de aquélla, es un viejo cuya mirada no tiene trayectorias ni hacia la cuna ni hacia el sepulcro. Hace arrancar de ambas una doble y mutua aspiración; las hace converger en sí y, luego de recogerlas, las eleva al ideal del vivir eterno, libre del fuego arrebatador de los veinte años y del hielo de los ochenta. En el mirar, ni el exceso de luz ni la eterna sombra. En el sentir, esa tibieza encantadora, esa efusión de las almas de horizonte inmenso, lleno de montañas y valles en feraz cultivo, en la vida alegre y laboriosa.

Como las edades del espíritu no coinciden con las del cuerpo, aunque debieran coincidir, ó por lo menos corresponderse, en pueblos donde la individualidad es poco fértil y además no se la cultiva, la memoria es el albergue de los muertos que rigen á los vivos.

El poder de dirección está en razón inversa de la distancia á la cuna, y en razón directa de la distancia al sepulcro. Si juventud es plenitud de vida en crecimiento, vejez es plenitud de autoridad en dominio.

En nuestro *senado* social y en el *político* las capacidades no siempre coinciden con las posiciones. Los derechos adquiridos, las fórmulas y los precedentes son las máquinas movidas por el *Senior* español. En el expediente y en los buenos peones de la burocracia se encuentra todo lo demás que se precisa. Después, por sustitución y ley del menor esfuerzo, el peón se hace capataz, maestro de obras, ayudante, ingeniero y, si los años ayudan, *empresario*.

Según los cálculos del Instituto Geográfico, el coeficiente demográfico de la vejez española (Reseña geográfica y estadística de 1888) es de 7,98 por 100, ó sea el 8 en números redondos. Quiero suponer que después de veinte años este coeficiente no haya variado; por consiguiente, para una población de veinte millones de habitantes habrán de existir poco más de millón y medio de viejos por la edad del cuerpo. ¿Cuál es la proporción de la del alma? Aquí se me ocurre pensar en las

relaciones que en nuestro país existen entre el *progreso* y la *rutina*, el *experimento* y la *experiencia*, el *valor* y el *miedo*, como factores psíquicos ó poderes del alma española en su edad activa y pasiva. Si hay más rutina que progreso, si damos más fe á la experiencia de otro que á la propia experimentación, si es mayor el miedo que el valor, podemos asegurar que el reino de los sesentones y ochentones se parece á una Monarquía absoluta. Como en ellos representaciones é ideas fijas, las aprendidas en su juventud, que son las de los muertos de hoy, son las más claras, las que poseen mayor fuerza de transmisión para generar un movimiento, de ahí que sea preciso reducir á muy pocos el millón y medio de que antes hablamos, y que las raíces de la individualidad espiritual actual, hayan de buscarse en un Don Juan, el Cid, Pelayo, Don Rodrigo, Isabel la Católica, etc., para los eruditos; Cánovas para los políticos autoritarios, Sagasta para los enredadores, Prim para los intrépidos, Narváez para los dictatoriales, Diego Corrientes para los ladrones aventureros.

Así como cada joven tiene en el viejo el resorte que le mueve, el viejo guarda en su memoria el muerto que le guía. Por eso no es paradoja aquello de que vivan más los muertos que los vivos en nuestro país.

Los viejos de sesenta, sesenta y cinco, setenta y setenta y cinco años de hoy tenían treinta en el 77, 72, 67 y 62, épocas todas de efervescencia mental y política, en la cual, por carecer de solidaridad con los de su generación, por tener subordinación á los viejos y no unión con los jóvenes de su edad, no lograron, no supieron, no quisieron cultivar la planta que la *élite* que los había dirigido arrojó al suelo español. Adoptaron la postura de la oración, pero con el espíritu durmiente. Envejecieron á los treinta años, á esa edad en que el hombre empieza á revelarse tal cual es. Fueron los cosecheros del espíritu revolucionario y democrático, en vez de ser sus laboriosos *pioneers*. La riqueza mental y moral que heredaron, adquirida á fuerza de sangre y de valor, no supieron conservarla ni fo-

mentarla. Como los mozos hijos de una generación de industriales, sintieron atavismos hacia el salvajismo vagabundo, que gasta en luchas orgiásticas su vida y su dinero. Guardaron las libertades pronunciadas en letras de molde, en un código hecho á patrón pedido, en vez de cultivarlas é injertarlas en nuestra personalidad, en vez de escribirlas en nuestros hábitos con la mano pragmática de una voluntad perseverante. Se creyeron libres y liberales por decreto. La libertad, en vez de brotar de adentro, se nos impuso desde afuera. Fué hija del ojo y del oído, y no del corazón. Fué el esquemático fantasma de un ideal, no el poderoso calor de una vida. Ahora, cuando el agua les llega al cuello á causa de su inacción, carecen de la sinceridad del arrepentimiento, y movidos por sus *manes*, aspiran á resucitar á los muertos y á enterrar á los vivos. Sí, á los vivos, los que más juvenes se creen. Suena su clarín de guerra con ímpetu de pulmón deshecho; pero sus vibrantes notas de desmayo ni galvanizan los cadáveres, ni llevan al sueño cataléptico á los que se sienten fuertes porque se nutrieron con la propia ración y con la ajena.

No tiene derecho á pedir libertad el que la hipotecó por pereza ó por codicia, ó el que en insensatas juergas la ha gastado. Libres son los que se libertan por sí y para sí, no los que, esclavos de otros, predicán lo que no sienten, y quieren dar lo que no tienen. La libertad no es un dón, es un derecho; y no se aviva por calarse con más ó menos energía el morrión histórico; que el siglo de los *cándidos* es padre del de los *vivos*, y la galería es por lo menos bilingüe y, además de bilingüe, pensadora.

Esto explicará ahora el que todos digamos y lamentemos que no hay hombres, que están en crisis los espíritus viriles. Es que en los talentos hembras se practica la ovariectomía, y en los talentos machos la castración. Así la raza y la comunidad se hace estéril para engendrar y criar caracteres, únicos que, sin saberlo y sin quererlo muchas veces, son siempre libros abiertos, en cuyo pragmatismo saben leer todas las al-

mas. Una generación es producto de otra, y si la juventud ha envejecido prematuramente, eso será razón de por qué no pueden formarse los hombres, ni rejuvenecerse los viejos.

Así como los jóvenes en su veloz carrera, hecha con motor ajeno, sólo aspiran á llegar, los viejos tienen por ideal ó norma de vida el permanecer, vivir en perpetuo yacentismo, impedir toda avalancha externa, defender trincheras que no abrieron con soldados que no pagan, pero que contentos luchan porque saben que de defensores pasarán á defendidos, y reclutarán á cualquier precio soldados entre los que hoy atacan con denuedo. Se gasta, pues, doble energía, y no en colaboración, sino en resistencia y en ataque. Entre los viejos y los jóvenes son los únicos que podrían hacer los hombres; pero para ello se necesita fe en unos y caridad en otros; fe que, como veremos, es muerta, y caridad que á fuerza de egoísmo está desvirtuada.

*
* *

Zahondando en nuestra mentalidad, descubrimos en ella que la idea de la fe es un *pleito homenaje*, un *rationabile obsequium*, como dicen los teólogos, de la razón, *señora*, al orden sobrenatural, reinante é imperante. Este concepto tradicional de la fe es fruto de un régimen de feudalismo mental, en el cual el señorío de la razón no ha sido pleno. El espíritu de libre examen, al dar autonomía á la razón humana, al proclamar su emancipación, transformó la idea y sentimiento de la fe, de centrífugos y radiantes, en centrípetos y convergentes. La fe pierde su carácter representativo, deja de ser intelectualista y se hace emotiva y activa.

La fe no es creencia, sino creación, facultad, poder de acción. Poco á poco, el concepto dinámico de la fe va penetrando en el caudal de nuestro pensar contemporáneo. Y hay maestros, como Unamuno, que afirma ser la fe, no creer lo que no vemos, sino crear lo que no vemos. Si los metafísicos llegaron á convertir la fe en un problema de conocimiento, el pensador hace de ella una especie de instinto ciego creador. Ambos con-

ceptos, á mi ver, son deficientes. La fe, ni es creencia sólo, ni creación tan sólo. El concepto orgánico de la fe ha de abarcar en un estado mental complejo, factores de representación, de emoción y de acción. Tener fe, fe humana, no teologal, fe psíquica, ni es creer lo que no vimos, ni crear lo que no vemos, sino *ver lo que crearemos*. La fe es creencia y confianza. Es *autognosis* y *autopistis*, conocimiento y confianza en sí mismos; es basamento de *poiesis*. No es seguridad plena, sino resultado de la experiencia personal, del conocimiento del propio carácter. Hay en el hombre un ideal personal, que es su trayectoria en la vida; y una cadena de actos personales, que se ajustan ó no á él. El éxito habitual en la acción es elemento de fe, de creencia y confianza para un nuevo propósito. La fe es hija de la acción, y madre también de ella. El sentimiento la acusa, pero no la crea. La inteligencia la revela en cada experiencia personal, sin aumentarla ni disminuirla. El verdadero creyente no es contemplativo solamente, sino activo (*fanatismo*) ó reactivo (*intolerancia*). Ya lo dicen los sagrados libros: *la fe, sin obras es muerta*; y el Kempis exclama hermosamente: *más quiero sentir la fe que saber la definición de ella*. Viene á ser la fe el rédito que el carácter cobra á su capital de acción acumulado, rédito que es capital para nueva acción. La verdadera fe humana, flor de plenitud personal, nimbo del carácter, se acusa sobre todo en el hombre; empieza á revelarse en el joven, se corrobora ó se anula en el viejo. Cuando el *yo perceptual* y el *yo vital* se han completado, la creencia del joven es eco de su energía potencial y producto de su energía actual, es resonancia psíquica del propio poder personal, es la visión clara y distinta de una acción futura en un presente propio.

La fe tiene, además, un aspecto introspectivo. En el seno de la conciencia, fe y valor personal se hermanan. Creer en sí mismo es ver en su sér un proceso constante de reacción, es verle perenne á través del tiempo, sentir su eternidad, es mirarle en plenitud desbordando el espacio infinito.

Tal manera de verse y representarse el hombre engendrará, sí, el *egoísmo de creación*; pero es preferible esto, aun siendo un caso de auto-sugestión, al *miedo al aniquilamiento*. Esta forma de fe es hija de autarquía espiritual, producto de la espontaneidad de la vida, de su expansión en el mundo y en la sociedad.

Fe y sinceridad se hermanan; y solamente puede disimularlas la hipocresía. Quien cree de veras, de veras y sin trabajo confiesa su creencia. Ser sincero es decir lo que se siente y sentir lo que se dice. Es pensar en alta voz, convirtiendo los labios en dócil instrumento del corazón. De la cordialidad, por lo tanto, arranca la fe hacia el ideal, la sinceridad hacia la vida. Fe y sinceridad son la ornamentación más hermosa de nuestro sér, la espléndida y transparente vestidura con que éste se engalana. Los que sienten y piensan vivamente su sér, vivamente lo creen, con viveza y sinceridad lo confiesan.

Del hondo conocimiento arranca la verdadera fe, la fe más viva, fe que es más íntima, más tenaz, más poderosa que la convicción. Este es un descanso del hombre, que consigo mismo lucha á solas, un vencimiento de sí mismo. La fe, como luz serena é inmóvil, penetrando en las últimas profundidades del espíritu, escudriña el cauce por donde fluye la propia vida, y descubre la estructura de las rocosidades del carácter, basado en ciego instinto.

La fe del ignorante es simple, no sencilla. Tiene una simplicidad brutal y egoísta. Significa un renunciamiento del propio sér, confesión de inutilidad, falta de valimiento para lograr la ayuda de un alma conmisericordia. El ignorante creyente quema incienso sin percibir sus perfumes.

La ignorancia, la desconfianza y la mentira, contrapuestas á la verdad, á la sinceridad y á la fe, en vez de presentar en la vida el sér como es, lo muestran pareciendo lo que no es. El que hoy quiere parecer lo que no es, no tiene fe para ser mañana lo que hoy quiere parecer.

Nuestros jóvenes, que prefieren al ser el parecer, carecen

de valor, no pueden esforzarse en ser lo que parecen. Quien no tenga voluntad de vivir, íntima y personal voluntad de vivir, jamás creará en sus obras. La obra propia es el milagro de nuestra propia creación, es la corroboración tangible de los ideales que creemos y queremos.

Acusan poca persona, mejor dicho, la anulan, los que no creen en sí mismos. Tan funesta es para la eficacia de la acción la *megalopsiquia* como la *micropsiquia*. Hay que ver el espíritu con su propio tamaño. La verdad y la fe así lo exigen. Por eso el miedo suele ser la enfermedad crónica, incurable, de los hombres que se ignoran, por no haber pretendido nunca conocerse.

Y miedo es la enfermedad de esta juventud española: miedo físico, miedo moral, miedo inquisitivo. El miedo que llega á ahogar el propio instinto de defensa y conservación los mantiene en mísera servidumbre. Prefieren postular como mendigos á ganarse el pan como obreros. El joven español, el de hoy, es comensal unas veces y parásito otras del hombre en su edad viril y del viejo.

Por ser medrosa esta juventud, por no atreverse á nada, tiene contextura espiritual conservadora, á pesar de todos los radicalismos teóricos con que juega. Hay más verdad en una pedrea infantil ó en una zambra de fiesta rural que en las cátedras de *Retórica* de la Academia de Jurisprudencia y del Ateneo, donde el que se siente madera de diputado se dispone á la labra y ensamble en el maderamen político, expuesto á desvanecerse al primer ensayo de incendio. Toda revolución histórica se hizo siempre por jóvenes, pero no siempre para jóvenes. Las revoluciones espirituales, únicas que prevalecen, exigen ante todo hombres de verdadera fe, mártires, si es preciso.

Cuanto más clara es la visión del estado de postración de España y más vivo el presentimiento de su rehabilitación, más obligados estamos á trabajar por ella y para ella.

Los ocios de la vida ciudadana, que descansa firmemente en

una nómina mensual ó en un cupón trimestral, tienen también sus congojas y sus motivos de duda. Como todo está concate- nado, podrá suceder que la nómina fluctúe con una recauda- ción dificultosa, á causa del hambre de los campos y de los centros obreros urbanos.

Por lo tanto, nuestros jóvenes *sensatos* deben compartir sus simpatías, sin vincularlas á título de feudo en la clase de los pudientes y mangoneadores. El que nativamente no es rico de espíritu y empieza por confesar su cobardía para lograr aumentarle, quiera ó no, está clasificado en la categoría de los pobres. Y pobre con pobre y rico con rico, mayor solidaridad lograrán para vivir en fraternidad pacífica ó luchar con ene- mistad perdurable.

La adulación á la aristocracia y el desprecio al proletaria- do, nota característica, fundamental y última de nuestros jó- venes, ¿será signo de fe sincera ó de estudiada hipocresía?

¡Cuánto distan nuestros jóvenes del verdadero culto á la ve- jez, culto basado en respeto, veneración y afectos nobles, cul- to á la autoridad de unas canas, al valor moral de unos labios por donde brota tradición viva, que es semilla de progreso! El valor moral de la vejez se desconoce en absoluto por aquellos á quienes los de la vanguardia les estorban, y elevan preces y jaculatorias á la muerte para que despiadadamente se los trague. Y así, la muerte que vivifica á los muertos es el fetiche de los vivos. ¡Pérfido canibalismo de estos archicivilizados ó pseudocivilizados, que no se atreven á asesinar (moral y social- mente sólo) á quienes les estorban, é imploran un mediador para que de veras les quite la vida! Y si la muerte social es disculpa- ble en la guerra de selección para afirmar la vida, el homici- dio intencional, suplicado por cobardes, es, en rigor, punible en alto grado.

*
* *

El viejo no es caritativo para con el joven, y por no serlo, no sabe inspirarle verdadera fe. La caridad de los viejos no es

amor de humanidad, simpatía ética, basada en igualdad de naturaleza y en desigualdad de condición. No es lazo fraternal, calor de un mismo hogar, íntimo, cordial; no es eso. Es gracia teologal, compasión ó misericordia convencional para con los caídos é inferiores. La caridad de estas almas no es fuego que enciende, sino manto aparatoso que vela. Castas de espíritu aristocrático y jerárquico, que otorgan en sociedades paternalés y heriles sus favores con mano de fariseo, son estas generaciones de viejos, dispensadores de gracia á expensas de la justicia. No aman ni aborrecen. Tal vez por eso no educan. Si fueran verdaderamente caritativos, serían también tolerantes; el próximo no sería un esclavo; la merced no se convertiría en préstamo usurario al joven, y el *comitatus* de estos *seniores*, en vez de estar formado por una legión de imbéciles, sería el aula regia de una aristocracia mental y política, *aula* y no *corte*, donde se diesen mutua cátedra de buena voluntad y de saber. Los que tienen hambre de gloria y se sacian con alcohol de adulación forzada, ¡qué pequeños son en espíritu! Engañarse á sí mismo es cosa fácil; pero permitir que otro lo haga, sabiendo ambos que el adulador miente por salario, es ridículo.

Este régimen del favor y de la gracia, este dios de la recomendación, al cual todos los españoles quemamos incienso á diario y con derroche, es el que trae á mal traer á España. Es en substancia la recomendación, una exhibición de fuerza personal. La vida se nos presenta como escenario, donde se tornea por puro efectismo. Hay también en esto algo de brutal: el éxito de una recomendación ensancha la perspectiva social del que la otorga eficazmente. Quien la implora, lo hace por profesión ó por ambición, ó bien considerándola como un mal necesario, lo hace para neutralizar la recomendación misma. Pendientes todos de la recomendación, en ella confiamos con ceguera. Esa es la fe de los que usan y abusan de ella. *Hacer carrera* es subir en ascensor ó marchar en hombros. Tener amigos es lograr de ellos todo lo que se les pide, y servirles

en todo lo que nos exijan como superiores. Ni el de arriba ni el de abajo se paran á analizar el fondo ético de la petición ó del favor.

Pero la caridad al uso no suele traspasar el parentesco. La palabra *prójimo* interprétanla en el sentido de *próximo*, es decir, de menos distante que otro, ignorando que la verdadera caridad tiene en su esfera un centro cordial que á todos los hombres por igual se irradia, y es centro de atracción sobre el cual todas las necesidades de todos los hombres gravitan. Nepotismo y humanismo en la caridad de los viejos se excluyen por hacerse incompatibles. Somos codiciosos hasta en el amor que dispensamos, y lo somos por tener poco amor que dispensar.

La caridad suele revelarse también en forma de protección. En la economía moral española, el proteccionismo ahoga el libre cambio. Protector y protegido tienen la misma relación ética que la jurídica de *siervo á señor* en el régimen feudal. El protector defiende, ampara, ayuda, sostiene, eleva, favorece. El protegido admira, obedece, alaba, engrandece y se humilla ante el viejo y armado caballero de la ética española. Tiene la *capitis diminutio* de la autoridad. Es unidad básica de jerarquía. No tiene fe en sí mismo, porque el yo se ha hipotecado preventivamente á otro. El protector favorece al suyo y al suyo solamente, ó al que quiere someter á vasallaje, porque al ser suyo es él mismo, persona de su propiedad. Esta caridad feudal es íntima y substancialmente egoísta.

Y ahora pensemos en la leyenda de la hidalguía, que en la vida real y concreta del espíritu de nuestra comunidad es una mentira más, y por lo tanto ración de imaginaciones febriles ó de bobos templados.

*
* *

Rota la unión de dos generaciones que en su vida mental y moral procuran mutuamente engañarse y explotarse adulando unos y protegiendo con favor convencional otros, ¿dónde está

E. M.—Febrero 1908.



la esperanza? Hay esperanza cuando hay un ideal lejano, cuando se camina vertiginosa ó cautelosamente por las anchas carreteras ó por los tortuosos caminos de la vida. Pueblo que no se mueve ni cree necesario el movimiento, ¿para qué la quiere? Sólo esperan de veras los que de veras creen. Sólo inspiran fe y esperanza los que verdaderamente aman. El espíritu dogmático, brutalmente practicista, sanchuno, de gente gorda y satisfecha, suele escaparse por la boca como humo de cigarro en caprichosas espirales al viento, que lo desvanece en aburrimiento y en tristeza. Sólo hay un presente fatalista para estas gentes sin ideal, un presente que se caza á salto de mata con liga ó con red, un presente que se defiende á puñetazos, porque es pequeño para todos. Es porque no se elabora por todos. Por tal razón se nos estrecha en vez de ensanchárenos cada día. Se espera la lotería, pero con la desconfianza de que toque. Espéranla también los que nunca han jugado, los que no han sabido ó no han podido convertir las energías que derrocha el juego en fuerzas que aprovecha el trabajo.

¡Fe, caridad y esperanza! Virtudes teologales que preternaturalizaron nuestro humanismo histórico, de cuyos restos vivimos. *In ipse movemur, in ipse sumus*. Es nuestro dios; un dios muerto ó moribundo, un dios que languidece cuando más lejano queda.

¡Fe, caridad y esperanza! Muertas hoy en todas las almas españolas, muertas tal vez sin que se haga posible una resurrección colectiva.

No queremos aprender que el *esperar moderno* es una marcha sin cansera hacia el ideal, una marcha perseverante, tenaz, escrutadora, *progresiva*. El ideal contemplativo es el resultado de la postrera acción ó un medio no más para proseguir todas aquellas que á la postrera conducen. *A Dios rogando y con el mazo dando* rezaba el viejo refrán castellano. Y es verdad: á mayor fe personal ó extrapersonal exaltada, correspondió en nuestro pueblo una mayor acción, más honda, más intensa y más fecunda. El creer y el esperar dió plenitud á su

vida y la derramó por el mundo. Hoy que la fe es confianza en el esfuerzo, y la esperanza fe en el valor del trabajo personal, y la caridad amor á la dura ley del trabajo, que no es castigo expiatorio, sino fuente de salud y de riqueza, hoy esta virtud, más psico-fisiológica que teologal, huye de las almas y de los cuerpos españoles, castigados con los tres pecados capitales que determinan su miseria ética, jurídica y económica; es á saber: *la pereza, la sobriedad y el miedo.*

ELOY LUIS ANDRÉ

RECUERDOS

Estoy recordando la época de mi vida en que más adelantos hice en mi carrera, en mi carrera social, pudiera decir: démosle este nombre; en que empecé á obtener triunfos ruidosos, en que justa ó injustamente, no me toca á mí resolverlo, empecé á tener admiradores, y en que, sin embargo, pasé menos días tranquilos y agradables.

Porque mi vida por aquellos tiempos andaba agitadísima entre la política y la Administración; dos cosas que me han molestado en gran manera y de las que hubiera huído si mi voluntad hubiese sido libre y soberana.

Nada más contrario á mis gustos, á mis inclinaciones, á mi manera de ser y de sentir.

¡La Administración! ¡Qué cosa tan necesaria para la vida de un pueblo!

Más que útil, necesaria digo; por eso los que quieren maltratar á España dicen con tono severo: «En España no hay Administración». Yo creo que se equivocan ó que, por lo menos, exageran; pero de cualquier modo que sea, yo reconozco que no se puede vivir en un país sin una Administración por lo menos regular.

Pero es el caso que á mí me molesta lo que no es decible, y me molestaba en aquella época tanto por lo menos como me ha molestado después.

Estar todo el día estudiando expedientes, consultando leyes y reglamentos, firmando minutas y órdenes; oyendo al que

viene á recomendar un expediente, al que viene á quejarse de una resolución, al que pide, al que reclama y nunca al que da; pensar que en un asunto palpita una ilegalidad ó que en otro asunto se atropella á un particular; querer poner en claro una cuestión y verse rodeado de leyes, reglamentos, disposiciones que cada cual tira por su lado, que muchas son oscuras y otras son contradictorias, y esto una hora y otra hora, y un día y otro día, y siempre lo mismo.

Al poner una firma, pensar: «¿habré acertado? ¿será esto lo justo? ¿me habrán traído bien estudiado el expediente? ¿lo habré estudiado yo por completo?»

Todo esto, para el que tiene conciencia, es un tormento intolerable.

Sobre todo, cosas en que no palpita nada grande. Menudencias, pequeñeces que interesan á unos cuantos particulares ó á unos cuantos millones que aportan los contribuyentes, pero que en nada influyen sobre la marcha general del cosmos.

Esta vida administrativa, para cierta clase de personas de otras inclinaciones y gustos, es como papel secante del espíritu: se lleva todo el jugo en forma de borrones, y perdóneseme la imagen modernista: pero es que todos concluiremos por ser estrambóticos, si no es que ya empezamos á serlo.

Hasta aquí lo tocante á Administración en su parte más noble, por decirlo así, y más severa, y más útil para el país.

Y nada digo de la cuestión de empleados, porque á ella consagré varios artículos.

Cuentan que el eminente literato D. Ventura de la Vega llamó un día á sus hijos; con ellos se fué á la habitación más retirada de la casa, con ellos se encerró haciendo grandes misterios, y en voz baja y conmovida así les habló:

—Hijos míos, voy á haceros una revelación, una confidencia terrible; pero que nadie lo sepa: no reveléis mi secreto, porque quedaría deshonrado.

Los chicos se echaron á temblar, y él continuó:

—Hijos míos, me revienta el Dante.

Así lo he oído referir; valga por lo que valiere, la revelación tiene gracia.

Pues yo llamaría también á todos mis lectores, y con el mayor secreto les revelaría también que la Administración pública me revienta lo que no es decible.

*
* *

Y por algo á propósito de la Administración pública me he acordado del gran literato, á quien no tuve el gusto de tratar personalmente, pero de quien siempre fuí y sigo siendo gran admirador.

Su nombre se atraviesa en mi memoria al hablar de la Administración pública y de sus malélicas influencias para todo espíritu artístico, porque en efecto, D. Ventura de la Vega, según he oído referir á sus íntimos, y sean ellos los responsables de lo que voy á contar, si lo que voy á contar no fuera cierto, D. Ventura de la Vega, repito, el inolvidable autor de *El hombre de mundo*, de *La muerte de César*, de *Don Fernando el de Antequera*, de *Jugar con fuego* y de tantas otras joyas literarias, debía en esto de la Administración pública acompañarme en el sentimiento.

Porque del tiempo en que fué empleado corrían por entonces ocurrencias muy graciosas.

Dicen que tenía en su negociado un expediente formidable, por el estilo del que yo describía en uno de mis anteriores artículos, y que lo había encerrado en un armario especial con un cartelón que llevaba esta especie de sentencia: «A este expediente que le meta otro el diente».

Y en otro armario contiguo había hecho una doble división. En la primera había acumulado cierto número de expedientes con este letrero:

Expedientes que resolverá el tiempo.

Y en la segunda división otros tantos con esta á manera de divisa:

Expedientes que no resolveré yo.

Todo esto contribuía á simplificar notablemente su negociado; pero como, á pesar de todo, los asuntos se acumulaban, de cuando en cuando acudía á otro procedimiento: se iba á ver al director ó al ministro y le persuadía, con su palabra y con su talento, de que los negociados estaban mal repartidos; que no obedecían á ningún principio administrativo, ni de orden, ni de utilidad práctica, y le proponía al jefe una nueva organización.

Claro es que un hombre de su entendimiento y de su saber, aun en materia administrativa, no proponía disparates, sino cosas racionales y hasta convenientes para la marcha de los asuntos.

El ministro aprobaba su plan, se establecía un nuevo régimen de negociados, y el resultado práctico era que el suyo se quedaba limpio de expedientes.

Bien comprendo que todo esto que se contaba no será exacto al pie de la letra, porque D. Ventura de la Vega, con su gran inteligencia, con su inteligencia clarísima, era tan buen empleado como el mejor, siquiera mostrase su ingenio en forma de chistes y bromas, que luego se condensaban y circulaban por el mundo con ese relieve que la leyenda suele dar á lo que ha sucedido y á lo que no ha sucedido, pero pudo suceder.

Y de todas maneras, no ha de creerse que el literato, el poeta, el crítico, el hombre de ciencia, por ser alguna de estas cosas ya no sirve para la Administración ó para la política.

Decía el gran poeta Campoamor á uno que declamaba contra todo el que sabía hacer versos, que el que sabía hacerlos se diferenciaba del que era incapaz de versificar en que el segundo sólo era apto para ciertas cosas, y el primero sabría hacer todo lo que hacía el segundo, y además buenos versos.

¡Y quién duda que la afirmación de Campoamor es evidente!

Newton descubrió la atracción universal y fué director de la Casa de la Moneda en Londres, es decir, empleado de la Administración pública.

Laplace supo escribir la mecánica celeste y supo ser marqués, que no es precisamente ser agente de la Administración, pero que es cosa bien distinta de la de los cálculos celestes.

Chasles fué uno de los primeros geómetras del siglo pasado, y fué comerciante. Ayala era gran poeta y gran dramaturgo, y murió siendo presidente del Congreso de Diputados. Campoamor, el mismo Campoamor, una de las figuras más importantes del pasado siglo, se dedicaba á la Agricultura, en la cual era peritísimo.

Pero ¿á qué acumular ejemplos? Un hombre puede á la vez trabajar para ganarse la vida, aun en cosas que no le agradan, y que es el verdadero trabajo, y dedicarse á otras que satisfagan su inteligencia ó su ingenio; y éstos, más que trabajos, son placeres.

Y de tal modo me he perdido en esta digresión, que ya no sé por dónde iba mi pensamiento, ni por dónde le arrastraban mis recuerdos.

Me parece que abominaba de la Administración y que abominaba de la política.

*
* *

Pero, debo confesarlo, aún más de la Administración que de la política.

Porque la política, con todas sus impurezas, con todas sus amarguras, encierra algo grande en sí. Contiene miserias é indignidades, pero en ella brotan las ideas del porvenir entre luchas, entre conflictos, entre verdaderos dramas sociales; y sobre todo en aquella época, que era época crítica para la Historia de España, y que, dígame lo que se quiera, ha sido grandemente fecunda para el porvenir.

Al principio, la entrada en el Congreso me mareaba. Como yo no había figurado en la política activa, no conocía á ninguno ó á casi ninguno de los diputados de las Constituyentes, y aunque conociese á alguno de nombre, no era capaz de conocer sus personas, con lo cual mi situación era muy difícil. Por-

que es el caso que todos me conocían á mí; es decir, sabían que era el director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, y sobre mí caían con recomendaciones y preguntas apenas daba unos pasos dentro del Congreso.

Únase á esto mi falta de memoria para los nombres, y se comprenderá que debí pasar grandes apuros en aquellos días.

Sin embargo, yo era todavía joven, no me faltaban energías, y ¿por qué no decirlo? tampoco era manco de la mano izquierda; de suerte que no salí mal en aquella prueba, y á los pocos meses tenía muchísimos amigos en todos los lados de la Cámara.

Estos primeros tiempos de las Constituyentes no los recuerdo bien; mis recuerdos están envueltos por una niebla. El pasillo, lleno de diputados; el salón de conferencias, un hervidero; el salón de sesiones, á veces un volcán. Únase á esto mis trabajos en la Dirección, y se comprenderá que mi vida era por entonces un sueño, á veces una pesadilla: todo lo más opuesto á mis aficiones, á mis gustos, al ideal que yo me había forjado para la vida.

Yo no aspiraba á ser rico; con muy poco tenía bastante: una posición modesta, pero segura é independiente; muchos libros de Matemáticas para estudiar en ellos, libros de Literatura, y sobre todo, novelas para las horas de descanso; tener muy pocos amigos, y que nadie me conociese ni me molestase, y mirar al mundo exterior y á la vida social como se mira una perspectiva ó se escucha un drama más ó menos interesante.

Yo hubiera querido ser espectador, siempre espectador; actor, nunca; y jamás lo he conseguido.

Así es que, á pesar de que yo iba adelantando en mi carrera, en lo que antes llamaba mi carrera social, yo no estaba contento. Seguía porque era preciso, porque era un deber para con mi familia y para con mis ideas; pero en forma de sacrificio interno.

¡Ser director de Fomento, ser diputado de las Constituyentes, tener probabilidades de ser ministro!, todo esto no está

mal; pero yo era mucho más feliz siendo alumno de la Escuela de Caminos; retirándome á mi casa á las cuatro, al salir de la Escuela; leyendo un libro de Matemáticas junto al balcón; estudiando mis lecciones por la noche, y leyendo una novela para dormir. Mucho más feliz que entrando en el Congreso con cierta importancia, oyendo peticiones, dando esperanzas ó quitándolas, hablando de política con unos y con otros, presenciando alguna discusión ó tomando parte en ella, y por la noche yéndome á despachar al Ministerio.

Todo esto halaga la vanidad; pero la vanidad es una soberana sandez: son los globos hinchados con que juegan los chicos, que de entre las manos se les escapan y se van por el aire.

Y no es que piense hoy esto: hoy no tendría nada de particular, porque soy viejo; es que lo he pensado siempre, aunque á veces he tenido que disimularlo.

*
* *

Decía que de estos primeros meses de las Constituyentes no conservo recuerdos vivos, de contornos marcados y en orden todos ellos. Son nubes confusas, revueltas, que pasan y se deshacen.

A veces en la confusión se destaca algo, y no lo más importante, sino quizá un pormenor sin importancia.

Me veo, por ejemplo, en el salón de sesiones, y veo entre los bancos republicanos un diputado alto, flaco, de voz áspera, que grita, que insulta y que tiene en la mano un enorme sombrero de copa estropeadísimo.

Y acaba su peroración, y con gesto de supremo desprecio sale, encasquetándose con mal gesto el sombrero aun antes de salir de entre los bancos y de bajar la escalerilla.

Y oigo un grito de indignación de toda la Cámara, considerando el acto del diputado como acto de intolerable descortesía.

Y el diputado se quita el sombrero, y llevándolo muy en alto, á manera de protesta y de burla, abandona el salón.

Era Paul y Angulo.

¡Cuántas cosas más importantes habré oído y habré visto en aquellos tiempos de las Cortes!

Pues todo está borroso, y, en cambio, el desquiciado y enorme sombrero de Paul y Angulo lo veo flotar en el aire y salir por la puerta que está á la izquierda de la presidencia.

Otro recuerdo, también insignificante, y que también se refiere á Paul y Angulo.

Increpaba al Gobierno por no sé qué suceso, que él aseguraba haber sido sangriento, allá en Jerez, y gritaba que hubo matanza y que hubo un niño muerto, lo cual resultó completamente falso; y en el momento en que se comprobó la falsedad del hecho, oigo una voz de un diputado diciendo:

—Ya lo ve S. S., ¡qué matanza ni qué niño muerto!

Todas estas pequeñeces las recuerdo con claridad perfecta, con energía de sensación, como en un cuadro de colores vivos y de robusto marco. En las celdillas cerebrales se me quedaron grabadas.

Y aquí recuerdo una frase de Martos, que se sentaba junto á mí ó, mejor dicho, que estaba á mi lado; frase que referida, por decirlo así, en seco, sin atmósfera propia y sin precedentes, tendrá poca gracia; pero que á todos los que rodeábamos en aquel momento al eminente orador nos arrancó una estrepitosa carcajada, y se estuvo repitiendo en el grupo cimbrío muchísimo tiempo.

Entre los diputados progresistas había uno, que era excelente persona, de antigüedad y respeto en el partido, y que se distinguía por su carácter bondadoso.

Bajo de cuerpo, de edad madura, fisonomía dulce y ojos más dulces todavía, que jamás miraban con enojo ni á los amigos ni á los adversarios.

Era hombre que hablaba poco y que asentía mucho. No recuerdo ningún discurso suyo, exceptuando alguna pregunta inofensiva al ministro.

Por lo demás, tenía buen criterio y juicio claro y despejado.

Pero no hay hombre que no tenga sus defectos, y el de la simpática persona á quien me refiero era la excesiva bondad.

Asistía puntualmente á la Cámara; oía á conciencia todos los discursos, pero jamás se irritaba con los discursos de los adversarios, por violentos que fuesen contra los hombres de la revolución, como entonces se decía.

Martos, que le apreciaba mucho, pero que no podía por menos de ver el lado cómico de las cosas y de los hombres, le había puesto un mote singular. Le llamaba el *Conejito de yeso*.

He aquí la explicación: hace muchos años, en mi juventud, recorrían ciudades, pueblos y aldeas unos vendedores ambulantes, casi siempre italianos, que llevaban una tabla horizontal sobre la cabeza, y en la tabla multitud de muñecos de yeso: perros, gatos, *Madonnas*, cantantes, figurines ridículos de hombres y mujeres y, entre ellos, conejitos de yeso, que eran los predilectos de los chicos.

Porque el conejito de yeso no era de una pieza sino hasta el cuello, que se abría en forma de tubo, y en este tubo entraba la cabeza, que estaba suspendida por un alambre, formando resorte, pero dejando libertad de movimientos.

A estos vendedores les llamaban los muchachos, al menos los de mi tiempo, *santi, boniti, barati*.

Y es el caso que, al ir caminando el vendedor de los muñecos de yeso, la cabeza del conejo tomaba un movimiento oscilatorio de arriba á abajo; parecía que iba diciendo: sí, sí, estoy conforme, me parece bien; y niños y mujeres y aun hombres rodeaban al italiano, rogándole que moviese la tabla, para que los conejitos de yeso moviesen la cabeza.

Y veamos cómo se justifica el mote que Martos le había puesto al buen progresista, de carácter bondadoso.

En su banco estaba, como queda dicho, oyendo atentamente todos los discursos y asintiendo á todo lo que se decía, como

si todo le pareciese muy bien, aunque en el fondo no estuviera conforme con el orador; era un asentimiento de bondad de carácter y de cortesía parlamentaria.

Y como daba la casualidad, que el buen señor tenía el cuello muy flaco, y que los cuellos de las camisolas que usaba eran muy anchos, con toda holgura oscilaba su cabeza de arriba á abajo, en perpetuas señales de asentimiento, ni más ni menos que el conejito de yeso de los italianos que vendían *santi, boniti, barati*.

Cuando Martos le veía ya no le quitaba la vista, y de cuando en cuando murmuraba por lo bajo: «¡Pero, hombre! ¿Cómo está usted conforme con lo que dice ese orador, si nos está poniendo como trapos?»

Pero un día, en no sé qué sesión, tales enormidades dijo un orador republicano contra los progresistas, que ya el noble progresista no pudo más: interrumpió por vez primera el ritmo de su cabeza oscilante, y en vez de moverla de arriba á abajo, la movió dos ó tres veces de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, en señal inequívoca de enérgica negación.

Y Martos, dando un salto, y con olímpica seriedad, nos dijo á los que le rodeábamos: «Miren ustedes, miren ustedes: al *Conejito de yeso* se le ha roto el resorte; hay que avisar á Olózaga para que se lo componga».

*
* *

¿Por qué recuerdo yo con tan perfecta claridad todas estas pequeñeces, no sólo insignificantes, sino hasta ridículas, y se han borrado, en cambio, de mi memoria tantas sesiones solemnes, dramáticas, de interés supremo?

Entendámonos. No todas se han borrado del cinematógrafo de mi memoria.

Algunas quedan, que ya iré describiendo; pero de otras, ó pedazos sueltos ó nieblas vagas y sin contornos.

Sí; yo veo á Castelar en su sublime rectificación á Mantrola: yo oigo sus acentos maravillosos.

Yo veo á Figueras, también en la cuestión religiosa, levantando los brazos, y con voz poderosísima exclamando:

«Yo creo en Dios Todopoderoso», recordando una escena de *Los mártires*.

Todos los grandes momentos los recuerdo, pero como figuras que se destacan, no como cuadro completo; que éste se va desvaneciendo entre la niebla del olvido.

Y, sobre todo, y esto es lo que me extraña, que se grabe en las celdillas cerebrales con tanta intensidad, sobre todo entre contornos más fijos, cualquier pequeñez insignificante, y hasta grotesca, que la imagen soberana de uno de esos grandes momentos, que bien pudiera llamar históricos.

Quizá porque son grandes no caben en límites pequeños ni en marcos limitados, y buscan, con la vaguedad del recuerdo, anchos horizontes.

*
* *
*

La vida de las Cortes Constituyentes era, más que activa, febril.

Era una excitación perpetua, era un amontonamiento de problemas.

Era una palpitación perpetua de la Cámara, á que respondían palpitaciones y sacudidas en el país.

Yo no voy *haciendo historia*, voy dictando recuerdos según los caprichos de mi memoria; recuerdos grandes y recuerdos pequeños; lo sublime y lo ridículo; los arranques sublimes de Castelar y el sombrero grotesco de Paul y Angulo avanzando hacia la puerta de salida; gritos de entusiasmo ó de pasión y carcajadas burlescas.

Figueras, que proclama su creencia en Dios, y el *Conejito de yeso*, á quien se rompe el resorte; y así nos vamos acercando á momentos críticos.

En esta atmósfera se va preparando la Constitución del 69; la de los derechos individuales, la de la libertad religiosa, la que duró poco más de tres años, y la que, sin embargo, en la Historia de España será inmortal.

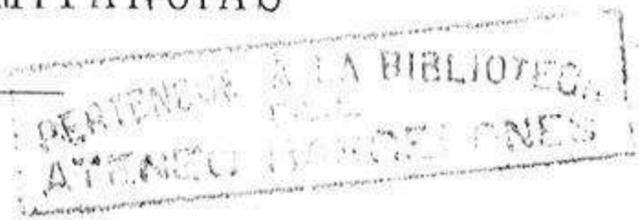
Pero, vamos por orden, y seamos formales, y hablemos en serio de cosas que bien lo merecen.

Bueno será que, antes de seguir con mis recuerdos, indique brevemente el estado de las diversas fuerzas parlamentarias que iban á realizar obra tan grande como la que representa aquella Constitución democrática; pero quede todo esto para otro artículo.

JOSÉ ECHEGARAY

DE LINGÜÍSTICA REGIONAL

Y SUS CONCOMITANCIAS



A mis amigos de Cataluña.

En los periódicos catalanes (porque los del resto de España no sólo no dan cuenta del movimiento intelectual de aquella región, sino apenas del que vive en su propio territorio) leo que la Diputación Provincial de Barcelona ha creado un *Institut d'Estudis Catalans*, subvencionándole con la cantidad de 40.000 pesetas. Componen por ahora el Instituto los señores Rubió y Lluch, Puig y Cadafalch, Pijoan, Corominas (Pere), Massó y Torrents, M. de S. Oliver, Brocá y Miret y Sans. Su fin principal consiste en fomentar las investigaciones referentes á la lengua y á la literatura catalanas.

A esta labor va unida en la mencionada comarca la fundación casi diaria de periódicos y revistas, escritos generalmente en catalán y consagrados á fines análogos, mereciendo especialísimo recuerdo, entre otros, la espléndida *Revista de Bibliografía Catalana*, que edita nuestro querido y eruditísimo amigo D. J. Massó y Torrents, á quien se debe asimismo la muy linda *Biblioteca popular de l'Avenç*, que cuenta ya con más de sesenta volúmenes de 100 á 150 páginas en octavo. Sucédense las publicaciones de eruditos tan conspicuos como Miret y Sans, Sanpere y Miquel, Carreres y Candí, Obrador y Berrasar, Elías de Molins, E. y A. Aguiló, J. Pijoan, J. Bofarull, y otros muchos, cuyo número aumenta diariamente. El citado

Obrador y Bennassar ha dado á luz el primer espléndido volumen de una completa edición de Raimundo Lulio. La Sociedad de Bibliófilos Catalanes prosigue su tarea de reproducir en preciosa forma textos antiguos de esa lengua. El Sr. Miquel y Planas continúa en condiciones populares su benemérita labor de bibliófilo en sus *Histories d'altre temps*. Síguese imprimiendo el *Recull* de viejos textos catalanes. Y á toda esta labor sirve de coronamiento evangélico el *Bolletí del Diccioniari de la Llengua Catalana*, que edita en Palma de Mallorca mossén Antonio M.^a Alcover, el cual busca y obtiene la bendición del Papa para sus trabajos; y pone en ellos el mismo fervor propagandista que en otros tiempos empleó el beato Raimundo Lulio para la conversión de los infieles.

De todo esto apenas sabe nada el resto de España (ignorancia no *mal intencionada*, puesto que suele ocurrir lo mismo con las propias producciones castellanas). Sabemos que existen unos grandes autores dramáticos que se llaman Angel Guimerá, Santiago Rusiñol é Ignacio Iglesias, porque nos los han dado traducidos (y á fe que no pueden quejarse del recibimiento que se les ha hecho); pero de la obra no traducida no se sabe una palabra, y poetas tan notables como el mallorquín Costa y Llobera y los catalanes Juan Maragall, Apeles Mes-tres, Falp y Plana, Alcoverro, Burgas, Plana y Dorca, José Carner, y tantos otros, son menos conocidos que los autores griegos. Tenemos noticia del gran Milá y Fontanals porque escribió en castellano; pero nos son extraños críticos tan eminentes como Ixart; filólogos tan eximios como Pompeu Fabra; narradores tan amenos como Emilio Vilanova, y novelistas tan excepcionales como Victor Catalá, el autor de *Dramas rurals*. Del propio Verdaguer, á pesar de estar traducidos *Cannigó* y la *Atlántida*, sólo se tiene una ligera noticia. Algo análogo sucede con Narciso Oller, siquiera ciertas versiones le pusieran de moda durante algún tiempo.

Y el movimiento no es sólo intelectual; no ha trascendido solamente á las esferas de la novela, del cuento, de la crítica,

E. M.—Febrero 1908.

de la historia, de la erudición, de la filología y de la poesía; no ha repercutido sólo tampoco en el orden político, sino que tiene manifestaciones artísticas y sociales de capital importancia. La fundación de las sociedades corales y de los Ateneos obreros (no para hacer elecciones, promover huelgas y alimentar holgazanes, como en Madrid, sino para educarse honrada y libremente en la vida del espíritu); la *Asociación Wagneriana*, que ha dado al pueblo catalán versiones esmeradísimas y directas de las obras del gran artista germánico; la arquitectura, que ha creado después de inútiles esfuerzos de la Europa entera, un estilo genuino, peculiar y característico, llevado á su más alta expresión por el genial Gaudí; la filosofía, que ostenta representaciones de tanto fuste como el original Diego Ruiz y el profundo Antich; mil manifestaciones más que pudiéramos mencionar (por ejemplo, en la esfera musical el inspirado Morera), demuestran el fenómeno á que aludíamos.

Todo ello revela un esplendoroso, innegable renacimiento, que va unido, como cualquier renacimiento, á entusiasmos fervorosos, y como cualquier entusiasmo, á exageraciones, y como cualquier exageración, á ridiculeces. Vamos á hablar algo de esto, sin perjuicio de continuar más ampliamente en otra ocasión.

*
* *

¿Me preguntáis si este renacimiento me parece bien? ¿Me preguntáis si encuentro loable, y provechoso, y venerando, este surgir de hombres nuevos, que con ahinco y facultades se consagran á la vida intelectual, dando á conocer la labor de sus antepasados, las condiciones de su vida presente y las aspiraciones que laten en su espíritu para lo por venir? Yo me admiro de la pregunta. ¿Por qué me había de parecer mal? Lo que yo quisiera es que semejante actividad se observase también en Aragón, en Navarra, en las Provincias Vascongadas, en León, en Asturias, en Galicia, en Extremadura, en Andalucía, en las dos Castillas y en Canarias. Lo que yo deseara es

que no tuviesen que venir los extranjeros á sacar á luz nuestras antigüedades, á escribir nuestra historia, á infundirnos confianza (como lo procuró Farinelli) en nuestra capacidad y en nuestro porvenir. Lo que yo anhelara es que nuestras nuevas generaciones respetasen su tradición en lo que tiene de gloriosa, no dando lugar á que los trabajadores de buena fe muriesen aislados y desconocidos, impidiendo la muerte de las sociedades científicas y gastando en libros y en empresas intelectuales una pequeña parte de lo que despilfarran. Lo que yo pido es un poco de amor sincero al ideal, porque esto es lo único que restaura y fortifica, y porque sólo se perdona el mucho pecar al que amó mucho. No niego que la ciencia, el arte y las demás manifestaciones de la vida intelectual siguen cultivándose, y en ciertas esferas con manifiesto esplendor, en la España no catalana, en la España de Cajal y de Echeagaray, de Menéndez Pelayo y de Pérez Galdós, de Bretón y de Chapí, de Benavente y de Álvarez Quintero, de Menéndez Pidal y de Rodríguez Marín. Llego á afirmar que no encuentro actualmente en Cataluña una representación tan gloriosa en el orden científico como Ramón y Cajal, ni en el crítico como Menéndez y Pelayo, ni en el novelístico como Galdós ó Palacio Valdés, ni en el dramático como Benavente, ni en el erudito como Rodríguez Marín, ni en el jurídico como Azcárate, ni en el artístico como Sorolla (que no por ser valenciano deja de pertenecer á la España no estrictamente catalana). Pero esto me importa poco, porque Cataluña tiene derecho á enorgullecerse con esas figuras, del mismo modo que el resto de España se enorgullece con Verdaguer ó con Milá. Lo que digo es que la generalidad de los españoles parecemos un pueblo de viejos exhaustos, sin entusiasmo y sin fe, gruñones y recelosos. Yo he oído en pleno Ateneo de Madrid poco menos que blasfemar de Cervantes, de Lope de Vega y de Quevedo; yo veo que han seguido dirigiendo la vida pública española la mayor parte de los que fueron cómplices, cuando no coautores, en algunos de nuestros más graves desastres; yo veo que las cátedras universitarias consagra-

das á la especulación pura suelen verse habitualmente desiertas; yo observo que aquí la vida intelectual suele desenvolverse en un ambiente de envidia y de malas pasiones; yo reparo en que al trabajador se le llama *chiflado* si se consagra á la investigación abstracta, y *vivo* si á los estudios de aplicación práctica; veo que hay un fondo general de escepticismo respecto á la sinceridad de cualquier entusiasmo, y creo que si Jesucristo viniese á tierra de España para predicar sus doctrinas, mientras no tocase al garbanzo, sería escuchado con la más completa indiferencia, y podría estar tranquilo respecto á su crucifixión. Entiendo que tal es nuestra situación verdadera, aunque me sea duro el confesarlo, y por eso aplaudo y celebro cualquier síntoma de vitalidad, aunque se traduzca en persecuciones y en odios, siempre que engendre radicales movimientos, que sacudan el marasmo nacional y hagan latir un poco más aceleradamente los corazones.



No me asustan ciertos extremos, pero comprendo que impresionen y alarmen. La trascendencia política del renacimiento intelectual catalán ha despertado hace tiempo sospechas y recelos, dando lugar á que se envolviesen bajo el mismo sentimiento de execración ciertas fogosidades regionales y el despertar literario, al amparo del cual habían surgido. Es también indudable que entre ciertos elementos (principalmente intelectuales) de Cataluña reina una animadversión á las cosas castellanas, mayor, *incomparablemente mayor* que la que puede haber respecto á ellos en otros elementos castellanos. Castilla (comprendiendo por ahora bajo este nombre, como suelen hacer los catalanes mismos, la parte del territorio no catalana) ha pagado sin rechistar las contribuciones, cada vez mayores, que se le han exigido para levantar las cargas generales del Estado (entre ellas las de Cataluña); Madrid ha acogido con el mismo y aun con mayor afecto que puede acoger á un castellano, á los principales regionalistas catalanes, dándo-

les cátedras y público para exponer tranquilamente sus ideas (tal hizo no hace muchos años el Ateneo matritense); España ha visto llegar en tiempos antiguos y modernos á los más altos puestos del Gobierno á hijos de la floreciente Cataluña; Castilla entrega su dinero, el poquísimo dinero que tiene, para pagar los productos de la industria catalana, aun en ciertos casos en que serían mejores y más baratos si se diesen facilidades para que llegasen del extranjero; Castilla ha celebrado tratados de comercio y ha combinado sus aranceles para proteger especialmente á Cataluña, cuyo trabajo considera como suyo propio. En Castilla no se pregunta á nadie si nació en Cataluña, en Italia ó en Marruecos, porque la hospitalidad de esta tierra, que no padeció las vergüenzas del feudalismo en la Edad Media y que se distinguió siempre por un sentimiento democrático que tan hermosamente historió Martínez Marina en su *Teoría de las Cortes*, y al cual no llega en nuestros propios días la republicana Francia, no permite pedir certificados de origen. Y sin embargo de esto, en Cataluña se imprimen y de Cataluña salen á veces manifestaciones (muy aisladas, por fortuna, pero reales) ofensivas y molestas para el resto de la Península, que, naturalmente, se indigna por ello; y así, lo que no ha podido lograr la historia, parece apuntar á consecuencia de las malas mañas de cuatro orates.

Y, sin embargo, en todo esto no veo yo sino una prueba más de los caracteres *hispanicos* de Cataluña. La tendencia al aislamiento y la inclinación imitativa han sido constantes en la historia española. Que España resulta madrastra para los naturales y madre para los extraños, es cosa que se viene repitiendo desde Cervantes hasta nuestros días. Que política, literaria y filosóficamente vamos á la zaga del extranjero desde principios del siglo XIX, es un hecho notorio aplicable tanto á Cataluña como á Castilla. Esos elementos catalanes á que antes nos referíamos han acentuado la tendencia anti-científica y anti-histórica de aislamiento al exaltar á su región á expensas de las demás, que para ella y con ella viven y vienen vi-

viendo hace siglos, y han llevado hasta un extremo infantil el *América para los americanos*, de Monroë, traducido en el *Cataluña para los catalanes*; de donde resulta el absurdo inconcebible de que mientras las demás regiones ven con gusto que les juzguen magistrados catalanes, y les autoricen sus documentos notarios catalanes, y les defiendan soldados catalanes, y les gobiernen autoridades catalanas, esos catalanes á que aludo quisieran convertir su tierra en coto redondo para los de allá, con exclusión absoluta de los restantes. Y hasta hablan de un Derecho catalán *especialísimo*, olvidando que ese Derecho es el menos nacional de todos (¡todavía rigen allí las compilaciones justinianeas!), que para consultar los *Usatges* han de valerse de una reducción *castellana* (la de Vives), y que el famoso *Apéndice* al Código civil para Cataluña llegó á consistir en unas cortas páginas, trabajosamente reunidas. Bien está que puntualicemos nuestra historia; bueno es que procuremos conservar lo que aun vive, cuando sea digno de conservarse; pero no descubramos los sarcófagos que encierran las enjutas momias, pretendiendo volverlas á la vida, porque los días no pasan en vano. Y si el mero retroceso es un bien, yo pido más lógica y más constancia, y llego al último límite del aislamiento, que no es el de la tribu ni el de la familia, sino el puramente individual, y abominaré de toda autoridad que se me imponga (aunque sea la del Estado regional), y diré que nadie mejor conoce mis necesidades que yo mismo, y estableciendo en primer término mi *autonomía* como individuo, amaré á todos los hombres sin distinción de razas ni fronteras, y cuanto mayor sea el círculo de mis afectos, más noble y más grande estimaré mi condición.

Comprendo el federalismo de Pi y Margall (aunque entiendo que históricamente contribuyó á que fracasara la obra de la revolución del 68). Las ideas del ilustre autor de *Las Nacionalidades* constituyen un sistema de doctrina, que puede admitirse ó rechazarse, pero que de todos modos merece discutirse con seriedad. Lo que no me explico es que se diga: «quere-

mos Cortes propias, magistrados y escuelas propios, ejércitos propios» (como me decía no ha muchos meses un conspicuo y eminente catalanista), con referencia á *una sola* región de un Estado, con independencia de las demás, cuando todas constituyen un solo pueblo bajo las mismas condiciones de igualdad. Una colonia puede decir eso (y aun estaría sujeta á trabas importantes dentro del propio sistema federativo que practican los norteamericanos), pero una parte del territorio nacional no puede proclamarlo sin egoísmo intolerable. Pi y Margall, á pesar de ser catalán de nacimiento y de inclinaciones, no habló jamás en nombre de una región determinada al exponer su sistema de gobierno, sino que sentó una doctrina científica para aplicar la idea federal á la *nación española* (1), doctrina que nunca se realizará prácticamente sin un *consensus* general de los pueblos á que haya de aplicarse. Lo demás es encender odios, atizar discordias y ahondar antipatías de carácter que pueden traducirse en la ruina colectiva. Es como seccionar un miembro del cuerpo vivo: el cuerpo queda mutilado, y la sección produce necesariamente sangre.

*
* *

Urge, por consiguiente, que todos sepamos apreciarnos, y para ello, como premisa ineludible, que todos podamos conocernos.

Nada hay que contribuya tanto al desconocimiento como la ignorancia del idioma, porque entre los pueblos, como entre los individuos, ni la raza, ni la historia, ni los intereses, ni las creencias, levantan las barreras que el factor citado. Cuando el latín fué lengua generalmente usada en el mundo europeo, cualquier nacional podía sentirse ciudadano del orbe con más títulos que en una época de diferenciación lingüística. Séneca podía hablar á sus colonos de Italia en la misma lengua que empleaba para hablar á los de Córdoba; hoy, cualquiera de

(1) *Las Nacionalidades* (Madrid, 1877); pág. 317.

nosotros, en caso análogo, necesitaría conocer dos idiomas distintos; este doble esfuerzo es una consecuencia de la diferenciación política de la Edad Media.

Esto supuesto, ¿no es una vergüenza que en nuestras Universidades, donde aparecen enseñándose oficialmente el árabe y el hebreo, el sánscrito y el griego, no haya cátedras donde se expliquen el catalán, el gallego y el vascuence? ¿No se impone la creación de cátedras de *Lenguas y literaturas regionales*? ¿No sería esto mucho más práctico que esas inútiles enseñanzas, pomposamente bautizadas con los títulos de *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*, *Gramática comparada de las lenguas semíticas*, *Lenguas y literaturas neolatinas*, *Historia de la civilización de judíos y musulmanes*, y otros rótulos sesquipedálicos, en absoluto vacíos de contenido, puesto que los alumnos no están capacitados para aprovechar lo que desde tan encumbradas esferas se les diga?

Estoy muy distante de creer (perdóneme mi respetable amigo mossén A. M. Alcover si hago esta declaración, que en nada disminuye mi afición á la dulce habla de su tierra) que el catalán (y menos el gallego) tenga la importancia histórica y literaria que el castellano. Sé también, y lo saben perfectamente los editores barceloneses, que por un lector que halle un libro escrito en catalán encontrará ciento un libro escrito en castellano; pero esto no quita ni pone nada á la sustantividad del idioma, nacido casi al mismo tiempo que el castellano, y representado, como él, en capitales monumentos literarios de la Edad Media y de los tiempos modernos. Como cuestión de decoro nacional, y hasta como medio de estrechar los lazos que secularmente unen á las distintas regiones españolas, páreceme que se impone la creación de la mencionada cátedra en nuestros establecimientos de enseñanza (¡de la paupérrima enseñanza, cuyos directores suelen ser, de algún tiempo á esta parte, sus más encarnizados enemigos!).

*
* *

Mas, como en un principio decía, todo entusiasmo fervoroso suele traer consigo sus exageraciones más ó menos infantiles, y esto acontece con el de que ahora tratamos.

Recuerdo con verdadero placer el primer *Congreso internacional de la lengua catalana*, celebrado en Barcelona en Octubre de 1906. Asistí á él galantemente invitado por mis amigos de Cataluña, y sólo conservo memorias de afecto y de gratitud. Quizá por ser yo el único representante de Castilla que allí iba, extremaron conmigo las cortesías y las finezas, que tratándose de otro hubieran sido seguramente más merecidas. Y me complazco en rememorar la inolvidable sesión inaugural de aquella asamblea, la inmensa multitud que llenaba el salón de actos, el entusiasmo indescriptible que todos aquellos semblantes revelaban, los discursos elocuentísimos que allí se pronunciaron en distintos idiomas, y sobre todos las palabras ardorosas, vibrantes, casi en el tono de apóstol, que mossén Alcover dirigió á la concurrencia. Yo fuí á tal fiesta precisamente porque entendía que aquella era y es una obra de paz y de concordia, y al mismo tiempo un acto de justísimo homenaje al valor innegable de la filología catalana, y por eso me sentí orgulloso al hacer resonar en aquel recinto, siquiera fuese con la deficiencia que mi personal condición me imponía, los acentos de mi querida habla castellana. De allí salieron proyectos de ediciones, estudios científicos, viajes de investigación y mil otras consecuencias beneficiosas para la cultura española en general y para la catalana en particular.

Pues bien, aun á semejante respetabilísima labor ha habido quien le *ha sacado punta*, en el sentido figurado de la frase. Uno de los representantes extranjeros de aquella asamblea española, el profesor italiano Guarnerio, al dar cuenta del *Congreso* en la revista milanese *Natura ed Arte*, descubre que la susodicha asamblea no es lo que nosotros habíamos pensado, sino algo tan épico y tan estupendo que pone los pelos de punta. Basta decir que titula el artículo: *La Risurrezione di un popolo, lotta di lingue e lotta di razze*. Y yo no salgo de mi

asombro al leer semejante rótulo. ¿Qué *lucha de lenguas* es esa, tratándose de un Congreso donde, desde el castellano hasta el francés, pasando por el valenciano, el provenzal, el algherés y el italiano, los demás idiomas reúnen sus acentos para entonar un himno en loor del catalán? ¿Qué *lucha de razas* hubo en semejante ceremonia, como no fuese la de la española y no española? ¿Acaso imagina el profesor Guarnerio que los valencianos, los catalanes y los castellanos que allí estábamos pertenecíamos á distintas razas? Pues ¡Dios le conserve y haga prosperar sus conocimientos antropológicos, que yo, como el Estrépsides de Aristófanes, no alcanzo á distinguir la piel de perro de la de perra! Y suponiendo que tal fantástica *lucha* hubiera existido, ¿es así como se agradece la hospitalidad de una familia, contribuyendo á agrandar las diferencias entre los hermanos?...

Pues no le va en zaga al profesor Guarnerio otro *Arcade*, distinguido filólogo aragonés, D. Julio Cejador, que ciertamente no puede quejarse en ningún sentido de la protección de Castilla á los forasteros. Al dar cuenta en *Nuestro Tiempo* del tantas veces citado Congreso, se cree en el caso de decir que «sería una insulsez abogar en Madrid por un Congreso de lengua castellana», y no desaprovecha la ocasión de ofender al pueblo que amorosamente le acogió, escribiendo que «el pueblo de la meseta castellana no tiene otra riqueza que la envuelta en los pergaminos de su hidalguía trasañeja, ni siquiera otras aficiones mercantiles ni industriales que las del Caballero de la Tenaza y del dómine Cabra, ó las del Buscón y de Guzmanillo» (¡...!)

¡*Grans mercès de tot!*, podríamos decir, hablando en levantino. Claro que sería una *insulsez* abogar en Madrid por un Congreso de lengua castellana; pero por otras razones de las que sospecha el Sr. Cejador. Ese Congreso está abierto permanentemente, y en los días que corren, aparte de la Academia Española, es infinito el número de nacionales y de extranjeros que se ocupan en filología castellana; monumentos como

el *Diccionario de Autoridades* no los había en toda Europa en la época en que la Academia le publicó; y para no hablar de los viejos tiempos, cuya labor lingüística ha procurado referir el señor conde de la Viñaza en su *Biblioteca histórica de la filología castellana*, son por lo menos *tantos* como en Cataluña los que en Castilla se ocupan *seriamente* en investigaciones de esa índole.

Y ¿qué diremos del tan cacareado lugar común de la falta de industria y de la sobra de hidalguía castellanas? En primer lugar, Sr. Cejador, la hidalguía no huelga en ninguna tierra del mundo, sino que cada día va siendo más necesaria, y vale más, mucho más, que todas las mercancías del Universo. Pero, además, el pueblo castellano, aparte de su heroica lucha con el terruño, al cual sabe arrancar el sustento, cultiva la industria en el grado en que puede cultivarla, sin que sea lícito afirmar, sin censurable desconocimiento de la realidad, que no tenga otras aficiones mercantiles que las del Caballero de la Tenaza. La última *Exposición de industrias* celebrada en Madrid (y conste que sólo se refería á las industrias *madrileñas*) ha sido una revelación y una enseñanza en este sentido; y de mí sé decirle al Sr. Cejador que en mis viajes por la provincia de Cuenca, la más pobre de Castilla la Nueva, apenas he hallado lugar de cierta importancia donde no hubiese una fábrica, ya de harinas, ya de resina, ya de papel, ya de paños, ya de otra industria cualquiera (1). Lo insulso es hablar de un país sin enterarse de sus condiciones; y lo inicuo, tildar de Caballeros de la Tenaza á los hombres que hicieron la unidad nacional y dieron su sangre y su vida por la libertad política de todos desde la Edad Media hasta nuestros días.

El *Bolletí del Diccionari de la llengua catalana* echa una mano al Sr. Cejador, y añade por su cuenta, con una piedad

(1) Y si nos referimos en general á la España no catalana, me atrevo á señalar cuatro provincias (Santander, Vizcaya, Oviedo y Huelva) cuya riqueza industrial es superior á la de las cuatro provincias catalanas.

encantadora, que los castellanos no se hallan en estado de celebrar el mencionado Congreso, pero «que bé'l necessiten per alsarse de la postració feresta en que's troben en matèria de filologia».

¡Válame Dios! Aquí sí que viene de perlas lo del andaluz del cuento: *¡Compare! ¿Ez uzté Carlomano?* ¿Es posible que se oigan tales cosas en tierra de Hervás y Panduro? ¿Es indispensable deprimir á la filología castellana para enaltecer á la catalana? ¿Será preciso recordar aquí lo que el inmenso Quedo decía en su famoso papel *La rebelión de Barcelona ni es por el güevo ni es por el fuero*, aludiendo á los fueros y privilegios catalanes: «No los alegan como los tienen, sino como los quieren»? ¿Dónde hay un filólogo español tan meritísimo y tan conocido en el extranjero como D. Ramón Menéndez Pidal? Y el Sr. Menéndez Pidal ¿se ocupa en filología turca ó en filología castellana? Y el Sr. Araujo, el Sr. Fernández Llera, el Sr. Commelerán, el Sr. Lanchetas, el Sr. Alemany y otros muchos de provincias, que no tengo necesidad de nombrar, ¿consagran sus trabajos filológicos al chino? Y si alzamos los codos y vamos adelante, como decía el autor del *Buscón*, y nos fijamos en el extranjero (principalmente en Francia, en Alemania, en Suecia y en las dos Américas), ¿no es cierto que por uno que se ocupe en filología catalana hallaremos treinta que se consagren á la castellana? Pues si todos viniesen á tierra de garbanzos, ¿dónde íbamos á aposentarlos, como no fuese al aire libre, por falta de local bastante espacioso? ¡Válame Dios!, vuelvo á decir, ¿á quién se le ocurre que no sería posible, por *falta de personal*, celebrar un Congreso de filología castellana? ¿No vendría, por ventura, á él el mismo Sr. Cejador, que tan buenos trabajos ha hecho en filología castellana, y á quien el Ateneo de Madrid concedió un importante premio?

*
* *

Aborrezco el *chauvinisme*, pero creo también que uno debe defenderse cuando se le ataca, y sobre todo cuando se le ataca

injustificadamente y sin más ni más. Recién fundada por castellanos la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, se anunciaban en ella obras del más ilustre de los escritores catalanes, de Raimundo Lulio, y en el proyecto se dice que «figurarán al cabo en esta obra nacional varios tomos de poetas y prosistas catalanes de los siglos medios: crónicas tan admirables como las de Don Jaime I, Desclot, Montaner y la atribuída por tanto tiempo á Don Pedro IV; obras enciclopédicas y doctrinales de Ramón Lull y de Eximenis; novelas como *Tirant lo Blanch*; poetas como Ausias March, Jaime Roig y Corella», publicaciones que serán «bilingües, para que puedan ser manejadas por todos los españoles, estampándose el texto y la traducción á dos columnas», y que no serán *gratuitas*, sino que se pagarán como se pagan todas las colaboraciones de esta biblioteca. Se anuncia el *Congreso internacional de la lengua catalana*, y á él acuden castellanos, enviando adhesiones y trabajos; y todo esto lo recompensan ciertos señores menospreciando el valor de la obra de sus hermanos, empequeñeciendo rationally el concepto de la patria y entonando salmos en honor de su *benvolguda llengua*, á quien nadie piensa en atacar ni en deprimir.

Los castellanos no tenemos la culpa de que nuestro alto, viril y sonoro idioma, de que la lengua de Cervantes y de Lope sea de las más extendidas en el mundo, como no tienen la culpa los ingleses de que el idioma de las islas y del Imperio británico sea el inglés, y no el escocés ó el irlandés (á pesar de su considerable importancia), ni los franceses de que el idioma de Francia sea el francés, á pesar de existir otras lenguas en el país, entre ellas el provenzal, cuya literatura medioeval y moderna es conocida en el mundo entero, é influyó tan notoriamente en Italia y en Cataluña misma. Quejarse de semejantes hechos es tan absurdo como formar proceso al rayo que aniquila las torres más altas. Se trata de una obra de la Historia, y la Historia tiene una esfera de acción más amplia que el perímetro nebuloso de una sacristía ó el mentidero ahumado

de una redacción. Walter Scott era escocés de corazón y de nacimiento, y gracias á él conocemos y amamos á Escocia; pero escribió en inglés, porque juzgó ciertamente que era ese el único medio de ser leído. La obra del idioma es la más natural de todas, y viene necesariamente de abajo arriba, del pueblo á los literatos; si el pueblo la olvida ó la corrompe, todas las Academias del mundo no bastarán á resucitarla.

Un eminente crítico y poeta catalán, D. Ramón D. Perés, publicó en 1903 un precioso volumen rotulado *Musgo*. Son poesías de exquisita factura y de muy delicado sentimiento. Entre ellas hay una sección donde se encuentran versos como los siguientes, que no resisto á la tentación de transcribir:

«¿Por qué en la lengua que mi madre un día
me hablaba cuando niño,
no ha de alzarse en incierta melodía
la voz de mi cariño?

¿Podrá no más que de Castilla hablarnos
la lengua castellana?
¿Tendremos de ella acaso que olvidarnos
para hablar de la tierra catalana?

Se enlazaron ya al borde de mi cuna,
cual aguas de dos fuentes
que á juntar van en sólo una laguna
sus opuestas corrientes,

la frase castellana de mi madre,
noble, dulce, severa,
con el habla viril en que mi padre
á Cataluña reflejaba entera.

Yo quiero aquí ser fiel á esa memoria
de razas que se funden,
y, olvidando tristezas de la Historia,
en un sér se confunden;

yo quiero que resuene en mis cantares,
 voz del amor humano,
 el himno justo á mis paternos lares,
 y que entenderlo pueda el que es mi hermano,
 el que en su sangre lleva, cual la mía,
 la onda varia y lejana,
*el que en remotas tierras no me oiría
 si no le hablara en lengua castellana.»*

Esto no era sino trasladar al terreno artístico la obra grandiosa, nacional, *benvolguda*, del insigne Milá y Fontanals, que si ilustró como nadie la historia catalana, ilustró también como nadie la historia castellana, con aquel su espíritu equilibrado, sincero, exento de rencor y de envidia, propio, en suma, del verdadero hombre de ciencia. Pues bien: ante esas palabras tan noblemente sentidas y tan bellamente expresadas, no se le ocurre otra cosa al crítico de la *Revista de Bibliografía Catalana* (año III, núm. 6) que escribir, con la intransigente pluma de un iluminado albigense: «No estem acostumats a que en versos castellans se canti l'amor a Catalunya, ni creiem que aquesta part de Musgo sigui gaire ben rebuda en els països pera ls quals s'ha escrit, que tenen com a natural la llengua castellana. Adhuc podria esser que aquestes quinze poesies perjudiquessin l'exit de totes les demés. Es una mena de poesia fonda que en castellà sembla nebulosa i que en català de segur resultaria molt més clara».

¡Medrados estáis, oh manes de Garci-Lasso, de Calderón, de Espronceda, de Zorrilla y de Bécquer! ¿Por qué no ha de ser *ben rebuda* esa poesía en tierra castellana? ¿Porque así se le antoja al articulista? Si está escrita para castellanos y, por añadidura, en castellano, y *ainda mais* todo lo que dice es verdadero y bello, ¿qué obstáculo ha de haber para que se admire? Pero lo más delicioso es lo de la *mena de poesia fonda*. Esto es sencillamente *homérico*. ¿Conque es decir, que en habiendo en un libro *una mena de poesia fonda*, ya resulta *nebulosa*

en castellano, y *molt més clara* en catalán? ¡Qué lástima que no lo supieran esto Calderón, Espronceda, Enrique Gil, Tassara, Campoamor y otros *desdichados* por el estilo, cuyas obras bastarían para llenar unas cuantas salas de la Biblioteca *Nacional* que proyectaba crear en Barcelona el Instituto de Estudios Catalanes! ¡Qué lástima que no se entere de esto el Sr. Marquina, el poeta de más enjundia de la nueva generación catalana, pero que se complace en escribir en castellano, y á quien un castellano de imperecedera memoria, D. Juan Valera, dió á conocer al mundo literario! ¡Qué desgracia que no lo sepan los Sres. Alcover y Costa, que han compuesto bellísimos versos en el idioma de Cervantes!

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONES

«Di sì felice innesto
serbiam memoria eterna;
io smorzo la lanterna:
qui più non ho che far.»

No hagamos comparaciones innecesarias, porque resultarían odiosas. A trabajar, cada uno en lo suyo, y como decía el honradísimo Sancho Panza, «cada Fulana hile, y vivamos»; que si los catalanes hacen buenas obras, gloria habrá para todos los españoles; y si los castellanos las ejecutan, pasará lo mismo; y si la filología catalana llena de admiración con sus futuras investigaciones al orbe terráqueo, nos enorgulleceremos por ello; y si la nuestra produce algún Bopp, derecho tienen los catalanes á presentarla como modelo, mientras Dios nos haga la merced de conservarnos á todos el título de españoles. Y pues el Papá «está content de que vaja avant y arribi a cap *l'Obra del Diccionari de la llengua catalana*», y le concede «la seva benedicció», también nos regocijamos y se la otorgamos nosotros, pues tenemos en ella un interés más directo que Su Santidad, y al fin y á la postre... á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

*
* *

En materia de Filología (tomando este vocablo en el sentido amplio y generoso que tenía en la época del Renacimiento), los catalanes tienen justos motivos para lamentarse de la preterición de que han sido objeto, y otro tanto podrían decir los gallegos.

No soy partidario de las Academias, tales como se han organizado á partir del siglo XVIII. Me parece que con la forma de constitución que poseen, sólo se logran dos malaventurados fines:

1.º Alimentar la vanidad personal, enemiga de la investigación sincera de la verdad, y alentadora de una *aristocracia* literaria, tanto más absurda cuanto más limitado es el número de los que la definen.

2.º Causar al Estado dispendios de cierta consideración, casi siempre infructíferos. Y digo *infructíferos*, no sólo por sus escasas consecuencias, sino por el exiguo mérito de la obra. El *Diccionario* de la Academia Española, por ejemplo, va á acabar, por las trazas, en punta; comparado con el de *Autoridades*, llevado á término con patriótico ahinco en el siglo XVIII, es verdaderamente una pequeñez; y basta recordar las famosas definiciones de *jilguero* y de *papeleta*, para comprender lo ridículo de su costosa tarea. La mejor *Gramática* de la lengua castellana que existe no es la de una corporación, sino la de *un solo individuo*: Andrés Bello. Y en cuanto á la Academia de la Historia, cuya labor ha sido algo más grande y sustanciosa, baste saber que todavía tiene sin publicar las crónicas y los fueros capitales de la Península, y que lo no conseguido en años y años de juntas y comisiones por la *regia* y fastuosa corporación: editar la *Crónica general de España*, mandada escribir en el siglo XIII por Alfonso el Sabio, lo ha conseguido en pocos meses de trabajo *un solo individuo*: el Sr. Menéndez Pidal (D. Ramón). A pesar del gasto que esas sociedades requieren, de los beneficios de diverso género de que disfrutan y de los estipendios que cobran sus honorables socios, es preciso que los extranjeros y algunos *descarriados*

españoles vayan publicando ediciones críticas de nuestros clásicos, para que el pueblo pueda conocerlos bien; el *Poema del Cid*, el de *Fernán González*, el *Arcipreste de Hita*, el *Quijote*, la *Celestina*, el *Poema de Alexandre*, y, en general, todos nuestros modelos literarios, en sus mejores ediciones, y las más aceptables historias de nuestras letras, están escritas por no-académicos. La antigua y la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, empresas gigantescas en su género, son ambas de creación particular. Todo esto es una vergüenza para las mencionadas corporaciones, y autoriza para preguntar sinceramente: «¿De qué sirven?»

Ni siquiera han logrado *limpiar, fijar y dar esplendor* al idioma, que cada vez va descaeciendo más, empobreciendo y extranjerizando su antiguo riquísimo caudal. Y en lo que respecta á las lenguas y literaturas regionales, no hay que decir lo absolutamente negativo de la tarea. En lugar de sostener delegaciones regionales que recogiesen y estudiasen el fondo dialectal, folklórico, artístico é histórico de cada comarca, y le fuesen publicando de un modo sistemático y en períodos determinados, otorgan los títulos de *académicos correspondientes*, lo mismo que otorgan los de académicos de número, para alimentar la vanidad ó para obedecer á influencias políticas. De la misma manera que las *Sociedades Económicas*, cuya institución obedeció sin duda á fines nobilísimos, no sirven ahora, por lo común, más que para elegir senadores, que tampoco buscan, en general, al pretender tales cargos, realizar ningún *sacrificio*, así las Academias se han trocado en sucursales de tertulias y cacicatos políticos, y la Española prefiere por eso elegir presidente á D. Alejandro Pidal, enfrente de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y las de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas no encuentran mejor historiador ni pensador más eximio para entregarle la dirección de sus tareas que el señor marqués de la Vega de Armijo; *et sic de ceteris*, porque, como dice con encantadora sinceridad la mayoría de los electores: «¡Qué sería de nosotros si no tuviésemos de di-

rector á un personaje *influyente!*» Sócrates combatió como soldado en la batalla de Potidea, pero fué jefe dentro de su escuela de Atenas. Para los nuevos intelectuales, el jefe ha de ser siempre un *general*. Y si algún *inocente* levanta la voz para reprobar este orden de cosas, las *huestes* dirigen contra él unánimes sus tiros (cuando no adoptan la más segura y provechosa táctica del silencio), confundiendo el procedimiento bélico con el científico, de la propia suerte que trocaron la dirección científica por la militar,

«e il meschino calunniato,
avvilito, calpestato,
sotto il pubblico flagello
per gran sorte va a crepar.»

¡No! ¡*Pro dii immortales!* «¡No confundamos las *especies!*», como decía el cocinero del cuento; y tengamos valor para desechar lo inútil y fomentar lo beneficioso, sin entretenernos en seguir á remendones callejeros. Una Academia Española que no hace el más mínimo caso de los idiomas regionales no debe llamarse así; y ni aun debe recibir el nombre de *Castellana*, si no vela dignamente y con eficacia por los intereses de la lengua y de la literatura de Castilla.

También se quejan los catalanes, con razón sobrada, de que no se hable de su país en las historias pomposamente tituladas *de la literatura española*. ¡No parece, á juzgar por tales rótulos y tal contenido, sino que Cataluña no forma parte de la Península! Aparte de que, históricamente, las lenguas y literaturas regionales están tan enlazadas con la castellana, que aisladamente no se comprenden. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el movimiento poético de la corte de Alfonso el Sabio, ni la introducción de las leyendas caballerescas en la literatura castellana, sin el conocimiento de la poesía galaico-portuguesa y sin la obra de los trovadores lemosines? El propio marqués de Santillana, en su carta al condestable de Portugal, dió, allá á mediados de la xv^a centuria, un nobilísimo ejemplo

de cómo debe entenderse la historia literaria *española*: «Los catalanes, valencianos, é aun algunos del reyno de Aragón—decía,—fueron é son grandes officiales desta arte (*de la poesía*). Escrivieron primeramente en trovas rimadas, que son pies ó bordones largos de síllabas, é algunos consonavan é otros non. Después desto usaron el deçir en coplas de diez síllabas á la manera de los lemosis. Ovo entre ellos deseñalados omes, asy en las invenciones como en el metrificar. Guillén de Berguedá, generoso é noble cavallero, é Pao de Benbibre, adquirieron entre estos grand fama. Mossén Pero March el viejo, valiente é honorable cavallero, fiço assaz gentiles cosas, é entre las otras escrivió proverbios de grand moralidat. En estos nuestros tiempos floresció Mossén Jordé de Sanct Jordé, cavallero prudente, el qual çiertamente compuso assaz fermosas cosas, las quales él mesmo asonava, ca fué músico exçellente, é fiço, entre otras, una cançión de oppósitos que comiença:

«Tosions aprench é desaprench ensems».

Fiço la *Passion de amor*, en la qual copiló muchas buenas cançiones antiguas, asy destos que ya dixé, como de otros. Mossén Febrer fiço obras notables é algunos afirman aya traydo el Dante de lengua florentina en catalán, non menguando punto en la orden del metrificar é consonar. Mossén Ausias March, el cual aún vive, es grand trovador, é ome de assaz elevado espíritu.» ¡Qué lección daba el buen viejo, con estas palabras, á las Academias y á los historiadores futuros!

*
* *

El donosísimo D. Diego Hurtado de Mendoza, en sus glosas al *Sermón de Aljubarrota*, refiere lo que se vió en Salamanca cuando, graduándose un portugués de bachiller, le preguntaron sus compañeros si después de graduado sentía en sí más que antes. El bachiller les respondió: «Sento uns fumeciños á maneira de presunção».

Estos *fumeciños* brotan á cada momento en las páginas que

el hispanóphobo galicano J.-M. Guardia (cuya muerte lamento, por no poderle decir á un difunto lo que se me antojara decirle á un vivo) antepuso á su versión francesa del *Sompni* de Bernat Metge (Barcelona, 1889). Allí constan descaradamente las afirmaciones más gratuitas: «La Catalogne *déteste* la Castille, qui le lui rend bien. Le Castillan se dit, se déclare Espagnol, parce que la Castille *est devenue l'Espagne*. Le Catalan n'est Espagnol qu'à son corps défendant»; «Sous Louis XIII, la Catalogne s'était donnée à la France plutôt que de subir l'inepte tyrannie des faibles monarques de Madrid» (¡como si esto, de ser cierto, constituyese un título de gloria!); «Aussi sont-ils rares, rarissimes, les Catalans de race qui ont bien écrit en castillan...», etc., etc.

¡*Rarísimos* los catalanes de raza que han escrito en buen castellano! Lo raro es encontrar, tratándose de gente culta (porque los incultos tampoco hablan bien el catalán), quien no escriba y hable *bien* en castellano. He conversado con todos los catalanistas que concurrieron al Congreso de la lengua de 1906, y todos me hablaron siempre en correctísimo castellano (algo más correcto á veces del que yo escucho en Madrid á los oradores); veo en las publicaciones más regionales alternar el empleo de uno y otro idioma; he penetrado en el interior de familias muy catalanas y he visto que se expresaban, cuando querían, en espléndido castellano; leo poesías de catalanes, escritas en muy buen idioma de Castilla, y me encuentro en la historia literaria castellana con nombres catalanes tan ilustres como Boscan, Capmany, Balmes, Cabanyes, Bartrina, Balaguer y Milá, para no mencionar á otros. ¡Qué más he de decir, si es notorio, y el mismo Guardia lo reconoce, que el empleo *sistemático* del catalán como idioma literario, obedece en la actualidad al impulso *erudito* de los Juegos florales de la segunda mitad del siglo xix! Cataluña intelectual es *bilingüe*, y esto, lejos de constituir un defecto, es un verdadero y positivo mérito. El niño que habla dos idiomas suele ser de inteligencia más despierta y viva que el que sólo conoce uno.

Y si vamos á otras regiones, los hechos que referimos son todavía más reales. Dígasenos si no es *clásica*, desde el punto de vista castellano, la florentísima literatura valenciana de los siglos xvi á xix. La lista de escritores, historiadores, novelistas, poetas, autores dramáticos, etc., parece no agotarse nunca, y la mayor parte de ellos son modelos de habla castellana. Pero esto nada tenía de particular. Valencia, en la primera mitad del siglo xvi, había sido centro editorial de las más importantes creaciones literarias castellanas: *La Celestina*, el *Cancionero* de Hernando del Castillo, y cien monumentos más que podríamos mencionar, de aquellas prensas salieron á propagarse por el mundo. Juan Luis Vives, valenciano de raza, nacido en 1492, redactaba cartas á paisanos suyos en castellano, y Bernardo Pérez, de Gandía, traductor de los *Silenos*, del *Aparejo de bien morir* y de la *La lengua* de Erasmo, escribía á principios del siglo xvi en uno de sus Prólogos: «porque era lenguaje sabido y entendido, como lo es en Valencia el romance castellano». No se trata de un fenómeno, cual el de los autores portugueses que escribieron en castellano (que son muchos y muy importantes), debido á circunstancias excepcionales y pasajeras, sino de un hecho histórico, cuyas proporciones se agrandan con los siglos, á consecuencia de una evolución ineluctable, como la que acabó en la misma Península por fundir en unos cuantos tipos lingüísticos las múltiples formas de habla popular empleadas en esta tierra desde los tiempos protohistóricos.

Comprendo muy bien que uno de los aspectos de la obra científica consiste en reducir á unidad la muchedumbre de las diferencias, y que, por lo tanto, todo lo que sea caminar hacia la unidad en cualquier sentido, es obra progresiva y bienhechora. Yo celebraríá que sólo se hablase un solo idioma en el mundo, ya fuese el catalán, ó el castellano, ó el *esperanto*, ó cualquier otro de los que existen ó se inventen; pero me hago cargo de que por ahora el *consensus* universal es imposible de obtener, de que la obra del idioma es en su fundamento natu-

ral é inconsciente, y de que son enormes las dificultades de todo género que á semejante universalidad se oponen. Pero aunque esto se consiguiera, mientras una lengua haya vivido, y especialmente mientras haya cristalizado en monumentos literarios de consideración, será una labor digna, humana y provechosa estudiarla y fijar sus condiciones.

Me explico que á los maestros de instrucción pública que viven en territorio catalán, gallego ó vascongado, se les obligue á enseñar el castellano á sus discípulos, porque el castellano es el idioma oficial de la nación española, y es en castellano como un extranjero se dirige siempre á un español, por lo mismo que habla en francés (y no en provenzal) á un francés, y en inglés (y no en escocés ó irlandés) á un inglés, y en italiano (y no en algherés) á un italiano. Vale mucho más el interés nacional que el amor propio de una región determinada. Me explico también que el idioma oficial de las autoridades entre sí sea el castellano, por razones análogas. Pero encuentro muy mal que aquellas autoridades que han de comunicarse con el pueblo, y han de enterarse de sus necesidades y de sus deseos, ignoren el idioma en que este pueblo se expresa. El artículo 62 del Reglamento del Notariado exige al notario que explique á los otorgantes y testigos en su dialecto particular la escritura extendida en castellano, si hubiere alguno que no entendiere este idioma. ¿Por qué no se ha de exigir lo mismo en casos análogos y aun más graves á los jueces y magistrados? Es absurdo que, tratándose de declaraciones de cuyo texto depende la vida, la libertad, la fortuna ó la honra del ciudadano, la autoridad judicial le pregunte al procesado ó al testigo en un idioma que no es el suyo; y aún más arbitrario es que le demande las contestaciones en un idioma, el valor de cuyas palabras desconoce. Un catedrático *español* de Facultad debe expresarse siempre en castellano, porque la Universidad de Santiago no es de los gallegos, sino que pueden ir á ella estudiantes de todos los territorios, así como la Universidad de Barcelona no es de los catalanes, sino del Estado español, y tienen de-

recho á acudir á ella todos los españoles. Un diputado vasco no puede expresarse en las Cortes en vascuence, porque no le entendería nadie. Pero un juez ó un notario que tienen que tratar con gallegos, por ejemplo, deben, por intereses de la fe pública y de la justicia, saber expresarse en gallego. El régimen de las mayorías es cruel, pero necesario en el estado actual de la organización política; mas por lo mismo que es un *mal necesario*, debe restringirse en cualquier esfera todo lo posible.

*
* *

Considero, pues, como un beneficio para la cultura el establecimiento reciente de la *Academia gallega* y del *Instituto de Estudios Catalanes*, si allí se trabaja sin *chauvinismes* ridículos, con la mira puesta en el progreso humano y huyendo de toda tendencia aisladora y egoísta. Una cosa es trabajar *por* un pueblo, y otra muy distinta trabajar *para* un pueblo. Lo primero es una labor meritoria y laudabilísima. Lo segundo es un *servicio doméstico* más ó menos *agradecido* y mejor ó peor *pagado*.

El *Instituto de Estudios Catalanes* «tindrà per objecte la superior investigació científica de tots els elements de la cultura catalana», según los estatutos de su fundación. Se dividirá en cuatro secciones, tituladas respectivamente: de *Historia*, de *Arqueología*, de *Literatura* y de *Derecho*. Publicará textos, memorias, colecciones, estudios y monografías referentes á cualquiera de las indicadas materias. Los ocho individuos del Instituto, presidido por el distinguido profesor D. Antonio Rubió y Lluch, se muestran animados por los más ardientes deseos de trabajar por la cultura. Y en verdad que ya era hora de que este amor se despertase, porque los catalanes, ni más ni menos que las otras regiones españolas, han dejado que la curiosidad y el oro extranjeros se llevasen á lejanas tierras monumentos preciados de su literatura y de su arte.

Pero si el referido *Instituto* ha de tener «por objeto la superior investigación científica de todos los elementos de la cultura catalana», ¿por qué ha cerrado, en la forma que indica la mencionada división en secciones, el campo de sus trabajos? ¿Es que la gloria de la investigación científica catalana ha de consistir en referirse exclusivamente á Cataluña? Si á los futuros miembros del Instituto se les ocurre no dedicarse, por ejemplo, á la clasificación y al estudio de la flora catalana (porque esta tarea, con un poquito de esfuerzo, podría considerarse incluída en la sección de *Historia*), sino á la ciencia en general, y son capaces de realizar admirables descubrimientos en Medicina, en Astronomía, en Fisiología, en Filosofía, etc., ¿no habrá hueco para esta labor en el *Instituto*? ¿Se entenderá que la gloria de Cataluña consiste en estudiar *lo catalán*, y no en que sean *catalanes* los que estudien? ¿Le importará tan poco á la Diputación el progreso humano, que sólo se sienta animada para dar unas pesetas á lo que fortifique el amor á Cataluña? Con el establecimiento de dos ó tres secciones más, que no representarían excesivo gasto, la organización del Instituto sería más simpática á los ojos del resto del mundo, sin que esto obste para que lo hecho merezca aplauso. La Real Academia Española, por ejemplo, se ocupa *preferentemente* en temas de investigación hispánica; pero buena parte de los discursos de entrada de sus miembros (única labor que la mayoría de ellos ejecuta) se refiere á cuestiones de interés general.

En la reciente discusión del presupuesto de Instrucción pública que ha tenido lugar en las Cortes, se ha evidenciado la supina incultura de la mayor parte de los *oradores* que rigen los destinos de nuestra patria. Se ha hablado de la *erudición* como de un pecado, y hasta se ha llegado á contraponerla al equilibrio de las facultades, como si en los tiempos que corremos pudiese nadie enterarse de una ciencia cualquiera (no ya de la Historia ó de la Arqueología, sino v. gr. de la Medicina ó de la Antropología) sin el aparato difícilísimo é indispensa-

ble de la *erudición*. ¿Qué entenderán esos salvadores de la patria por *erudición*, y por qué no la definirán antes de censurarla, para que sepamos á qué atenernos? Mommsen, Darwin, Ihering, Schopenhauer, Herbert Spencer, y en general las figuras más insignes de la especulación extranjera, serían aquí mirados con desprecio olímpico por los jóvenes imberbes y los viejos gobernantes que no han menester de ningún libro para saber nada. A Menéndez y Pelayo, una de las glorias más legítimas, no de España, sino del mundo, le diputan muchos por un *erudito*, y así se ahorran la lectura de sus producciones. Si reparasen en las citas que esmaltan los trabajos de Cajal y de Azcárate, por ejemplo, echarían de ver con desagrado que también son colosales *eruditos*. Y como sin la erudición no se puede dar un paso, en los días por que atravesamos, y la erudición se menosprecia por no tomarse el trabajo de adquirirla seriamente, fatigan las prensas españolas libros y folletos inútiles, que revelan horizontes intelectuales limitadísimos y donde se descubren á lo mejor el oxígeno ó las islas Molucas, por no enterarse bien antes, mediante la *ingrata* erudición, de si se conocían ya. Y así vamos viviendo, y así se llama á voz en cuello á los extranjeros para que vengan á enseñarnos, sin caer en la cuenta de que esos extranjeros puede que sean también *eruditos*, ni en que quizá exista en España quienes sean capaces de competir con ellos. Pero ¿cómo se ha de saber si esos elementos aprovechables existen ya en la nación, si aquí molestan las letras de molde á los directores de pueblos?

El *Instituto de Estudios Catalanes* ha contestado á estas imbecilidades dedicando á la *maldita* erudición la mitad, por lo menos, de sus tareas. Y ha hecho en esto muy bien, y yo le aplaudo *ex animo*, y hago votos por su buena ventura, y me propongo colaborar en ella con las muchas ó pocas fuerzas de que Dios me haya dotado. No descansemos en Ticknor ó en Fitzmaurice-Kelly para conocer la literatura castellana, ni en Morel-Fatio ó en Denk para enterarnos de la catalana, ni en

Carolina Michaëlis de Vasconcellos para apreciar la galaica. Trabajemos en nombre propio por el esplendor de la verdad y de la patria, y hagamos buenas las palabras que el gran Verdaguer dirigió á *Espanya*:

«Poden tos rius escorrers, venir al mar tes terres,
no l'ull, però, aclucarshi del sol que may se pon.»

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

LIBRO SEXTO

SEGUNDO VIAJE Á ROMA

(1649-1651)

CAUSA OCASIONAL DEL VIAJE

La antigua Roma deja siempre, después de la primera visita, honda nostalgia, por lo menos en aquellos que merecen visitarla. La segunda estancia suele ser ya más agradable, más placentera. Este deseo, la sospecha quizá de que allí le esperaban aún los más brillantes días de su vida, impulsó al pintor, entonces de cincuenta años, al país en donde, cuando tenía treinta, había experimentado por primera vez la dicha de entregarse á la contemplación del arte y de los monumentos de Roma con la libertad de un país donde todo reviste grandeza.

El primer viaje había sido un viaje de estudio; el segundo fué oficialmente un viaje de negocios, aunque el motivo oculto, pero real, fuese el de volver á visitar el país querido; quizá también estrechar las suavizadas relaciones de España con el Papa, Corte y sociedad, y mostrar en aquella arena todos sus talentos.

Su encargo, pretexto para el largo permiso, estaba rela-

cionado con su nuevo empleo de director de las reformas del palacio de Madrid.

En los últimos años se habían adornado salas nuevas, se habían dispuesto nuevos locales. Su decorado no podía ó no quería confiarse á los artistas nacionales, especialmente desde que los nombres de dos pintores decoradores muy celebrados de Italia habían llegado á Madrid; también para el mobiliario se pensaba llamar á determinados artífices en bronce. Los nuevos locales habían dado ocasión á una nueva instalación del tesoro de cuadros; algunas salas habían transformado ya el palacio en una pinacoteca. Pero los actualmente existentes no bastaban á los planes del rey.

«En esta ciudad—escribe sir Arthur Hopton el 20 de Julio de 1638—no hay cuadro de algún valor que el rey no adquiriera á buen precio.»

Pero sabían allí perfectamente que Madrid era muy modesto mercado en comparación con Venecia y Roma. Por esto se echó mano de Velázquez.

«Propúsole—dice Jusepe Martínez (1)—S. M. que deseaba hacer una galería adornada de pintura, y para esto que buscase maestros pintores para escoger de ellos los mejores, á lo cual respondió: «V. M. no ha de tener cuadros que cada hombre los pueda tener». Replicó S. M.: «¿Cómo ha de ser eso?» Y respondió Velázquez: «Yo me atrevo, Señor, si V. M. me da licencia, ir á Roma y á Venecia á buscar y feriar los mejores cuadros que se hallen de Tiziano, Pablo Veronés, Bazán, de Rafael de Urbino, del Parmesano y otros semejantes, que de estas tales pinturas hay muy pocos príncipes que las tengan y en tanta cantidad como V. M. tendrá con la diligencia que yo haré; y más que será necesario adornar las piezas bajas con estatuas antiguas, y las que no se pudieren haber se vaciarán y traerán las hembras á España, para vaciarlas después aquí con todo cumplimiento».

(1) *Discursos practicables*, pág. 118.

Mas para disponer aquellas habitaciones reales, verdaderos templos de arte, según los modelos italianos, era preciso también estatuas.

«Será necesario adornar las *piezas bajas* con antiguas esculturas. Las que no se puedan tener se traerán las formas á España para fundirlas tan cumplidamente como sea posible.»

Hasta allí el palacio poseía pocas piezas de esta clase. El inventario de Felipe II contenía 117 obras plásticas, entre ellas 32 seguramente modernas; las demás eran la mayor parte retratos en busto; sólo cuatro estatuas (1) fueron en parte trasladadas á los jardines de Aranjuez y del Buen Retiro, donde Ponz aun las vió (Viaje VI, 133). El inventario de 1636 enumera 58 estatuas, de las cuales sólo una parte determina: las expuestas en el «Jardín del Emperador», al lado del pasadizo; doce estatuas de emperadores con coronas de laurel de plata, y tres caballos en la torre de la biblioteca.

En 2 de Marzo de 1647 recibió Velázquez el nombramiento de veedor y contador de la fábrica de la pieza ochavada (2). Esta pieza correspondía á la renovación del antiguo palacio, empezada en tiempo de Felipe II, pero sólo terminada ahora. Entonces se ideó una prolongación del ala del Sur, dispuesta en forma que se elevase paralela al antiguo frente una nueva fachada; en ésta fueron construídas, entre otras, las dos torres cuadrangulares salientes que flanqueaban la antigua puerta. Esta nueva parte contenía el salón de los Reinos, la sala de los Espejos y el *Ochavo*. El *Ochavo* no era otra cosa que una gran pieza de la antigua torre de la izquierda (3). Estaba ahora sobre la puerta principal, al lado de la nueva escalera. Recordaba las tribunas de Florencia, conocidas del rey por los

(1) E. HÜBNER: *Estatuaria antigua en Madrid*. Berlín, 1862.

(2) Fueron dos nombramientos: el primero, de veedor, en 22 de Enero; y el segundo, de contador, en 2 de Marzo de 1647.—*N. del T.*

(3) C. JUSTI: *El palacio de los Austrias en Madrid*. Zeitschr. f. Bild Kunst, 1894.

relatos de los señores y pintores florentinos. Se resolvió disponer un consorcio semejante de plástica y pintura. El mismo Felipe IV la llamaba su tribuna.

Cuando Fernando II de Toscana envió al ministro Haro una estatua de su señor, con una mesa-consola de mosaico florentino, la encontró de tanto gusto el rey, que D. Luis se la regaló.

«Mandó ponerla—dice el embajador florentino Ludovico Incontri en 30 de Agosto de 1651—en el *salone ottagonno*, entre las dos galerías, la cual es como la tribuna de S. A. (*e come la tribuna di S. A.*). Allí tiene la reina sus mejores alhajas; las paredes están adornadas con pilastras y hornacinas de jaspé con las mejores estatuas.»

Cuando la reina, de diez y seis años, y la infanta María Teresa se disputaban estas obras de arte, la una para el nacimiento del heredero, y la otra para su matrimonio con Luis XIV, dijo el rey, riendo:

«Echáis mal las cuentas, porque, estando el caballo y la mesita en la tribuna, ya no soy dueño de ellas, pues todo lo que aquí llega se entiende incorporado á la Corona» (1).

Los cuadros eran asuntos mitológicos y de caza, de Rubens y Snyders, realmente copias, y dos originales perdidos de Van Dyck: Baco con las ninfas, Mercurio y Saturno. En el techo, unas ninfas tocando, del Tintoretto. El salón estaba destinado para contener otras muchas preciosidades. Entre las estatuas veíase el hombre de la espina, que ya poseía Feli-

(1) S. M.^{tà} gl'ha fatto porre nel Salone ottagonno che vien fra le due gallerie, et è come la Tribuna de S. A., nel quale il Re tiene le cose più preziose, essendo le pareti ornate di pilastre, et nicchie di diaspro con statue bellisime. La M.^{tà} della Regina e la S.^{ra} Infanta, in presenza del Re, stavano facendo i conti a chi di loro haveva a toccare, pretendendole la Regina al primo figlio maschio, et la S.^{ra} Infanta quando si partira della M.^{tà} Sua et anderà a marito: et il Re ridendo disse a D.^e S.^{re}, che facevano male i conti, poiche essendo il cavallo et il tavolino posti nella *Tribuna* egli non n'era più Padrone poichè tutto quello che entrava in d.^a Stanza, s'intendeva incaramato per la corona.

pe II, y los siete planetas de bronce que Fernando había logrado en Holanda.

Como no era de esperar que se encontrase ocasión para adquirir antiguos originales, se determinó proporcionarse moldes de los más celebrados modelos de los Museos romanos, divulgados por entonces por obras de estampería por todas partes, para fundirlas en bronce.

Con una comisión semejante fué enviado á Italia, un siglo antes (1543), el pintor Primaticcio por Francisco I. Reunió allí en poco tiempo 125 estatuas, torsos y bustos, y mandó fundir las mejores antigüedades de Roma á Jacobo Barozzi da Vignola y á Franz Libon. Además de Marco Aurelio y la columna de Trajano, se conocían el Laocoon, el Apolo, Venus, Cleopatra, el Nilo y el Tíber. Los fundidos en París se recomendaban por su airosidad y pureza. Es posible que las noticias que Vasari daba de estas antigüedades para la colección de copias de Fontainebleau (Vite, XIII, pág. 3; IX, 80) diera el impulso al plan de Felipe IV.

Extrañaría á los admiradores y detractores de Velázquez que éste encargase en Roma una colección de moldes de obras antiguas, confiándola á un predecesor, en ciento veinte años, de Rafael Mengs. Se ha relacionado la aparición simultánea en todas partes de estos Museos de copias, hacia el fin de aquel siglo, con la decadencia del sentimiento pictórico, y el dudoso gusto de Gerardo de Lairesse y de Van den Werff. Rumohr nota «que desde la creación de la sala de los Antiguos en Amberes (1680) y Amsterdam (1700) desapareció rápidamente en las escuelas de ambas ciudades aquella finura de percepción tan poco común que caracterizaba sus primeros trabajos» (Tres viajes, pág. 59).

En España este peligro no era un secreto; también Martínez hace notar (loc. cit., 4): «El dibujo es por tales escuelas rígido, seco y lo más ingrato á la vista». Sin embargo, los procedimientos tan fatalmente pseudoclásicos y antipictóricos del siglo siguiente tal vez fueran menos un efecto de los anti-

guos que del ya iniciado marasmo que con semejante transfusión esperaba rejuvenecerse. La natural fuerza de resistencia de los pintores de raza del siglo anterior no había tenido que temer tal desviación.

Es probable también que estas compras y el viaje en cuestión fueran hechos en interés de una Academia de pintura en proyecto. Indudablemente se fundieron moldes suministrados por Velázquez en la Academia fundada en tiempo de Felipe V. Tal institución fué ya proyectada bajo Felipe III, según Jusepe Martínez, por Vicente Carducho, á excitación del cual, en el año 1619, los pintores de la capital elevaron un memorial con los estatutos. A la inauguración del reinado de su hijo se habló otra vez del plan, y Olivares se mostró favorable al mismo; se bosquejó un programa con concursos doctrinales, premios y grados concedidos en actos públicos; la ejecución, á la cual también las Cortes de Castilla se mostraron favorables, naufragó por la «discrepancia» de los pintores.

* * *

PERTENECER A LA BIBLIOTECA
DEL
AYENEO BARCELONES

Ya en 14 de Mayo (1) decretó el rey al *Bureo* que se pagasen al pintor sus atrasos, lo que tuvo lugar, con efecto, en 6 de Octubre de aquel año.

Velázquez abandonó Madrid en Noviembre de 1648. Como en Cataluña ardía aún la guerra, Barcelona estaba en poder de los franceses, y en Valencia y Sevilla reinaba la peste, el embarque tuvo lugar en Málaga el 5 de Enero de 1649. También el embajador veneciano, Basadona, tuvo que hacer este camino para venir á Madrid, en el cual invirtió sesenta y ocho días. La travesía no estaba exenta de peligros. En la primavera de 1650 lograron apresar los piratas franceses, entre Alicante y Génova, un buque español con el secretario de Don Juan de Austria, que equipó una flota á Nápoles para arrojar á los franceses de Elba y tomar Longona y Piombino.

(1) El decreto lleva fecha de 18 de Mayo de 1648.—*N. del T.*
E. M.—*Febrero 1908.*

Velázquez unióse al séquito del embajador español, que se dirigía á Triento para recibir á la nueva reina, Mariana de Austria, D. Jaime Manuel de Cárdenas, duque de Nájera y Maqueda. A consecuencia de los vientos contrarios, no pudieron llegar á Génova hasta el 11 de Febrero.

También en esta ocasión sólo estuvo poco tiempo, como de paso en Génova. Después de Milán y Padua, estuvo en la ciudad de las lagunas. No espera Velázquez á gozar de las fiestas que en aquel Estado se preparaban para recibir á la futura reina de España, y, presuroso de llegar á Venecia, reposa en Milán sólo algunos días, los suficientes para ver la Cena de Leonardo y dar un vistazo á las iglesias. Por lo cual cedió el honor de retratar por primera vez á la joven reina de España á un extranjero, Justus Sustenmars, pintor de la Corte en Florencia, que llegó con el cardenal Yoh. Carl de Medici hasta la frontera. Este retrato lo llevó consigo á España.

El 21 de Abril entraba en Venecia.

COMPRA DE CUADROS EN VENEZIA

Entre los muchos huéspedes de alta jerarquía de todas las naciones que entonces acudieron á Venecia, como primer lugar de recreo de Europa, no pocos iban á dejar su dinero á cambio de cuadros. Es este artículo la reina de los mares era la primera plaza, pues ya en el siglo xvi la escuela veneciana ocupaba el primer rango en la general estimación. A los pintores de Italia y del extranjero siguieron los potentados: Carlos I de Inglaterra, Felipe IV, Fernando II de Toscana, Cristina de Suecia, el archiduque Leopoldo Guillermo, tenían avidez de cuadros venecianos.

Por aquel tiempo estuvieron allí personalmente el duque Francisco II de Módena (1648); Antonio Ulrico de Branschweig, de veintitrés años (1556); el marqués Carlos II de Mantua (1460); Fernando III. El pintor holandés Daniel Beck fué

como agente de la reina de Suecia, dando á entender que llevaba grandes planes (*concetti grandi*).

Se hablaba de dos pintores que el emperador iba á enviar. «De todos lados—dice Marco Boschini en una poesía dedicada al archiduque Leopoldo—vienen cazadores que tienden sus redes, derramando oro sin tasa para llevarse nuestras joyas.»

Perche a sto muodo da tutte le bande
ghi cazzadori, che le rede tende
e che senza misura l'oro spende,
e porta via ste zogie cusi grande.

Mas si Velázquez había creído que sólo con llevar la bolsa bien repleta iba á encontrar á la primera oferta Tizianos y Paolos, se equivocó. Estos no esperaban comprador; todo lo contrario, el comprador debía acecharlos con mucha paciencia. De Tiziano apenas si aparecían cuadros históricos; un retrato surgía á veces, y se daba por él, si tenía manos (1), 100 doblones, 200 ducados de plata. Cierta Dux (quizá Landi, † 1545) era objeto de general codicia en el estudio del senador Landi. Lo compró lady Vichman en 1646 por 3.200 ducados.

Era preciso vivir allí mismo, ó tener un agente medio aficionado medio comerciante, de suma experiencia, que estuviera en acecho, ya de la ruina de un noble, ó de la secularización de un convento, ó de las veleidades de una monja abadesa ó de un párroco, agente en el cual depositaban su confianza los Silock de este negocio, y que no se desdeñaba en entrar disfrazado á un antiguo palacio. Las crónicas hablan incidentalmente de los innumerables aficionados que descubrían Leonardos, Correggios, Holbeins, Georgiones apócrifos. El gran Pedro de Cortona compró entonces un falso Paolo para el cardenal Bichi (2). Pero quien poseyese un agente de esta clase po-

(1) Las manos de Tiziano eran altamente apreciadas.—*N. del T.*

(2) «Ci vuol bene il fondamento dell'arte, ma nel resto si ricerca una grandissima pratica», hace notar Paolo del Sera. Su correspondencia con Fernando II se halla en el Archivo de los Oficios.

día muy bien reunir en veinte años una soberbia colección con el dinero de los príncipes. Uno de éstos era Niccolo Rinieri, que poseía hermosos Paolos y Bassanos, y Paolo del Sera, un rico comerciante y comisionista, que vivía en una casa del Canal grande, y que había aprendido á pintar en casa del Prete Genovés. Era agente de Fernando II de Toscana, y recibía siempre las primeras ofertas secretas. Pero rara vez llegaban extranjeros que pudiesen pagar la prima á estos señores; Sera quería, como él decía, una *offerta da Re* para su estudio. El archiduque Leopoldo se la hizo. Poco antes de la llegada de Velázquez (1647), vendió uno de los tres hijos y herederos de Vincenzo Grimani Calerge á unos genoveses, aquella tapicería de dibujos rafaelescos, por la cual anteriormente había ofrecido el conde Arundel diez mil ducados.

De adquisiciones de pintores españoles, cita Palomino cuatro lienzos; el mejor es ciertamente un Paolo: Venus y Adonis (Prado, 526), un asunto pintado á menudo por éste; dos cuadros al temple de la vida de Cristo: el uno la curación del ciego, «un milagro del arte», que no se atrevió á exponer á los peligros del transporte. De Tintoreto trajo la Conversión de San Pablo (?), un techo de la historia de Moisés, la Purificación del Botín de las Vírgenes Madianitas (415); y, finalmente, El Paraíso, muy rico en figuras (428), boceto de su gran obra del Gran Consiglio. Boschini, que entonces le conoció, y que le describe como espejo de un seductor caballero en su *Carta del navegar pintoresco*:

«Cavalier, che spirava un gran decoro
de si perfeta, e nobile maniera
che ogn'un'el lauda, e somamente el precia».

refiere que esta (pág. 56) última obra era la que prefería; encontróle un día ante ella en el palacio del Dux, perdido en la admiración de la artística distribución y la vida de las innumerables figuras de esta gigantesca obra. «Este cuadro solamente basta para inmortalizar á un hombre; parece la obra de toda una generación.»

El fantástico mercader de joyas falsas contaba, además, que había dado por cinco cuadros 12.000 escudos; pero citaba, además, el «Paraíso», dos Ticianos y dos Paolos. La cosecha le parecía algo escasa, pero «*no se trova de comprar più niente*» (1).

Sin embargo, Velázquez, al dar aquellas seguridades al rey, había tenido un certero presentimiento, como lo probaron los acontecimientos del año siguiente en el mercado de cuadros; desgraciadamente, llegó algo pronto.

Cuando la Serenísima, en 1657, decretó, para costear la guerra de los turcos, la supresión de las órdenes de los Cruzados y del Espíritu Santo y la confiscación de sus bienes, y la obtuvo de Alejandro VII, aparecieron inesperadamente algunas de las primeras obras maestras en el mercado.

Los canónigos de S. Spirito poseían dos cuadros de altar de Tiziano, la Venida del Espíritu Santo; sobre el altar mayor la inestimable obra de juventud del San Marcos, con los cuatro santos, y en el techo tres historias del Antiguo Testamento. Los cruzados tenían en el refectorio las Bodas de Caná, de Tintoretto (1561), y una admirable cabeza de mujer rubia llena de encanto y luces de oro. Ya antes de la publicación de la bula de extinción, el provincial y prior de esta orden, el padre Barbero, había ofrecido á Paolo del Sera, por la mediación del tratante en cuadros Barbier, este cenáculo para un comprador incógnito (Marzo 1656). Pedía 4.000 escudos de plata, mientras que el archiduque sólo ofrecía 1.500 piastras. En esto sobrevino la bula, y el Gobierno inventarió el valor total. Los cinco cuadros de Tiziano fueron destinados á la iglesia y sacristía de la Salud, donde aun los podemos ver. La lucha para

(1) BOSCHINI dice que vió también un hermoso retrato de mano de Velázquez, en Venecia.

Se ghe ne viste un simile (retrato) a Venecia
 E l'hó visto anca mí; questa xè vera,
 De si perfeta, e nobile maniera,
 Che ogn'un'el lauda e somamente el pretia.

obtener las Bodas de Tintoretto fué encarnizada. El nuncio Carlos Caraffa intercedió con los procuradores de San Marco, á los cuales Paolo del Sera rebajó hasta 2.500 ducados (1.666 ²/₅ piastras). Pero el patriotismo estaba picado; los procuradores Pesaro y Bragadis querían llegar hasta 3.000 ducados; los pintores pedían 10.000; finalmente pasó á la Salute.

Abrióse una perspectiva extraordinaria. En Octubre de 1618 apareció el hebreo Ventura Salomón como agente del padre maestro de los siervos, con la oferta de una de las brillantes creaciones de Paolo: el Convite del fariseo en el refectorio de la Orden. Pedía 10.000 ducados; quizá lo dejarían en 8.000; el judío debía percibir un 5 por 100. El Gobierno cerraría los ojos. Paolo del Sera creyó imposible que la ciudad dejase escapar tal obra. También esta adquisición naufragó, probablemente por la avaricia de los florentinos; la Serenissima regaló el cuadro siete años más tarde á Luis XIV.

NÁPOLES EN EL AÑO 1649

Apenas llegado á Roma, debía Velázquez ir á Nápoles para entregar sus cartas de recomendación al virrey conde de Oñate. Estas contenían la orden real de ayudarle largamente en todas las necesidades que el objeto de su viaje le ocasionase (1). Cuál era su objeto, nos lo da á entender Passeri (2) diciéndonos que se encargaron trabajos á un escultor napolitano. Julián Finelli, de Carrara, había sido enviado por el duque de Terranova (Oñate) á Roma, para ocuparse en la fundición de los antiguos en yeso y una parte en bronce, así como también algunos modelos suyos, y doce leones de bronce dorado. Estos estaban destinados á mesas de mármol; se los encuentra á menudo en los retratos posteriores, como en el de Carlos II, de

(1) PALOMINO, III, 336: «De assistirle larga y profusamente».

(2) PASSERI: *Vite de'pittori*, 261, 267. Una parte fué sólo en Madrid fundida. Palomino, 340.

Carreño. Este envío no tuvo lugar hasta el año 1652; por consiguiente, Velázquez no tuvo más que elegir sino estos antiguos. Finelli había hecho las estatuas de Monterrey y su mujer para Salamanca; su favor con el conde le fué, según Passeri, de mucha utilidad. Monterrey le había recomendado á Velázquez.

Nápoles era entonces la más fecunda mina de los españoles, en lo que se refiere á obras de arte. Aun hay iglesias en España donde se cree uno transportado á Nápoles; por ejemplo: la colegiata de Osuna, la iglesia de las Agustinas Descalzas, de Salamanca; también en el palacio real ésta era la única que representaba las escuelas italianas. En la fundación que costeó Monterrey (entonces virrey) en la antigua ciudad universitaria, trabajaron los más sobresalientes pintores de Nápoles, incluso muchos industriales; una gran parte de los cuadros estaba en la clausura, es decir, invisible, hasta que hace pocos años fueron trasladados á París.

En esta ocasión visitó por segunda vez á José Ribera. Veinte años habían transcurrido desde su primer encuentro; la mayor parte de la carrera artística de los dos pintores. Sin embargo, Ribera era ante el caballete el mismo que en otro tiempo. ¡Qué serie de creaciones fueron expedidas durante aquellas dos décadas de su casa, frente á San Francisco, á lejanos países! Entre ellas estaba la gran Concepción pintada para el mismo Monterrey, en el año 1635; el Misterio favorito de los españoles, asunto que hermana muy poco con las demás producciones de su talento. A esta apoteosis de la Santa Virgen siguió (1637) el insuperable cuadro de un alma doliente en la Pietá de San Martino, ante cuya seriedad y majestad de su dolor todas las representaciones del siglo palidecen. Después vinieron los años agitados en que iba á aparecer Domenichino, para enseñar á los napolitanos lo que había de ser la pintura monumental. Ribera no le hizo sombra, no era un pintor de frescos. Pero quiso demostrar que lo que se consideraba como monopolio de aquel italiano del Norte, estaba á su alcance

cuando quería. Para ello pintó la Sacra Familia con la Santa Catalina para Génova (1643), hoy en el parque de Stratton, en Inglaterra; un grupo íntimo de familia, cuyas dos mujeres presentan tal pureza de líneas, tal elevación, gracia y discreta intimidad, que hace penoso separarse del cuadro. Al año siguiente se le concedió la cruz de la orden papal de Cristo. El año 1646 le depara una satisfacción artística. Recibió una tablita de altar de la discutida capilla del Tesoro, el martirio de San Januarius; estaba allí como un documento elocuente entre las obras medianas del Domenichino, en un ángulo de la cúpula. Allí donde sus rivales esperaban una obra patibularia, hallaron una figura riante, tranquilamente triunfadora, inundada de luz.

Pero entonces sufría un golpe terrible. Tenía dos lindas hijas, cuyas facciones encontramos á menudo en sus Vírgenes. La más joven, María Rosa, estaba en aquel tiempo en el esplendor de su belleza juvenil. Todavía en el año 1646 utilizó su rostro para modelo de uno de sus más grandes cuadros de la Purísima. En él llevó á la exageración su sistema de pintar con luz y sombra, sin color. El cuadro estaba destinado para Madrid, para el altar mayor del convento de Santa Isabel, cuya gran iglesia estaba en construcción desde hacía siete años.

En aquel año estalló la insurrección de Masaniello, y el hijo natural del rey, Don Juan de Austria, fué enviado á Italia. Durante su agitada vida, en Nápoles trabó amistad con el pintor de la corte, cuyos retratos ecuestres multiplicó por medio del grabado (1648). Este primero y único trato con un individuo de la dinastía fué nefasto para Ribera. No esperaba nunca de España, su patria, nada bueno para él, y así lo había declarado ya años antes. «España—solía decir—es una tierna madre para el extranjero, y una dura madrastra para sus hijos.» Por esto no quería abandonar Nápoles. «El que se encuentra bien en un sitio, no se mueva de allí» (1). María Rosa

(1) «Quien está bien no se mueva.» Dice, según Martínez: «Que España es madre piadosa de forasteros, y cruelísima madrastra de los propios naturales.» *Discursos*, 34.

fué inmolada á la seducción del joven príncipe. Este llevóla á un convento de Palermo. El dolor del severo padre tocó en los límites de la desesperación. Se maldijo á sí mismo, pues su vanidad había ocasionado la desgracia; había tenido el atrevimiento de invitarle á una de sus tertulias de noche. La tradición dice que se retiró á una posesión en Posilipp, y pronto desapareció. Pero sus cuadros, fechados hasta 1652, y la visita de Velázquez, demuestran que sobrevivió algunos años á su desgracia († 2 de Septiembre de 1652). Las obras de este último año son de tal maestría técnica y de tal profundidad de sentimiento, que demuestran que la amargura no había agotado su espíritu. El San Sebastián del Museo de Nápoles es la última y más elocuente reproducción de este asunto, tan á menudo representado por él, pero allí la muerte es una transfiguración. En los Pastores, del Louvre, parece haber buscado un consuelo, pues se reproducen los rasgos de la hija, perdida para él, en la María con los ojos al cielo. Su canto del cisne fué la gran Comunion de los apóstoles en San Martino. Esta es su obra más rica en figuras y de arte, y en la cual se admira otra vez la suntuosidad de colores tizianescos de su juventud, insuperable en la expresión de la devoción sacramental, verdad y profundidad de sentimiento, dignidad y solemnidad del gesto (1).

Fruto de las trágicas relaciones fué una hija, la cual, por mediación del padre Nithard, ingresó en las Descalzas Reales de Madrid, en donde vivían y morían damas de la Casa de Austria (2).

En el cuadro de Santa Isabel, de Madrid, habrá chocado á todo el que esté familiarizado con el estilo de Ribera el exotismo de aquel rostro vulgar de María. Sabemos por Palomi-

(1) Pocos ejemplos hay de la disparidad cronológica en las obras de un maestro como el de Ribera. Esta obra, inspirada seguramente en las escuelas venecianas y lombardas, se colocaría en época anterior si no llevase la fecha al pie del lienzo.

(2) Este hecho consta en los papeles de la sucesión de este jesuíta, hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, descubiertos y publicados en la *Gazette des Beaux Arts*, por P. LEFORT, 1882, I, p. 42.

no (III, 312) que está repintado por Claudio Coello, porque las monjitas, indignadas con la semejanza de retrato con la hija del pintor, lo mandaron así. No era, en verdad, la cabeza de María Rosa (conocida también en Alemania por la Santa Inés (1), de Dresde) un modelo poco adecuado para una santa. ¿Cómo pudieron escandalizarse en Madrid después de tantos años de muerta la joven? Esta indignación no se manifestó hasta que las monjas supieron la procedencia de la *Excelentísima Señora* en las Descalzas Reales. Se notó su semejanza con este rostro de María, cuyo modelo fué en otro tiempo María Rosa.

ROMA EN 1650

Velázquez entró en la Ciudad Eterna por segunda vez la víspera del jubileo que á consecuencia de la extinción de la guerra se celebró y atrajo extraordinaria y numerosa peregrinación. No sabemos si esta tropa de peregrinos celebraba realmente una fiesta de paz. El Papa contestó con la Bula de 23 de Noviembre de 1648, *Declaratio nullitatis*, á la celebración de la paz de Wesfalia. Pero de todos los países acudían las hermandades; también aparecieron los príncipes Leopoldo y Matías de Toscana, María de Saboya, hija de Catalina de Austria. Al lado de éstas advirtiéronse muchas figuras siniestras del Mediodía de Nápoles, que después de la sofocación de la guerra en los Estados eclesiásticos aparecieron á veces con intento de pillaje en el territorio napolitano. En el Colosseum vivió largo tiempo tal banda. En Roma encontró apoyo en el palacio del embajador francés, pues este señor extendió su derecho de asilo á toda la manzana en que estaba su casa. Allí moraban «Masanielli», como ellos se llamaban, á cientos. El cardenal Barberini, que introdujo en Roma la primera peluca francesa, se llamaba entonces *il principe di Casa Masaniello*.

(1) A. SCHNÜTGEN: *Zeitschr. f. christf. Kunst*. 1892.

La cólera del pueblo romano se desató contra los reclutadores españoles que con consentimiento del Gobierno hacían su agosto. Hasta osaban poner sus manos en los peregrinos; pero los aldeanos con sus bastones guarnecidos de plata eran hombres de puños, y como en cierta ocasión en la plaza de San Pedro fuese detenida una cuadrilla de estas piadosas gentes, batieron con ayuda de la multitud del Bosgo á la guardia y la redujeron á prisión. Un pasquín decía: «También en Roma hacen Masianelli». En suma: la santa Roma era un lugar clásico para el estudio de los cuadros de soldadesca. La catástrofe de Nápoles había excitado en general el sentimiento patrio italiano. La posición del español en Roma no era agradable. El Papa mismo era un italiano de corazón. Con ocasión de las luchas eclesiásticas de Venecia exclamó: «Es imposible que los eclesiásticos olviden el servicio de su patria: tan fuerte es la voz de la naturaleza; Nos lo hemos experimentado cuando de vuelta de España entramos de noche en esta ciudad; nos apresuramos á abrir las ventanas de nuestro palacio para celebrar contemplando la Piazza Navona y el Pasquino nuestro regreso á la patria» (1). Censuró la sangrienta dureza de D. Juan de Austria como impolítica é inhumana. La fuerza de los acontecimientos le puso enfrente de los españoles. Estos miraban con indignación pasar por el Corso al enviado del clero de Portugal, y pronto también al del «Tirano» (así llamaban al nuevo rey Juan IV); hubo choques sangrientos. También era detestado en la corte. Cuando el agente español Ameyden fué interrogado en la primera audiencia del duque de Arcos por los prelados y caballeros allí reunidos acerca de su carácter, dijo de él que era «limpio de manos y *justiciero* (así llamaban á Don Pedro el Cruel) y cortés», á lo cual se le contestó que las dos primeras cualidades se veían á veces en los españoles, pero la tercera jamás (2).

(1) Despacho del veneciano GIUSTINIANI, 1 Octubre 1650.

(2) Che s'erano veduti altri ministri di Spagna netti di mano, é giustitieri, *ma cortesi mai*. Ameyden, 25 Enero 1646.

Tenemos á la vista un cobre del dominico Barriere, de Marsella, en el gusto de Callot, que reproduce de la manera más fiel una escena de aquel año, en la cual puede pensarse que Velázquez tomó una parte principal. Es una reproducción de la fiesta organizada el 17 de Abril, madrugada del día de Pascua, por la *Cofradía de la Gloriosa Resurrección*, fundada en 1579. Realmente es la colonia española, en cuyo centro se halla el embajador con Fernando Brandano, *oficial mayor* de la Secretaría Pontificia, al cual retrató también Velázquez. La perspectiva muestra la Piazza Navona vista desde el extremo sudoeste. Esta plaza, la más característica de Roma, desde 1477 mercado, debe su actual configuración al Papa Inocencio X; en ella está sita su casa natal. A la izquierda hay, en la parte más visible, un palacio moderno; según cuenta Sandrart (página 200), «la casa donde nació, con otras muchas de al lado, hasta *alla Madonna della Pace*, fueron demolidas, y en su lugar mandó edificar el majestuoso edificio llamado Palazzo Pamfilio, con la iglesia». La iglesia de Santa Inés no fué empezada hasta dos años después. El obelisco, que lleva la inscripción 1651, estaba ya erigido.

El antiguo Circo agonal fué transformado por el romano Carlo Reinaldi, el hijo del constructor del palacio, en un peristilo con columnas ceñidas de hojas y con bellos remates puntiagudos, en las cuales ardían dos mil luces. El obelisco estaba rodeado por un castillo con cuatro torres, sobre el cual estaban los coros de música; otras cuatro había en las terrazas de la periferia. En el eje longitudinal flanqueaban esta *guglia* dos agujas que irradiaban haces luminosos; la torre del Colegio Romano y el Anima respondían. Esta multiplicidad de luces proporcionaba en la claridad de la mañana un espectáculo original; el aire parecía saturado de oro fundido. Allí donde después se colocó la fuente del *Tritone pesce*, ó Neptuno, modelada por Bernini, y en el extremo de enfrente, elevaronse dos arcos de triunfo costeados por castellanos y aragoneses, coronados con obeliscos y cúpulas que recordaban la

corona del rey de España; en uno había una estatua del Resucitado, en el otro la de María, á la cual se apareció en la mañana de Pascua.

A la izquierda, en el sitio donde pronto se levantó la fachada de Santa Inés, obra de Rainaldi y de Borromini, erigieron los fieles portugueses un altar con las armas de su país. A la derecha se veía la fachada renacimiento de la antigua iglesia nacional española de Santiago y San Ildefonso. De ella salía la procesión, abriendo la marcha el embajador, duque del Infantado, y avanzaba bordeando el antiguo Circo á lo largo de los edificios. La devoción no impedía volver la vista á los balcones del palacio Pamfili, los cuales estaban guarnecidos de apretadas filas de hermosas damas. Entre ellas encontrábase la mayor celebridad femenina de Roma, la cuñada de Su Santidad, la Papesa, como la llamaba Pasquin, Donna Olimpia Maidalchini (1).

La oleada del jubileo había llegado hasta el mundo de los artistas. En los últimos tiempos se había trabajado sin descanso para la inauguración. En primer término figuraba la restauración del interior de la iglesia Lateranense por Borromini; decíase con asombro que sin tocar á los muros ni los cimientos, y respetando las sagradas antigüedades, había hecho la iglesia más clara, rica y agradable. También logró terminar el príncipe Ludovisi el edificio de San Ignacio, con la fachada de Algardi. San Pedro conservaba el piso y revestimiento de las naves laterales de mármol con las palomas Pamfilinas y el retablo. Finalmente se inauguró el Museo Capitolino, con lo cual vino á realizarse el proyecto del nuevo Capitolio de Miguel Angel de casi un siglo antes.

Por otra parte, los tiempos económicos de los Pamfili eran más bien mezquinos para los artistas; éstos echaban de menos á los Barberini y su liberal y personal protección. El actual

(1) FR. CANCELLIERI: *Il mercato, il lago ed il pal. Panfiliano*. Roma, 1811, pág. 108.

sobrino, Camilo, un año cardenal, y que por su matrimonio con la más rica heredera de Roma, Olimpia Aldobrandini, fué otra vez el único vástago de la casa, dió en verdad más que todos trabajo á los artistas y escultores, pero era difícil en los asuntos pecuniarios; tuvo un pleito con Mola por cuestión de honorarios. La inspiración procedía siempre de su madre, que manejaba á su gusto la bolsa del Papa. Por esto tenía el primer puesto en lo que al lustre de la casa se refería, además de la Piazza Navona con palacio, iglesia y fuente, la Villa del Respiro sobre el Janiado, empezada bajo la dirección de Algardi en la coronación, el más bello y grandioso jardín del siglo. El palacio fué encomendado por Algardi á su paisano Gio Francesco Grimaldi.

El Papa demostraba en verdad en ocasiones vivo sentimiento y acertado juicio en cosas de arte; pero le importaba tan poco de pintores como de cosas del *bel esprit*. No gustaba de tratar con pintores, pues se quejaba de no haber recibido de ellos sino enojos y desengaños.

PINTORES ROMANOS

En la sociedad de artistas de Roma había todos los tipos imaginables: bohemios, caballeros, idealistas y excéntricos. En la obra de Passeri (1) se los ve no sólo pintar, sino gesticular y aun hablar. Entre los primeros dábase algún misántropo melancólico como el pobre Pietro Testa (de Lucca; nació en 1617), *il Lucchesino*, cuyo cadáver fué hallado en el Tíber el Miércoles de Ceniza del año del jubileo; un ingenioso grabador y creador de asuntos pictóricos que no sabía pintar (2).

(1) G. B. PASSERI: *Vite d'pittori, scultori ed architetti che anno lavorato in Roma*, 1772, 4.º Este libro da una buena idea de la sociedad de los pintores de Roma; á causa de sus desembozados juicios no se imprimió hasta un siglo después de su muerte, y aun entonces con supresiones.

(2) En el *Buen Retiro* había en el siglo xvii tres cuadros suyos: un sacrificio de Flora (28 ducados), una Europa (59) y un retrato ecuestre de un romano (35). INVENTARIO CARLOS II.

Además el inculto Miguel Angel Cerquozzi (nacido 1602), cuya avaricia llegó á ser proverbial, pintor de batallas y de género que cultivó las bambochadas introducidas por Peter van Laer, y el romano Angelo Cazoselli, que imitaba á Caravaggio y á otros, representaba como un lazzarone y pintaba sus lamidos cuadros en compañía de alegres mozas. Guercino, que también pertenecía á esta clase, hacía largo tiempo que se había retirado á su Cento, adonde iban á buscarle de todos los países. El tránsito á la segunda categoría la formaban los fanfarrones y matones, como el escultor Francesco Baratta de Massa, el cual trataba el mármol con la bravura del hijo de Carrara. Trabajaba entonces con el francés Claude Adam (el más viejo de esta familia de escultores) y dos italianos en los cuatro tritones de la fuente de la Piazza Navona.

Después venían los artistas de corte y caballeros, los cuales, con la cruz de órdenes militares en el jubón y en la capa y espada á la cintura, gallardeaban ó cabalgaban por las calles; Matthias Preti, Lorenzo Bernini y los grandes fresquistas ó retratistas al minuto. Estos miraban con menosprecio á los demás pintores cuyos cuadros circulaban por las tiendas de los *rigattieri*, donde eran negociados considerándolos como meros *dilettanti* ó *pittori da bellezza*.

Entre éstos había aislado algún sumo sacerdote del culto de la belleza y antigüedades clásicas, como Poussin y el magnífico Franz du Quesnoy, cuya Santa Susana, á pesar de Winckelmann, es un ejemplo de la «imitación de las obras griegas», más precioso que muchos de los que circulan con arreglo á la fórmula de esta escuela artística. A todas estas tres clases tenía un poco Salvator Rosa.

El pintor y agente del rey de España difícilmente pudo reunirse con otro mundo que éste. Palomino nombra á los que él trataba, y son todos representantes de la escuela moderna, de ímpetu y bravura.

El *Cavalier Calabrese* debía ser conocido de Velázquez en Madrid. Este gran aventurero y vagabundo entre los pintores

de su tiempo había ya visitado á los treinta años España, París y Holanda; conocía á Rubens, y era desde 1642 caballero de la Orden de Malta. Cuando supo en Venecia la muerte de Lanfranco (1647) voló á Roma para adquirir su fresco, aún no acabado, de S. Andrea della Valle. Obtuvo el primer premio en el concurso de la Academia de S. Luca, de donde pronto fué elegido individuo.

Su trabajo en aquella iglesia no hace buen efecto, porque mal aconsejado por Cortona, quiso sobrepujar en grandeza al Domenichino; quiso volver otra vez á Roma sólo para deshacerse de esta obra. El palacio de Madrid poseía de él el «Agua de la Roca» y la «Niñez del Bautista» (Prado, 343 y sigs.).

Roma, con su grandiosa arquitectura, era el hogar de aquellos vigorosos y ardientes «pintores de gran aparato»; allí pasaba la manera de Bohemia por seca y pedante. PIETRO BERETTINI, de Cortona, adornó también dos salas del palacio Pamfili con escenas de la *Eneida*, muy celebradas y que han pasado á las tapicerías flamencas. Fué el más glorioso de esta banda, diestro en la ordenación, sensualmente agradable en formas y actitudes, más alegre y brillante en el color y de pincel blando y ligero. «Corona de' pittori» se le llamaba, según el anagrama de su nombre, ideado por el más grande pintor de Toscana (d'Argenville). Velázquez debió de haberle hecho proposiciones de volver con él á Madrid para que tomase parte en el decorado de palacio. De él había en el Buen Retiro en tiempo de Carlos II un Gladiador en el anfiteatro, y el Museo posee actualmente unas Lupercales (Nr. 141 y sigs.).

El español halló también al viejo NICOLÁS POUSSIN, que en 5 de Noviembre de 1642 había vuelto á Roma, su verdadera patria, para siempre. En Madrid había cuadros suyos; Felipe IV poseía un Cristo arrojando á los mercaderes del templo, y un San Lorenzo, que á lo que parece se han perdido. Todos los demás Poussin del Museo se adquirieron en la época de los Borbones. El pintor de Andelys trabajaba entonces en una Curación del ciego de nacimiento (Louvre, 426), y en aquel

soberbio autorretrato que le ocupó dos años cumplidos. En el verano de 1650 lo envió á su protector Mr. de Chautelon, y una copia á Pointel. Le pintó «porque se le hacía muy duro dar cien pistolas por una cabeza en la manera de M. Angel, el cual las hacía muy bien, pero resultaban frías, llenas de afeite y sin vigor ni dulzura».

El escultor de cámara de los Pamfili era ALESSANDRO ALGARDI (nació 1662), un bolonés de *bella presenza*, amable y adulador, jovial y dispuesto á la guerra. Nadie hacía conocimiento con él que no deseara ser su amigo, dice Passeri. El año 1650 fué el punto culminante de su vida. La estatua de bronce de Inocencio X del Capitolio, que arrancó de las manos al pobre Mochi; el retrato del comedor de Trinita d'Pellegrini, fundada en recuerdo del lavatorio del jubileo; el de la Loggia del palacio Goujalociur, en Bolonia; los bustos del hermano Benedetto y de Olimpia en la Galería Doria, son de Algardi. El Papa lloró su temprana muerte (1654). Hizo también los modelos para los relieves del piso bajo de la Villa y para los grupos de la fuente, y completó los antiguos de los muros.

Pero su más admirable trabajo fué el gran relieve de las nuevas esculturas León I y Atila para el altar Leo I en San Pedro, en cuya terminación en mármol tomó parte su ayudante Domenico Guidi, el sobrino de Finelli, entonces fugitivo en Nápoles. Felipe IV consiguió un molde del modelo original en plata, encuadrado en una ornamentación arquitectónica de bronce dorado y lapislázuli, sobre la cual descansa un león (1).

El papel que desempeñó Velázquez en estos y otros trabajos de Algardi para la corte de Madrid, se deja adivinar. Es fácil que el escultor boloñés, que tanta parte tuvo en la restauración de la antigua Roma, por ejemplo, en la Villa Ludovisi, fuese su consejero en la elección de cuadros. El español debió de ver en el taller muchas cosas adecuadas á la nueva sala del Alcázar. Al menos aparecieron en ella en aquel tiempo: una Ma-

(1) Ponz: *Viaje de España*, VI, 70.

E. M.—Febrero 1908.

dona con el niño, de bronce; el mismo asunto en un relieve ovalado de plata, y otros (1). Su última obra, cuyo modelo en cera pudo terminar, fundición de Guidi y Ercole Ferrata, fué los *Capofocolari* para el rey. Los cuatro elementos estaban simbolizados por otras tantas divinidades: Júpiter sobre el águila, los gigantes vencidos, Juno sobre el pavo y las enredaderas, Neptuno en su carro de conchas y Cibeles conducida por leones. Según Bellori (2), los hizo fundir Velázquez en vida del maestro. Passeri, sin embargo, habla de Juan de Córdoba, el agente del rey en Italia. Debieron perderse en un naufragio en Génova, sólo que se pudo obtener otro molde; el modelo en cera se veía con frecuencia en los talleres de Roma. Ahora le encontramos positivamente en los siete grupos de la fuente de Neptuno de los jardines de Aranjuez, cuyo asunto armoniza con la descripción de los mencionados Capofochi. Tres están duplicados. Probablemente la fuente de Ganimedes, edificada por Felipe III en 1621, fué reconstruída por Felipe IV en 1662 para colocar dichos broncees (3). También la fuente de mármol, Hércules con la Hidra rodeada de Ninfas, Sátiros y Náyades, erigida en 1664, se atribuye á Algardi.

Pero el acontecimiento de este ciclo fué el restablecimiento de LORENZO BERNINI en el favor de palacio. La muerte de su protector Urbano había sido la señal del rompimiento con el arquitecto de San Pedro. El pretexto le suministró una de las torres de la fachada ya casi terminada en que se veían grietas; se consiguió del Papa la orden de demolición. Otro hubiera sido hombre al agua después de este golpe, pero la flexible naturaleza de Bernini le soportó sin gran quebranto. Trabajó en la soledad, esperando que pasara la cólera del Papa. Con-

(1) PONZ: *Viaje de España*, VI, 56.

(2) BELLORI, *Le Vite de' Pittori*, Roma, 1672, pág. 399.

(3) PONZ, 1.226 y sig. La inscripción dice, según MADUZ, *Diccionario Geográfico*, II, 437: «El Rey N. S. D. Felipe III mandó hacer esta fuente... año de 1621: se reedificó en 1662. Desde entonces se cambió el nombre por el de Fuente de Neptuno.»

solábase con la ejecución del grupo «el tiempo descubriendo la verdad»; sólo terminó la Verdad, una Verdad un tanto exuberante, especie de Rubens en mármol que no salió de la familia. (Corso 151.)

Tuvo ocasión de alcanzar una victoria sobre sus adversarios sólo con las armas del arte. En el Capo di Bove (Cecilio Metella) habíase roto en cuatro pedazos el obelisco del circo de Caracalla, de granito rojo, desde hacía mil años. El más inteligente y sabio aficionado de su tiempo, Sir Tomás Arundel, había concebido el plan de llevarlo á Inglaterra. Entonces resolvió Inocencio trasladarlo á su Piazza Navona y hacer en el centro una gran fuente. En Agosto de 1648 fué llevado allí por bueyes. Se efectuó un concurso y Bernini fué omitido. Pero Niccoló Ludovisi, el marido de la sobrina del Papa, Constanza, pidió al escultor un modelo. El día de la Anunciación de María, cuando Inocencio X, después de la gran cabalgada á la iglesia de Minerva, se trasladó á su palacio de familia, se expuso en una habitación. Allí lo halló al pasar en compañía de D.^a Olimpia y del cardenal sobrino. Quedó asombrado, mirándolo por todas partes y permaneciendo algún tiempo entregado á encontrados sentimientos. En aquel momento decidióse la suerte de Bernini. El Papa exclamó: «Esto es un ardid del príncipe Ludovisi; hay que utilizar á este Bernini, quiérase ó no. No se deben ver sus modelos sin decidirse á comprarlos.» Mandó llamar al escultor, le abrió su corazón y casi hubo de disculparse. Le dijo que fuese todas las semanas á verle; su conversación, dijo una vez, era digna de príncipes. Finalmente, se conquistó el corazón del viejo artista al descubrirse la obra (1651). Contempló la obra con placer, pero echó de menos el agua. Ya estaba á punto de marcharse, cuando llegó á sus oídos un estruendo. Volvióse y vió precipitarse las masas de agua de Acqua Vergine. Entonces exclamó: «Con este inesperado goce me habéis dado diez años de vida».

El efecto de la Fontana pertenecía propiamente á los espectáculos de la antigua Roma, cuando en 1.^o de Agosto la

plaza se convertía en una naumaquia, en la cual daban vueltas los carros de los nobles. Entre las rígidas columnas del arte antiguo y los sencillamente grandiosos lineamientos del circo antiguo, símbolo de lo invariable (entonces restablecidos en toda su pureza por el acordonamiento de las casas), había hallado Bernini el más poderoso contraste en sus cuatro dioses, encarnación del eterno movimiento del agua y de la vida.

Se fundió, con arreglo al modelo original, un grupo de bronce dorado, que se regaló, adornado con las armas españolas, á Felipe IV. También se sacó una copia de la obra de David en Villa Borghese para Madrid, además de un estudio de los antiguos: la cabeza de Séneca.

Desde entonces no hubo ya duda de que el Papa y Bernini eran inseparables. Por mucho que se pudiese censurar su gusto de la forma, el creador de la columnada de San Pedro tenía el sentimiento de las grandes formas, que es el secreto del arte romano antiguo y moderno; era el hombre de las decoraciones arquitectónicas cortadas á la medida de las ceremonias y representaciones pontificias.

Bernini era también el más prodigioso retratista entre los escultores de su tiempo. ¡Con cuánto gusto sabríamos algo sobre su encuentro con Velázquez! Hizo en 1649 un crucifijo de bronce para la joven reina, por el cual le regaló Felipe IV un collar de oro (1). Dos naturalezas diametralmente opuestas y, sin embargo, niños á la vez, se saludaron y cumplieron naturalmente: el ardiente y ambicioso napolitano y el fanático y mesurado español, éste un frío observador, hostil á todo lo que oliese á comercio de aplausos; aquel una fantasía ardiente, é inquieto creador, buscando siempre nuevos efectos inauditos. Se puede imaginar cómo llevó hasta la hipérbole Bernini aquellos retratos del palacio Doria y cuán sincero fué en cambio Velázquez en los suyos.

(1) BALDINUCCI en la vida de Bernini cita un crucifijo de tamaño natural para la capilla del palacio de Madrid (pág. 194).

Bernini no creyó que hay un encanto que falta en la naturaleza y que el arte le debe comunicar; la naturaleza sabe dar su parte á toda belleza que á ella le corresponde; la cuestión está reconocerla en cada caso. Trataba de hallar los rasgos característicos de cada asunto. Hacía moverse á su modelo porque en el movimiento se revela la individualidad, y porque el que está parado no se parece á sí mismo tanto como el que se mueve. Por esto hizo muchos modelos del natural; pero cuando trataba el mármol los dejaba á un lado. Le servían para apoderarse de los rasgos; pero en la ejecución le estorbaban, porque la obra de arte verdad no debe parecerse al modelo.

Así creó algunas admirables cabezas, en las cuales creemos reconocer un parentesco espiritual con el último estilo de Velázquez. La semejanza estriba en el fácil dominio de la técnica de su arte y en la viveza y la amplitud de la ejecución en las cualidades rigurosamente individualizadas y, sin embargo, grandiosamente libre, característica; cualidades que más tarde fué perdiendo el escultor retratista y más en el tiempo de la llamada restauración de este arte y en ninguna parte manifestadas de modo más triste que en la iglesia de San Pedro.

SALVATOR ROSA pertenecía á las primeras notabilidades de Roma; sin duda fué la figura más novelesca de aquel mundo de artistas. En su casa de Trinitá de Monti se reunían prelados y príncipes, y apenas hubo un individuo del Sacro Colegio que no hubiera estado alguna vez allí. En sus paseos nocturnos iba rodeado de un séquito de admiradores, poetas, músicos y cantantes de primer orden; todos hubieran querido poder decir: *Nos quoque*. No es ningún secreto que á la noticia del levantamiento voló á Nápoles; nunca disimuló sus sentimientos, como lo demuestra la cuarta sátira. Esta circunstancia pudo resolver el pintor de la corte española á mantenerse alejado. Con sorpresa vemos que entre tantos cuadros napolitanos no se encuentra en los inventarios de Madrid del siglo xvii ninguno de Salvator Rosa. Los paisajes y batallas debieron seducir en alto grado á Velázquez, así como también sonreiría ante su

ilusión de ser un gran pintor de historia y considerar aquéllos como un género subordinado. El español, que «prefería ser el primero entre los vulgares que el segundo entre los distinguidos», no emprendió nunca nada para lo cual no se sintiese con fuerzas; el napolitano, engañado por la vanidad, atrájose la burla por historias, cuyos romanos y santos parecen demonios y que se conducen como medianos actores y están modelados como muñecos de paja.

Que trabaron conocimiento parece creíble por el relato del ya citado Boschini (loc. cit., pág. 56), de una conversación, que si no se puede considerar literal porque está en verso, es, sin embargo, bastante verosímil.

«Velázquez, llamado allí el autor del retrato de Inocencio X, *fato col vero colpo venetian*; fué preguntado en Roma por Salvador: «¿Qué decís de nuestro Rafael? Si no le tenéis por el mejor, ¿dónde habéis visto lo bueno y lo bello en Italia? Velázquez movió un tanto ceremoniosamente la cabeza y contestó: «Rafael (para deciros la verdad, pues soy sincero y franco), debo confesar que no me gusta (*stago per dir che nol me piase niente*).» Entonces observó Salvador: «No hay en Italia nada de vuestro gusto. Pues nosotros la damos la palma.» Mas D. Diego repuso: «En Venecia se encuentra la bondad y la belleza; yo doy á su pincel el primer lugar; Ticiano es el portaestandarte» (1).

A Venecia se trova el bon e'l belo:
Mi dago el primo liogo a quel penelo:
Tician xè quel che porta la bandiera.

Rafael era, en cierto modo, su antípoda. En Rafael reside el punto de gravedad de tal manera en el dibujo, que se puede creer que basta para conocerle sus dibujos y que aun se le ve

(1) Una ocurrencia semejante cuenta BOSCHINI de Domenico da Passigiano, pág. 145, y MARTÍNEZ (Discursos, 108) relata un dicho que se le escapó á Paolo Veronese en Roma: «Buena la habemos hecho en venir á ver cosa tan poca», que reproduce en su redacción auténtica y suave.

allí mejor que en sus cuadros; de Velázquez hay escasísimo número de dibujos; y en las reproducciones sin color de los cuadros de uno y otro, de Rafael queda más que de ningún otro pintor, y en cambio cuán poco queda de Velázquez.

Sin embargo, en justicia, se debe estimar y hasta amar á Rafael; aun cuando no se le tome por modelo, se puede seguir la dirección de su tiempo, y comparándole con sus antecesores, tener una opinión propia respecto del valor de su obra. En este sentido se expresaba Ribera, que no estaba más cerca de Rafael que Velázquez.

Sin embargo, aquí parece Velázquez expresar, con palabras que no dejan lugar á dudas, su completa repulsión hacia Rafael. De ser verdad, deberíamos compadecer al español. Pero quizá empleó otras palabras un tanto distintas, y Salvador, al cual él habló de corazón, le comprendió demasiado á su gusto. Bien pudo él mismo haber dicho estas palabras: «Hablabá, dice su conocido de largos años, Passeri (Vite, 434), de Pablo Veronese más que de todos los demás, y el estilo de los venecianos era el que más cautivaba su corazón. Por el contrario, sus relaciones con Rafael no eran muy cordiales, así como con los napolitanos en general, á quienes llamaba pétreos y secos» (1).

Por lo demás, no habló Velázquez de la gracia, expresión ni del dibujo de Rafael, sino de la técnica, en la cual daba la preferencia al *penelo* del veneciano. La fuerza de sus palabras provenía quizá de cierto espíritu de contradicción contra el exagerado rafaélismo de entonces. Nunca fué más estudiado y venerado (aunque no siempre se consideraron como es debido sus cuadros) que en el siglo xvii y en Roma, pues en el xvi le

(1) En E. I. A. Hoffman, hermano de Serapión (escritos, IV. 40), suena, en efecto, de otra manera. «Vos comprendéis á Rafael; no me contestaréis como Velázquez, al cual pregunté ha poco lo que pensaba del Sanzio. «Ticiano, me contestó, es el pintor más grande; Rafael no sabía nada de la encarnación.» En este español está la carne, pero no el verbo, y, sin embargo, le elevan en San Luca hasta el cielo porque una vez había pintado cerezas que picaban los gorriones (!).

oscureció Miguel Angel, el XVIII los antiguos y hoy preocupa más á los eruditos que á los artistas. En aquel tiempo llamábase á las Estancias «la Academia del pintor», y el pabellón de Agostino Chigi no era sitiado sólo por turistas. ¡Cuántas vidas de pintores son un eco de este sentimiento! No sólo la de los Poussin, Lesueur y Sassoferrato, sino también la de los Bernini, Maralla y Andrea Sacchi, al cual un dibujo de Rafael sumía en éxtasis y le llamaba «un ángel, no un hombre», y explicaba su posterior esterilidad como «temor» ante el ídolo.

PERTENECIÓ A LA BIBLIOTECA
DE
ATENEO BARCELONES

EL CRIADO PAREJA

Cuando S. S. declaró conceder una sesión al español, sintió éste la necesidad de prepararse con algo (*prevenirse*, dice Palomino) para desentumecer los dedos. Probablemente no habría tocado los pinceles desde Madrid. Su vida era más agitada que en 1630; aun cuando ya no era poco tratar con propietarios de cuadros, mercaderes, príncipes y porteros, fundidores y escultores, tampoco podía sustraerse por completo á la sociedad. Nada es más perjudicial al creador que el hablar y ver continuamente cosas de arte. En resumen, quiso hacer un experimento antes de todo, y halló el *anima vili* á mano en su criado y moledor de colores el moro Juan de Pareja. Y un experimento especial para demostrar cómo se conducía el pintor ante una cabeza fea. Los italianos indican hasta el color del rostro del Papa como el de aquel retrato: *olivastro* (1).

Hizo llevar este retrato á algunos amigos por el original para oír su opinión. «Con asombro observaron el modelo y la copia, dudando á quién debían dirigirse y quién debía contestarles.» El pintor Andreas Schmidt, entonces en Roma, contó

(1) Il ritratto di questo pittore (Gicia di Pareia), ch'era di una carnazione olivastro, l'aveva di mano del Velázquez l'emin. Traiano d'Acquaviva. Carta de PRECIADO á G. B. PONFREDI. 20 Octubre 1765, en la colec. Bottari, VI, 230.

más tarde en Madrid: «Allí había la costumbre de adornar el día de San José (19 de Marzo 165) el *claustr*o de la rotonda con magníficos cuadros antiguos y modernos; con este motivo se expuso el retrato en dicho lugar, con tan general aplauso, que según el juicio de todos los pintores de las diferentes naciones, sólo él parecía la verdad.» A consecuencia de lo cual fué Velázquez elegido individuo de la Academia de San Luca, cuyo *príncipe* era entonces el arquitecto *G. B. Soria*.

Tal exposición (*mostra ed apparato di quadri*) tenía lugar en las festividades, además del Panteón, en el Chiostro de San Giovanni decollato y en el cortile de S. Bartolomeo dei Bergamaschi. Los cuadros importantes daban ocasión á que se imprimiesen versos y elegías, y á veces también epigramas, los cuales daban motivo á debates, y á veces á peores incidentes. El célebre Marino publicó un tomo de poesías referentes á cuadros de su propia galería y á otros que especialmente le interesaban (1). El éxito de Salvator con su Prometeo en una de estas exposiciones tuvo por consecuencia su salida de Roma. En el tiempo de aquella *mostra* describe Ameyden una fiesta de la *Confraternitá della Rotonda*, una cofradía cuyo iniciador fué un tal Antonio. «Este templo, cuya forma representaba el poder de Roma, estaba adornado con cuadros famosísimos que habían sido dispuestos para ella, é iluminados de muchos miles de cirios.» ¿Es ésta la de que nosotros tratamos? Passerie, en la vida de Salvator Rosa, llama á la asamblea *congregazione di virtuosi*.

En el siglo anterior, el entonces director de la Academia española en Roma, Francisco Preciado, había hallado nuestro retrato en casa del cardenal Trajano d'Acquaviva. Este es, probablemente, uno de los dos ejemplares correspondientes que están hoy en la Galería inglesa: uno, en poder de Earl of

(1) *La Galería del cavalier Marino*. Distinta in pitture e sculture. En Nápoles, 1620. V. IGN CICUNPI, Innocenzo X. Roma, 1878, 283.

Carlisle, en Castle Howard; el otro, el mejor, en Longford Castle, posesión de Earl of Radnor. (Dim. 30" × 25".)

Sobre fondo gris claro se destaca la media figura del mestizo, trazada con amplio y valiente pincel sobre el lienzo. Así debía estar ante su amo, medio vuelto á la derecha, en jubón verde obscuro, la mano cogiendo la capa, con ademán un tanto plebeyo, la cabeza echada hacia atrás. Los fogosos ojos negros miran casi á estilo de corte, midiendo al espectador como si se sintiese realzado al ser pintado por su señor y haber de comparecer ante los *virtuosi* de Roma. Cierta gesto irónico parece revelar un secreto *anch'io non pittore* al maestro mismo oculto. Los rebeldes cabellos crespos están peinados al descuido según la moda española; cejas y barba, espesas; por lo demás, tiene la frente corta, inclinada hacia abajo; los fuertes pómulos, la nariz deprimida é inclinada, los labios abultados y rojos y el color cobrizo y brillante de los africanos; todo realzado por el amplio cuello blanco bordeado de encaje; una imagen del indomable vigor de su región.

Que realmente es Pareja, lo demuestra su correspondencia con el autorretrato en la Vocación de San Mateo en el Museo de Madrid. Sólo que mientras Velázquez acentuaba su carácter de raza, él, al hacer su propio retrato, se europeizó; ambos guardan entre sí la misma relación que las cabezas de los Dumas.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

LOS PRIMITIVOS ESPAÑOLES (1)

Los discípulos de Juan Van Eyck en el reino de Aragón.

I

El primer nombre de un pintor de España, anterior al siglo xv, que haya salido del olvido, es un nombre catalán, Luis Dalmau. Este nombre trazólo el pintor en letras mayúsculas, con la fecha de 1445, en medio de un gran cuadro, sobre la base de un trono en el que está sentada la Virgen rodeada de los consejeros de la ciudad.

SUB ANNO MCCCCXLC PER LUDOVICUM DALMAU FUIT DEPICTUM (2)

La firma se le escapó á Ponz, quien, en 1788, cita el cuadro con admiración (3); fué copiada y publicada por primera vez, en 1853, por David Passavant, en el folleto que reveló á algunos curiosos el arte «cristiano» de España, relegado en la sombra por el esplendor del arte musulmán. Con una palabra, el

(1) Véase el número último de LA ESPAÑA MODERNA.

(2) Facsímil en el artículo de Carlos Justi: *Alt flandrische Bilder in Spanien and Portugal* (*Zeitschrift für bild, Kunst* XXII, 1887, p. 183).

(3) *Viaje de España*, t. XIV, p. 12.

erudito de Francfort señaló su puesto en la historia al pintor del cuadro de Barcelona y reconoció en él á un discípulo «de los Van Eyck» (1).

Con este título Crowe y Cavalcaselle admitieron á Dalmau en la historia de los antiguos pintores flamencos, publicada en Londres en 1857. Desde entonces clasificóse al pintor catalán entre los secuaces de los maestros del Norte, y, con éstos, recibió los honores de los manuales y repertorios (2). A principios del siglo xx personificaba, por sí solo, para la crítica alemana la pintura española del siglo xv, de igual suerte que á principios del siglo xix representaran los Van Eyck varias generaciones de pintores flamencos. Un importante cuadro de altar, sacado de Valladolid, fué vendido en Colonia con la colección Bourgeois, en 1904. Habíanle engalanado con una sólida capa de barniz berlinés, con un marco castellano de fabricación germánica y con una enorme etiqueta con el nombre de Luis Dalmau. Con este nombre entró en el Museo del Louvre.

Hoy, el cuadro de Barcelona, firmado por Dalmau, posee, gracias á los eruditos catalanes, una historia más rica en detalles precisos que la de ninguna obra maestra flamenca del siglo xv. Nada, ó casi nada, falta á la serie de los documentos que Puiggarrí comenzó á publicar en 1870, y que el Sr. Sanpere y Miquel acaba de reunir, completándola, en la monumental obra consagrada á los *Cuatrocentistas catalanes*. Podemos penetrar hasta en los pensamientos que animaban á los magistrados que encargaron la obra.

Barcelona era, en tiempos de Dalmau, una ciudad opulen-

(1) *Die Christliche Kunst in Spanien*. 1853, p. 75.

(2) Sin embargo, ha habido un crítico que declaró que la firma de Dalmau fué «descubierta» en el cuadro de Barcelona en 1904 (*Gazette des Beaux Arts*, t. XXXV, 1906, pág. 296). No cito este detalle sino para mostrar lo denso de la bruma de ignorancia que ha rodeado hasta nuestros días los orígenes de la pintura española, bruma mezclada con la neblina de los errores.

ta, altiva y libre, que trataba con su señor, el rey de Aragón, como reina del Mediterráneo. En 1369, no lejos del palacio real, empezó la construcción de un edificio que fué más vasto y rico que aquél: la Casa de Consejos. El edificio, en el que se reunía la gran Asamblea de los Ciento y la Comisión de los Cinco, permanece aún en pie en medio de la ciudad vieja ante una plaza nueva. De las construcciones del siglo xiv queda solamente una fachada lateral con su portada, sobre la que se alza una estatua de mármol de San Rafael, que fué donada en el año 1400 por un ciudadano barcelonés, y la cual despliega sobre el muro sus alas de águila, alas de cobre batido, poderosas y ligeras.

El Concejo tenía, como el Palacio Real, una capilla. Esta debía de ser pequeña. Al poco tiempo de terminada pareció desnuda y pobre. El 6 de Junio de 1443 el Consejo de los Ciento deliberó sobre los medios de enriquecerla, á fin de que fuese más renombrada entre los que la viesan, y especialmente entre los extranjeros. Decidióse mandar hacer el retablo que faltaba al altar. Se nombró una comisión de doce notables para elegir el pintor y preparar el contrato. Reunióse el 4 de Setiembre con los cinco consejeros en ejercicio, y la asamblea redactó las conclusiones. En la fachada de la capilla había de abrirse una «ventana bella y notable» con sus vidrieras y con verja, de manera que preparase una luz favorable para el retablo futuro. Para éste, los consejeros resolvieron dirigirse al «pintor mejor y más apto que se pudiese buscar y encontrar» (1). El elegido fué Luis Dalmau, el cual firmó el 29 de Octubre el contrato por el que se comprometía á entregar el retablo en el espacio de un año, y aceptaba como estipendio una suma de cinco mil sueldos barceloneses. El 29 de Noviembre firmaban los consejeros otro contrato con el colaborador necesario del pintor, con el imaginero Francesch Gomar, el cual, mediante setenta y cinco florines, había de hacer las ho-

(1) Sanpere y Miquel, t. I, p. 206.

jas del retablo y esculpir el marco (1). La firma puesta en el cuadro atestigua que se terminó en 1445.

La obra de Dalmau salió por primera vez de la *Casa Consistorial* en 1847, cuando se emprendieron los trabajos de reparación del monumento, y pasó á la capilla gótica de San Miguel, aneja al palacio, que se convirtió en capilla del municipio; allí fué en donde la admiró Passavant. En 1868 se decidió la demolición de la capilla; el cuadro fué llevado de nuevo al palacio municipal y relegado en la parte alta del edificio, en la penumbra de los archivos, en donde Carlos Justi lo estudió en 1877. Por fin, el 30 de Mayo de 1902 entró en el nuevo palacio de Bellas Artes (2); allí se le puede examinar á gusto y con buena luz.

El marco es el que Francesch Gomar talló en buen roble de Flandes. El obrero fué fiel á los compromisos que juró con la mano puesta en los Santos Evangelios. La madera del magnífico marco ha conservado, bajo el dorado bronceado por los años, las aristas salientes y los relucientes gruesos del metal cincelado por el orfebre. Los follajes mencionados en el contrato imitan los dentellones del cardo y los rizados de la escarola. El coronamiento, trazado según las curvas largas y tendidas que eran comunes en la audaz y esbelta arquitectura de Cataluña, comprende dos arcadas superpuestas. La más saliente hace el oficio de guardapolvo (en catalán *guardapols*). Ostenta en su cúspide el escudo de Aragón (de oro con barras en campo de gules), llevado por dos ángeles volantes, esculpidos y dorados, como las hojas sobre las que se destacan. Estos ángeles, cuyos paños forman pliegues angulosos, al estilo flamenco, tal vez fueron dibujados por Dalmau; en efecto, el contrato hecho con el pintor le imponía el cuidado de pintar el escudo y los ángeles sobre el guardapolvo del marco. No se

(1) Sanpere y Miquel, p. 238.

(2) En el Parque. Debo estos exactos informes á D. C. Pirozzini, conservador del Museo Municipal.

vuelve á hacer mención ni del escudo ni de los ángeles en el contrato firmado por el imaginero. Pero se fija su puesto en un documento muy curioso y casi único en su género, que ilustra las actas notariales; es un croquis sobre pergamino, descubierto por Puiggari, publicado por él y reproducido por D. S. Sanpere y Miquel. En él hállase trazado con regla y compás el encuadramiento del retablo con proporciones muy inexactas; la colocación de las figuras está marcada, no con dibujos, sino con simples letreros escritos en catalán. Este croquis, más que un boceto, es un programa, en el que están anotadas, según el deseo de los consejeros y de los notables, las «historias» que debía representar Dalmau. Sería imprudente reconocer en este pergamino, que podía ser redactado por cualquier escribiente, la escritura del mismo pintor.

Dalmau siguió escrupulosamente los datos del croquis, que el contrato del 27 de Octubre amplía y detalla. Traducir las líneas esenciales de estos documentos auténticos es describir el cuadro con la pluma de un notario contemporáneo del artista.

«En medio del retablo, la imagen de Nuestra Señora Santa María sentada en un suntuoso trono, con el Niño Jesús en los brazos... Y al lado derecho del dicho retablo la imagen de la Virgen Santa Eulalia, patrona y singular abogada de la ciudad, teniendo en la mano el instrumento de su martirio. Y después, en el mismo lado, tres de los dignos consejeros; es decir (partiendo del trono) mossen Johan Lull, mossen Francesch Lobet y mossen Johan de Junyent, arrodillados, con las manos cruzadas, dirigiendo sus ojos hacia la Virgen María... Item, al lado izquierdo del retablo, la imagen del bienaventurado apóstol San Andrés con su capa y la cruz de su martirio. Y luego, del mismo lado izquierdo, los dos últimos consejeros, es decir, mossen Ramón Savall y mossen Anthoni de Vila-torta...»

Los cinco consejeros del cuadro son los que firmaron con Dalmau el contrato del 29 de Octubre de 1443.

En este contrato no se encuentran mencionados los ángeles que forman dos coros de chantres, encima de las cabezas de los magistrados. Estos ángeles que el pintor añadió, sin duda, para su propia satisfacción, son las figuras á las que el cuadro debe su fama. Llaman la atención, no por la novedad de una creación de artista, sino por la evidencia de su plagio. Los ángeles de Dalmau imitan uno á uno, dos á dos y hasta tres á tres, los rostros, el pelo, las actitudes y los grupos de los ángeles cantores que Juan Van Eyck pintó gloriosamente reunidos ante un facistol celeste, encima del Cordero: imitan de la mejor manera hasta los gestos que distinguen al tiple chillón del plácido contralto.

Los recuerdos del cuadro de Gante son menos aparentes en el primer término del cuadro de Barcelona, pero no son menos precisos. El rostro ancho y abultado del San Andrés tiene una maraña de barba y pelo incultos, á la manera del San Juan Bautista sobrehumano, y más parecido á los gigantes que á los ángeles (1). El apóstol tiene la ruda majestad y la entristecida mirada de los patriarcas que están en pie sobre el césped paradisiaco, detrás de los profetas arrodillados. La Santa Eulalia, con ligera diadema, igual á la de los ángeles, viste traje de princesa, como las vírgenes coronadas de flores, cuya procesión sale del bosque verde para avanzar hacia el Cordero. Los mismos consejeros notables de Barcelona tienen la cabeza y las manos en un todo dispuestas como messer Josse Vydt, el donante del políptico de Gante.

Dalmau se acordó también de otras obras de Juan Van Eyck, cuyo centro no era ya el Cordero. El cuadro de los cinco consejeros está casi compuesto como el del canónigo Van der Pale. Las piernas raquíticas del Niño Jesús están colocadas sobre el manto de María, exactamente como las del lozano infante que sonríe en medio del tríptico en miniatura conservado en Dresde. La decoración representa, como en este último tríp-

(1) *Hic est Baptista Johannes, major homine, par angelis.*

tico y como en el retablo del canónigo brugense, el santuario de una iglesia, en medio del cual se alza el trono de María. Todas las diferencias de detalles en el mobiliario y la arquitectura se explican por imitaciones bastante desgraciadas de los modelos de madera y de piedra que el pintor encontraba en Barcelona. El trono no es ya un asiento bajo, protegido por el dosel de brocado, del que pende el paño de honor; con su respaldo desnudo y sus brazos llenos de estatuillas de profetas y de sibilas, su baldaquino festoneado, es el sillón de un prelado, hecho para ocupar el centro de una soberbia sillería. Las arcadas y los capiteles romanos de Juan Van Eyck se encuentran sustituidos por una arquitectura poco verosímil y poco homogénea, cuyas formas son catalanas. Las aberturas á través de las cuales se muestran los ángeles, y que debían figurar las ventanas de un crucero, son las arcadas de un claustro que recuerda de lejos el de la catedral de Vich. En los edificios que pueblan el paisaje del fondo, los recuerdos flamencos recobran su imperio: agudos se alzan al lado de las extrañas torres, con cúpulas que los pintores de Maseyck vieron, sin duda, en los países del Mosa ó del Rhin. El castillo que asoma por encima de la cabeza de San Andrés no se parece en nada á los antiguos monumentos de Barcelona, aunque sobre su puerta ostente el escudo real de Aragón.

En la imitación obstinada de un maestro cuya habilidad técnica era desigual, el esfuerzo del discípulo tiene que ser á veces desafortunado. Las manos de los consejeros están talladas en madera; los dedos crispados de los ángeles se asemejan á patas de cangrejos. El Niño Jesús es un muñeco desarticulado. Dalmau se muestra más cerca de su maestro cuando deja de copiarle. Los retratos de los consejeros no son indignos de que se les cite al lado del *Hombre del clavel*. Hay que prescindir de tres de ellos: los de los magistrados que presenta Santa Eulalia; como la Santa, han sido desfigurados por una de esas restauraciones groseras que, para tapar una rendija, emborronan la mitad de un lienzo. Los otros dos retratos están intac-

tos. El contraste de los dos hombres á quienes el azar juntara está tan francamente acentuado por el pintor, que casi resulta cómico. ¡Qué buen tipo de hombre es mosén Ramón Savall! Es un hombrón orondo y rozagante; su rostro bonachón reboza salud; sus pelos grises, cortados al rape, constituyen un cepillo en el que se debe de pinchar la palma de la mano de San Andrés. El vecino, mosén Anthoni de Vilatorta, es un hombrillo de color morenucho y bilioso, con cara de mal genio; sus cabellos, largos y fuertes, están peinados á la moda de Borgoña y de Francia, y cortados en redondo encima de las orejas, á manera de peluca. Para analizar así dos tipos y dos temperamentos, no bastaba que Dalmau hubiese aprovechado la enseñanza de Juan Van Eyck; necesitaba tener á su vez ojo de retratista. El pintor Casas, que en nuestros días ha fijado en asombrosos dibujos la fisonomía y el aspecto de todas las personalidades que tienen un nombre en Barcelona, admira con razón las efigies de los antiguos consejeros.

Dalmau había aprendido de Juan Van Eyck á hacer el retrato de las cosas inanimadas con tanta conciencia como el de los hombres. A ejemplo del maestro, procura pintar las telas y las pieles, de manera que se perciba no solamente la diversidad de los colores, sino la diferencia de las materias, seda, terciopelo ó pelo. Dedicase él también á imitar las materias más ricas y más costosas. Las capas de sus ángeles no tienen, ciertamente, la magnificencia de las que pesan sobre los hombros de los cantores de Van Eyck. Pero sus oriflamas son del mismo galón que borda las túnicas de las vírgenes de Van Eyck; las menores piedras engarzadas en ese galón, entre las perlas, tienen un agua tan clara y brillante como el enorme cabujón que sujeta, como un broche de capa pluvial, el manto de San Andrés.

Los consejeros sabían que el pintor era capaz de hacer que la vista se engañase. En el contrato le pidieron no solamente que pintase sus caras «tan propiamente como vivientes las tenían», sino también que les pusiera sus togas rojas, «tan be-

llas que pareciesen ser de seda, con adornos y forros que parecieran guarnecidos de piel de marta». Pero querían también ornar su «suntuoso retablo» con una riqueza más real. El contrato declara expresamente que las oriflamas del manto de la Virgen serían de «oro fino de Florencia», y que el fondo del retablo estaría «dorado con buena y bella doradura» de aquel mismo oro. Dalmau faltó al compromiso que firmara. No empleó el oro sino para los nimbos, formados por rayos tan sutiles, que apenas son visibles. Todas las oriflamas imitan el oro con ocre amarillo, ennoblecido solamente, como las obras de Juan Van Eyck, por el trabajo del pincel. El fondo, en vez de ser parecido á una placa de metal pulimentado, es un cielo sobre un paisaje. El pintor, para compensar la economía de oro, hizo gasto de arte. Sería curioso saber lo que dijeron de esto los respetables consejeros.

En cuanto á los colores, son los más finos y más puros que el artista pudiese encontrar. En esto se cumplió el contrato. El manto de la Virgen está teñido de «azul de Acre», del precioso ultramar, que el tiempo no puede oscurecer. Y sin embargo, ese azul regio no es el de los Van Eyck. Los verdes, los rojos, todos los colores del cuadro de Barcelona, son más claros y menos salientes que los del cuadro de Gante. Imitan mejor la limpidez de las gemas que lo profundo de los terciopelos. Las caras son grises y pálidas. La luz es igual y fría. Al pasar de la iglesia á las lejanías y al cielo, el pintor ni siquiera ha tratado de indicar el contraste entre la luz de interior y la del «aire libre», que se encuentra tan audazmente señalado en el cuadrado del canciller Rollin. El retablo de Barcelona, comparado con todas las obras de Juan Van Eyck, es descolorido y flojo; no parece hecho de esa substancia que da á las tablas flamencas la propiedad de absorber la luz y reflejarla exactamente como las cosas que están en el espacio.

Una palabra lo explica todo: el cuadro de Dalmau no está pintado al óleo, como lo creía Justi, sino *a tempera*, sin acei-

te, sin resinas y sin barnices (1). ¿Por qué el extranjero, que aprendió tanto del arte de los Van Eyck, no adoptó en una obra de semejante importancia los perfeccionamientos, misteriosos aún para nosotros, que acababan de enriquecer maravillosamente la técnica secular de la pintura al óleo? El contrato no dice nada sobre este punto, y se hace imposible toda conjetura.

Lo cierto es que Dalmau hizo cuanto pudo. A pesar de las durezas del dibujo y de las crudezas del color, su obra acusa una seriedad y una aplicación dignas de la ciudad enérgica y laboriosa que encargó el cuadro para ella por mediación de sus mandatarios. Las armas de Barcelona, que todavía se ven esculpidas sobre la puerta de la Casa Consistorial—el escudo acuartelado, en forma de rombo, en el que la cruz alterna con las barras del reino,—se hallan repetidas en el retablo en todos los sitios en que han podido encontrar hueco. Decoran los ladrillos que forman el pavimento de la iglesia, y los cuales son idénticos á las *rajolas* del siglo xv recogidas en el edificio de la Casa Consistorial (2). Componen las llaves colgantes que unos ángeles sostienen sobre la cabeza de los magistrados, y marcan con un triple sello la bóveda del coro, detrás del trono de la Virgen. Al multiplicar estas armas en la iglesia en que los consejeros oran antes de deliberar, Dalmau ha hecho de esta iglesia en pintura como un templo de las libertades de Barcelona.

¿Era la suya natal la ciudad á la que el pintor consagraba así su paciente trabajo? El legajo de documentos que contiene la historia de la obra no da respuesta alguna á tal pregunta. A Dalmau, en el contrato de 1443, se le denomina sencillamente pintor. Un documento posterior en diez años al contrato hace dudar que el pintor del retablo de los consejeros

(1) El Sr. Sanpere y Miquel fué el primero en reconocerlo (t. I, p. 242).

(2) Font y Gumá: *Rajolas valencianas*, núms. 170 y 171, p. 125-126.

fuese barcelonés de origen. Es un borrador de un contrato de 1453, publicado por Puiggari, y que se refiere á unos *entremeses* que representaran la *Creación del mundo* y la *Natividad*, y que un sacerdote había de ejecutar ó restaurar para la procesión del Corpus. Uno de los testigos es un pintor establecido en Barcelona, y llamado Luis Dalmau del Viú. Este sobrenombre es, como lo ha visto bien Justi, un nombre de lugar. Pero hay varios pueblos llamados así: un Viú catalán, en la provincia de Lérida, y un Viú aragonés, en la provincia de Huesca, al pie de los Pirineos. ¿Cómo elegir entre estas dos provincias? ¿Cómo saber siquiera si el Luis Dalmau *del Viú* de 1453 es el mismo artista que diez años antes firma solamente Dalmau?

Cualesquiera que sean la patria y los padres del pintor, la obra que firmó lleva en sí misma su genealogía artística. Es ostensible que Luis Dalmau vió con sus ojos la obra maestra de los hermanos Van Eyck; es cierto que conoció cuadros de Juan. Si al pintar el retablo de los consejeros no adoptó Dalmau la técnica flamenca, aplicó, utilizando un procedimiento más ingrato, todos los principios del arte nuevo, del que la pintura al óleo no era más que un elemento. Para que semejante esfuerzo alcanzase el resultado que tenemos á la vista, necesitábase —nadie dudará de ello— un artista formado ante el innovador en el estudio de Brujas.

Pero ¿cómo se puso Dalmau en relaciones con Juan Van Eyck? ¿Cuándo fué á Flandes? Justi ha aportado á este asunto observaciones dignas de atención. Ha seguido, á través de la obra de Capmany (1), la corriente de cambios que el comercio estableció entre Barcelona y Brujas. En 1445, en el mismo año en que firmaba Dalmau el retablo de los consejeros, moría en Barcelona un batidor de oro, Johannes Drooghe, de Brujas. Desde 1389, los comerciantes catalanes tenían cónsules en Bru-

(1) *Memorias históricas sobre la marina, comercio y arte de la antigua ciudad de Barcelona*. Madrid, 1779, t. II.

jas. Entre una y otra ciudad había navegación continua. En 1435 una galera catalana fué abordada por piratas ingleses á veinticinco millas del puerto de la Esclusa. Entre los comerciantes que iban á bordo figuraba Johan Lull, que fué consejero de Barcelona en varias ocasiones, de 1414 á 1446, y que era consejero en jefe (*conceller en cap*) cuando Dalmau pintó el retablo. Es el hombre de gran nariz que ocupa el primer puesto á la derecha de la Virgen. Johan Lull pudo designar á la elección de sus colegas un pintor capaz de imitar las obras maestras flamencas que él mismo había admirado en sus viajes. Tal vez se llevó á Dalmau, en alguna ocasión, á Flandes ó le envió allí. El Sr. Sanpere y Miquel hubiera atribuído gustoso á mosén Johan Lull ese papel de inspirador y de Mecenas. Pero no podía salir de las conjeturas. Cuando investigaciones tan concienzudas y tan ingeniosas como las del historiador barcelonés no han revelado ningún hecho saliente, puede desesperrarse de encontrarlo.

La luz se ha hecho desde hace poco. Los documentos que D. Luis Tramoyeres ha tenido el mérito y la suerte de encontrar en los archivos de Valencia (1) han eliminado las incógnitas del problema planteado por la obra de Dalmau. Dejan aún en la sombra el lugar y la fecha del nacimiento del pintor, pero dan á conocer el sitio en que recibió su primera educación de artista: no fué en Barcelona.

Luis Dalmau estaba en Valencia en 1428, al servicio del rey Alfonso V, y era designado como «pintor de la ciudad de Valencia». Es decir, que vivía en ella, no que en ella hubiera nacido. Ciertamente, los Dalmau eran numerosos en Valencia, como en Barcelona; todavía lo son. En 1361 un Dalmau, *lapicida*, tenía su taller de tallista de piedras ó de escultor en Valencia, en la parroquia del Salvador. Pero mientras que el do-

(1) Estos documentos han sido reproducidos y analizados por la crítica más aguda en el último número de una Revista que honra á la ciencia española, *La Cultura Española*, t. II, año 1907, p. 542-574 (publicado en Julio).

cumento que nombra al pintor Luis Dalmau *del Viú* no quede anulado por un documento más explícito, se opondrá á que se cuente al pintor del cuadro de Barcelona entre los hijos célebres de Valencia. En la época en que Dalmau aparece en Valencia, la ciudad en que los reyes de Aragón habían fijado su residencia habitual era, desde hacía cerca de medio siglo, el centro de una escuela de pintura floreciente, cuya historia se reconstituye poco á poco, y que será estudiada aquí. Ninguno de los cuadros pintados en Valencia por artistas locales ó extranjeros, y que pueden ponerse en el primer tercio del siglo xv, tiene la más remota semejanza con el cuadro de los consejeros. Dalmau empezó, sin duda alguna, por pintar á la manera de los «primitivos», cuyos retablos de fondo de oro alegran con sus colores claros y suaves una salita del Museo Provincial de Valencia. Pero su período *valenciano* es desconocido; no importa por el momento. Lo que queremos saber es cómo ese pintor de Valencia llegó á ser un imitador de los flamencos.

Un documento contesta. Con fecha 21 de Septiembre de 1431, Luis Dalmau, que lleva el título oficial de pintor de la casa del señor rey, recibió cien florines de oro para gastos del viaje que había de hacer al país del «condado» de Flandes, para asuntos concernientes al servicio del dicho señor. La orden de Alfonso V está fechada en Barcelona; pero el pago debía hacerse en Valencia. Dalmau se embarcó en el Grao. ¿Cuánto tiempo permaneció en Flandes? ¿Volvió á Valencia, ó bien á Barcelona, en donde reaparece en 1443? No lo sabemos. Tenemos que contentarnos con registrar la fecha de la marcha; ella explica todo el cuadro pintado ocho años después. Dalmau hubo de llegar al término de su viaje hacia la Navidad de 1431. Ahora bien: el 6 de Mayo de 1432 fué cuando se colocó en Gante, en la capilla funeraria de la familia Vidt, el políptico empezado por Huberto Van Eyck y terminado por su hermano Juan. Si Dalmau fué sin tardanza del puerto de la Esclusa al estudio de Brujas, en donde se terminaba la

obra maestra, tuvo varios meses para contemplarla y copiarla.

La misión que el artista recibió de su soberano era, sin duda, sencillamente la que sabemos que realizó: traer en los dedos de su mano la *virtualidad* de los pintores flamencos. Un documento napolitano del propio hijo de Alfonso V, Fernando, rey de Aragón y de Sicilia, puede ayudar á completar lo que se sobrentiende en la orden real dada á Luis Dalmau. En 1469 un tal Giovanni di Giusto fué enviado por el rey de Nápoles á Flandes, á Brujas, «para *aprender á pintar*» (1).

Los reyes de Aragón, como los reyes semifranceses de Navarra, habían vuelto sus ojos, desde fines del siglo xv, hacia la Francia del Norte y Flandes, como hacia la tierra magnífica del lujo y del arte. A ejemplo del soberano, la nobleza y los mismos magistrados de las ciudades ricas hicieron venir las obras más preciosas de los artistas franco-flamencos, tejedores de lizo ó vidrieros. El inventario del rey Martín parece continuar los del duque Felipe el Atrevido: menciona, en medio de una larga serie de tapicerías, un tapiz de *Saladino y de los doce pares de Francia* (2). El noble catalán Gilaberto de Cruilles poseía dos tapices de la historia de *Bertrand du Guesclin*, en 1390, diez años después de la muerte del héroe, entrando en

(1) Cito, pensando en mis amigos de Barcelona y de Valencia, dos pasajes de los documentos relativos á este pintor. Como todos los documentos aragoneses de los archivos de Nápoles, están redactados en catalán.

«De mandement del S. R. per mig lo dit bauch (la sucursal del Banco florentino de los Strozzi, en Nápoles) á Johan pintor, lo cual de present Sa M. tramet en Flandes per apendre de pintor, XXII du... (13 Abril 1469. Reg. 60. f.^r 278).

»A Johan de Justo, fill del viscastella de la torre de Sanc Vicent (en Nápoles) lo qual lo Senyor Rey ha trames en Bruges por apendre de pintor... XXXIV duc.» Citado en el *Achivio storico por la provincie napoletone*, t. IX, p. 223.

De regreso de Nápoles, Giovanni di Ginoto entró al servicio del rey. Se le cita en 1480 y 1492. Uno de sus trabajos fué un mapamundi, pintado en tela de Holanda. (La misma colección, t. IX, p. 406.)

(2) Publicado por Sanpere y Miquel, t. I, p. 47.

la gloria como el último de los Preux (1). En 1407, los consejeros de Barcelona encargan á Flandes dos vidrieras con las imágenes de las cuatro Virtudes cardinales, que estaban destinadas á la casa del Consejo, para la que ha de trabajar Dalmau (2).

Artistas flamencos ó franceses llegaron, atraídos ó llamados, á Barcelona antes de fines del siglo XIV. Si no se trata antes de 1440 de establecer en la ciudad la industria de los «paños de Ras», y si no se presenta hasta 1430 un tapicero flamenco entre los artistas al servicio de Alfonso V, el rey Juan, en cambio tiene á su servicio, desde 1388, á tres bordadores de Brabante ó de Alemania. En 1393, el pintor Nicolás de Bruselas casa en Barcelona á su hija Monserrada; este nombre, completamente catalán, el de la Virgen que tiene por trono la más fantástica de las *sierras*, prueba que el padre de la desposada vivía en Cataluña desde hacía muchos años. Un pintor envejecido y atrasado no podía bastar al gusto del rey Juan; quiso hacer que fuera á Barcelona un artista célebre en los países del Norte. Sus bordadores se lo dieron á conocer como «muy apto», el pintor Jaco Tuno. El rey escribió en seguida, el 20 de Febrero de 1386, una carta al vizconde de Rodez, la cual confirmó y completó con una segunda carta del 16 de Marzo. Ordenaba á aquel personaje que, «cuando estuviera en París, pidiese ó hiciera pedir, «*en la Varna*» el pintor en cuestión. El rey «lo quería». Es preciso que Tuno venga; tendrá los mismos beneficios que cada uno de los bordadores, y, además, será tan bien quisto que se dará por contento. Pero que venga pronto

(1) Boffarull y Sans: *Gilaberto de Cruilles*, 1886, p. 50 y 51 (citado por Sanpere y Miquel, p. 23). Este catalán tenía, además, entre sus tapices un paño de Arras con las armas de Duguesclin. Sábese que un tapiz de la historia de Duguesclin fué entregado á Felipe *el Atrevido*, en 1386, por Pedro Beaumetz; otros dos fueron ejecutados para el duque, en 1395, por Jacobo Dourdin y Nicolás Bataille. Todos estos tapices eran de París (J. Guiffrey: *Histoire de la tapisserie*, p. 37 y 39).

(2) Sanpere y Miquel, t. I, p. 74.

y por el camino más recto. Lo que el rey pide, ante todo, es que el pintor «sepa hacer bien y dibujar con presteza figuras de hombres, y dar parecido á fisonomías de rostros». ¿Cuál es ese retratista famoso? ¿Sería, por casualidad, aquel Jacobo Coena, que parece haber tenido, hacia fines del siglo XIV, un renombre europeo, y que vivía en París? ¿El pintor que fué llamado á Milán en 1399, habría ido diez años antes á Barcelona? Nada prueba que Jaco Tuno haya hecho el viaje. El rey Juan termina su segunda carta en estos términos: «Y si por ventura no pudieseis haber á éste, procurad otro, el más apto que se pueda, porque estamos muy necesitados de él» (1). Una cosa hay de cierto, y es que un artista franco-flamenco pintó en Barcelona por el año de 1390, exactamente como entonces hubiera pintado en París. Dejó una tabla, resto de un retablo más importante, que cuelga hoy en la sala capitular de la catedral de Barcelona, y que apenas es visible en la sombra. Es una *Crucifixión* tumultuosa y contorsionada, la única obra que representa hoy en la historia de la pintura sobre tabla el arte violento, emocionante y á veces grotesco de las *Horas menores* del duque de Berry.

Así, pues, el reino de Aragón siguió de cerca las últimas etapas del arte franco-flamenco, antes de la revolución que realizaron los hermanos de Limburgo y los hermanos Van Eyck. ¿Cómo llegó á Barcelona y á Valencia el nombre de los últimos innovadores que relegaron al olvido á sus antecesores? No faltaban intermediarios entre los compatriotas y los contemporáneos de Juan Van Eyck. En 1430, el tapicero mestre Guillermo de Uxelles—tal vez un brabantino de Ixelles—estaba en Barcelona y recibía mil florines del tesorero del rey. Al

(1) El texto original (catalán) de estos documentos, que, á no dudarlo, llamarán la atención de los historiadores del arte francés, lo ha publicado Puiggari en las *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, t. III, 1880, p. 79 y 80. Los pasajes más importantes han sido traducidos al castellano por Sanpere y Miquel (I, p. 29-30).

año siguiente volvió á su país. La letra por la que el rey hace que le den cincuenta florines para su regreso lleva la misma fecha (6 de Septiembre de 1431) que el pago de cien florines á Dalmau para su viaje. Alúdese á las *misiones* y los gastos que el flamenco podrá hacer (1).

Mestre Guillermo debió, según toda verosimilitud, de marchar con Dalmau; pudo servirle de guía hacia el maestro, de quien las artes tributarias de la pintura esperaban nuevas formas. Tal vez, como ingeniosamente lo supone el señor Tramoyeres, fuese á buscar en Brujas modelos para los talleres de alto lizo que el rey pensaba establecer (2). ¿No tiene acaso el aspecto de un cartón de tapicería el cuadro de los consejeros con sus colores sin vida?

Es inútil sutilizar sobre conjeturas. Dos de los documentos que acaban de citarse dejan suponer que Dalmau pudo trabar relaciones con Juan Van Eyck antes de marchar á Flandes, y conocerle en persona, ya en Portugal, ya en la misma Valencia.

El viaje de Juan Van Eyck á Portugal es el acontecimiento mejor conocido de su vida, gracias á una detallada relación conocida por dos redacciones, una en castellano y otra en francés (3). El pintor acompañaba á Juan, señor de Roubaix, enviado de embajador por Felipe el Bueno, para pedir la mano de la infanta Isabel. La embajada, que llegó por mar á Cascaes el 16 de Diciembre de 1428, fué recibida por el rey en Avis el 15 de Enero de 1429. Juan Van Eyck empezó en seguida el retrato de la infanta, que fué enviado al duque el 12 de Febrero.

La embajada borguiñona hubo de esperar más de tres semanas su presentación al rey Juan. Éste se encontraba con su

(1) Tramoyeres, art. cit., p. 565, n. 27.

(2) Art. cit., p. 565.

(3) Sanpere y Miquel las ha estudiado recientemente con mucha sagacidad (t. I, p. 209 y sigs.).

hija en Estremoz (al norte de Évora), en donde preparaba la recepción de la infanta Isabel de Aragón, prometida de su hijo mayor, el príncipe Pedro, aquel cuyo hijo reivindicó más tarde el trono de Aragón, é hizo pintar en Barcelona el retablo que aun se conserva en la capilla real. El príncipe, que llegó á Valencia en el mes de Julio de 1428 para arreglar los últimos toques, partió con una embajada para Alcolea (al norte de Sevilla), en donde le esperaba la infanta, y desde donde, por Badajoz, pasaron ambos á Portugal. El lugar que fué el punto de cita del príncipe portugués y de la infanta aragonesa se encontraba en el reino de Castilla. Ahora bien, el 28 de Agosto de 1428, algunos días antes de la salida de la embajada nupcial, el tesorero de Valencia abonó 330 sueldos reales á Luis Dalmau, pintor de Valencia, para los gastos que le originara el viaje de Castilla que emprendía por orden del rey. ¿Qué iba á hacer Dalmau en aquel viaje? Sin duda concurrir á las fiestas que habían de celebrarse en Portugal. Si fué con el doctor Ram, protonotario de Aragón y jefe de la embajada, hasta Estremoz y hasta Lisboa, puede muy bien creerse que saludara al pintor famoso enviado por el duque de Borgoña y admirase su obra.

Pero tal vez ya en 1428 hubiera visto Luis Dalmau á Juan Van Eyck. El año anterior Felipe el Bueno, apremiado por volverse á casar, mandó á pedir á Alfonso V la mano de la infanta Isabel, la misma que había de casarse, no tardando, con D. Pedro de Portugal. Estas negociaciones, que no dieron resultado, han dejado poca huella. Sin embargo, está probado que una embajada borguiñona se reembarcó en el Grao de Valencia en los primeros días del mes de Octubre de 1427. Al descubrir este documento, el Sr. Tramoyeres se acordó de los viajes secretos y misteriosos de Juan Van Eyck, cuya mención se ha conservado por los tesoreros de Borgoña. El 26 de Agosto de 1426 Felipe el Bueno manda entregar una suma á su ayuda de cámara y pintor para cierta peregrinación hecha por el duque y en nombre suyo y para cierto viaje secre-

to. Por esta fecha habíase ya realizado el viaje; el duque hace que se liquide con el pintor lo que «podía serle debido». El documento no es, pues, aplicable, como lo ha creído D. L. Tramoyeres, al viaje de 1427 y á la embajada de Valencia. Pero si no tuviésemos más que las cuentas de la tesorería de Borgoña, ignoraríamos por completo que Juan Van Eyck formó parte de la embajada de messire Juan de Roubaix. Así como se le envió en 1428 á pintar el retrato de la infanta Isabel de Portugal, así también pudo ir á Valencia en 1427 para hacer el retrato de otra Isabel, la infanta de Aragón.

Este viaje problemático interesa más á la biografía de Juan Van Eyck que á la historia de Luis Dalmau. Ya sabemos lo esencial: la fecha de su viaje á Flandes. Lo que aprendió en Brujas á partir de 1431 explica lo que pintó en Barcelona de 1443 á 1445.

Después de haber firmado su gran cuadro, se quedó en Barcelona. Se le llama «habitante de la ciudad» el 27 de Abril de 1448, á propósito de un modesto trabajo encargado por el tesorero del rey.

Nada prueba que Alfonso V lo volviera á tomar á su servicio cuando regresó de Flandes. Solamente después de la muerte de Alfonso y el advenimiento de Juan II, en 1458, es cuando Dalmau parece reanudar sus trabajos para la casa real. En 1460 pintó oriflamas de trompetas, cotas de armas y caparazones de caballo con las armas del nuevo soberano, que, rey de Navarra por derechos de su mujer, unió un nuevo escudo á los de Aragón y de Sicilia (1). Esta es la última mención que acerca del pintor se haya encontrado. Tal vez murió en aquel mismo año de 1460, en el que Barcelona fué asolada por una terrible epidemia (2).

(1) Tramoyeres, art. cit., p. 568 y 569; dos documentos del 12 de Febrero.

(2) Sanpere y Miquel, t. I, p. 266.

Las investigaciones de los eruditos de Barcelona y de Valencia han jalonado con una serie de fechas, escalonadas de 1428 á 1460, la carrera de un pintor que no era antes conocido sino por una obra única fechada en 1445. Queda por buscar, después de ellos, lo que pueda subsistir de esos treinta años de trabajo y comparar con la Virgen de los consejeros las tablas conocidas ó inéditas que han sido ó pueden ser atribuídas á Luis Dalmau.

E. BERTAUX

M A T E R N I D A D

N O V E L A)

V

Era un día de Abril; ella estaba sentada junto á la ventanilla de uno de los coches del expreso, que la llevaba á todo vapor hacia la frontera sueca. Casas de campo, tierras negras con manchas de nieve todavía en algunos sitios, desfilaban rápidamente ante los ojos de la joven; de vez en cuando, el tren se metía por un bosque de pinos achaparrados que se perdía en el horizonte de un cielo lluvioso, gris y sombrío.

Consagró los últimos días á hacer algunas compras necesarias. Las quinientas coronas que percibiera habían sufrido considerable merma, pero podía presentarse de una manera decorosa. Había recobrado rápidamente las fuerzas y la salud; siguió las recomendaciones del doctor, que la prescribió un reconstituyente, la cerveza doble y la leche recién ordeñada, y se encontraba á maravilla.

Y además, alejábase por fin de aquella ciudad en la que vivió con el continuo temor de ser reconocida, descubierta, y en la que tanto había sufrido. Desde que salió del hospital, los abrumadores recuerdos de los días que allí había pasado la persiguieron como una angustiosa pesadilla que no lograba ahuyentar; ocurríale, de noche, despertarse sobresaltada, creyéndose todavía allí, en la sala común. Y si no se daba prontamente cuenta de que se trataba de un sueño, su cuerpo se

llenaba de copioso sudor... Ahora el tren la llevaba, la arrancaba á su desgracia, á todos sus malos recuerdos. Cuando, por fin, sonó en sus oídos la lengua sueca, se sintió como libertada y respiró á sus anchas. Aquí nadie sabía su historia; aquí podía, sin temor, mirar á todo el mundo á la cara; para ella empezaba una nueva existencia en un nuevo país.

Y mientras que el tren franqueaba á toda velocidad las llanuras suecas, se reclinó, con los ojos cerrados, en el respaldo del coche. La sensación de ir de la oscuridad á la luz la llenaba continuamente de contento. Cierto era que todavía la acompañaban pensamientos de inquietud; pero estos pensamientos no llegaban á entristecerla. Hacía un mes que no había recibido noticias de sus padres; pero tal vez no era aquello sino una casualidad.

Ahora quería estar alegre. Había sido salvada como por milagro de la perdición total. ¿No debía sentirse feliz? Aquí, en Suecia, todos la respetarían; las condiciones materiales de la existencia serían buenas para ella; podría escribir todas las noches á sus padres largas cartas, palabras de verdad y de amor solamente. ¿No equivalía esto casi á una vida en común con ellos? ¡Qué consuelo para ella!

Se puso á contemplar el paisaje, en el que el sol, pasando al través de las nubes, empezaba á iluminar los campos húmedos y los árboles. Y, como siempre desde hacía algún tiempo, la sensación de contento que experimentaba la llevó á pensar en su hijo. Pensó que hubiera debido, de todos modos, poner ella misma el nombre á su hijo: Carlos, Hermann, Olaf, ó bien... Y su pensamiento se perdió entre los nombres que le parecían más bonitos.

Para que sea posible pensar constantemente en un objeto, hay que ponerle un marco; así, poco á poco, se dijo que el niño debía de encontrarse por entonces en Christiansad... Sin duda, el padre adoptivo era allí perfecto; se figuraba á éste de buena estatura, elegante, con patillas blancas y lentes de oro... En cuanto á su mujer, la veía gruesa, de aspecto severo, con

traje de seda... Llegaría un día en que aquel matrimonio tendría un hijo, ya hombre, dado á luz por ella...

Y mientras que continuaba pensando en el porvenir del niño, experimentaba un bienestar tan grande que sonreía sin darse cuenta.

Llegó á su destino á las doce de la noche. Era una población de poca importancia, cuyas luces estaban ya apagadas y cuyas casas de madera se percibían vagamente á la luz de la luna. Un coche tirado por dos caballos la esperaba en la estación; instalóse en él con su equipaje, y el cochero tomó por un ancho camino.

Este camino atravesaba un valle en cuyo fondo se oía correr un arroyuelo. Las ruedas del coche rechinaban sobre el suelo helado; el hielo crujía bajo los cascos de los caballos, que iban á buen paso.

A las dos horas de marcha, la joven vió los edificios de la fábrica, cuyas negras chimeneas se alzaban hacia el cielo. Cruzó luego por un pueblecillo formado por casas de obreros, y por fin el coche penetró en un paseo con árboles, en cuyo extremo se elevaba la casa del amo, del propietario y director de la fábrica adonde iba la viajera.

Su corazón tuvo una ligera sensación de ansiedad involuntaria. ¿Cómo se las arreglaría ella para hacer que todo anduviese en orden en aquella inmensa casa? ¿En qué tonta y presuntuosa empresa se había metido?

En el edificio no había luz sino en una sola ventana, casi oculta por los árboles del jardín. Pero cuando el coche paró ante el terrado, un hombre salió de la casa y se adelantó: era el director, Flaten, quien, inclinándose galantemente, ofreció su brazo á la joven para hacerla entrar. El comedor estaba iluminado y la mesa puesta; la llevó á su sitio, y se puso á cenar al mismo tiempo que ella.

A los pocos instantes, interrumpiendo de pronto la conversación, que versaba sobre el viaje de la recién llegada, el industrial dijo, sonriendo:

GERIENCO A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

—Perdóneme, señorita, pero todavía no me han dicho su nombre. ¿Quiere usted hacerme el favor de decírmelo?

Ella sintió que se ponía encarnada, y contestó, sin levantar los ojos del plato:

—Me llamo Regina Aas.

Hacía mucho tiempo que no había salido este nombre de sus labios. Era un acontecimiento para ella. El director levantó su copa y la chocó con la de Regina; luego se informó de lo que pasaba en Cristianía.

Era un hombre de unos cincuenta años, grueso y calvo, con los bigotes canos bajo una nariz encorvada. Sus ojos reflejaban mucha bondad, y parecía muy sencillo, muy buen sujeto. Dijo que había nacido en Hamar; que á los veinte años encontró una colocación en España, en un comercio, y que había tenido buena suerte en sus negocios. Había comprado su propiedad actual hacía algunos años, á causa de los grandes bosques que se extendían en rededor. Pero desde que enviudó —hacía un año— no se encontraba ya á gusto allí; hasta proyectaba venderlo todo y volver definitivamente á Noruega...

Regina se olvidaba de que estaba con un extraño, por la confianza que le inspiraba la franqueza cordial de su interlocutor; la trataba como una igual, sin reticencias de ningún género, y esto parecía una cosa nueva á la joven, y la complacía. Pero entonces prodújose un incidente que no esperaba ella.

Acababan de levantarse de la mesa, cuando él se pasó una mano por la frente, y le dijo, como si quisiera recordar:

—¿Regina Aas?... ¿Sería usted hija del teniente de navío Aas, con quien trabé amistad hace ya tiempo en Barcelona, en donde estuvo él con su barco?

Y miró á la joven.

En un segundo se dijo ella: «Es preciso que no lo sepa. Tal vez el profesor le haya dado algunos informes sobre mí, y ¿quién sabe lo que puede ocurrir?...» De nuevo estaba á la de-

fensiva. Y como ya tenía el hábito del disimulo, contestó con la mayor naturalidad:

—No, mi padre era labrador...

—Ya.

Y, vuelto de espaldas á la joven, se puso á escoger una de sus pipas, mientras decía, como si se hablara á sí mismo:

—La verdad es que mi pregunta no venía á cuento. Precisamente en los periódicos noruegos de ayer se da cuenta de que el teniente Aas, de quien le hablaba, ha muerto de torero en no sé qué faro de la provincia de Skoersgaard. Si hubiera sido usted su hija, no estaría, ciertamente, aquí.

Regina se apoyó en la mesa. «¡Ten cuidado con desmayarte!»

El industrial encendió su pipa y, por fortuna, levantó una cortina y miró un momento por la ventana.

—Espero—añadió—que no se aburrirá usted aquí demasiado, señorita Aas... Pero, volviendo al teniente de navío en cuestión, puede usted creermé que era un excelente y alegre compañero; ya le contaré acerca de él algunas divertidas historias.

Volvióse hacia ella y, sorprendido por la alteración de su rostro, exclamó:

—¡Ah! Me parece que necesita usted descansar, señorita. El viaje la ha fatigado, sin duda. La muchacha le indicará en dónde está su cuarto.

Y le tendió la mano, dándole las buenas noches.

VI

El minero es feliz mientras que sube del pozo. Va hacia la luz, y las tinieblas van hundiéndose cada vez más, bajo el cesto en que se encuentra. Pero cuando está ya afuera, cuando se va á mezclar con los hijos de la tierra libre, observa entonces que todos le señalan con el dedo y se dicen: «Es un mine-

ro». No importa que se ponga otro traje y se lave bien: las señales de su infernal y subterránea estancia persisten como estigmas que no logra borrar.

A la mañana siguiente Regina pensó:

«Es imposible quedarse hoy en la cama: esto podría dar lugar á sospechas. Es necesario que bajes, que te conduzcas como si esta nueva desgracia no te hubiese afectado.»

Estaba sentada en su cuarto, con sus efectos en rededor; pero en cuanto se ponía en pie, volvía á caer en su silla, con las manos enlazadas sobre las rodillas.

Mientras que estuvo en camino, subiendo del negro abismo de miseria en que estuvo sumida, experimentó una gran alegría al pensar que estaba salvada. Pero ahora, libre, habíase convertido en un sér como todos los otros; de esta suerte comprendía tanto mejor lo que había pasado. ¿Por qué deshacía su equipaje? ¿Por qué no volvía á su casa para asistir al entierro de su padre y quedarse al lado de su madre? Harto comprendía que esto era imposible, y, sin embargo, seguía frotándose los ojos, no segura de estar bien despierta, por lo increíble que todo aquello le parecía... ¿Qué había pasado? ¿Cómo se encontraba ella allí? ¿Por qué se había desterrado de su país y de su casa? ¿No era la antigua Regina Aas?... Había cruzado un valle tenebroso; volvíase á encontrar ahora en lo alto, en la luz, como en otros tiempos. Pero ¿por qué había cambiado? ¿Por qué se había convertido en una persona diferente?

Era preciso bajar en seguida, simular la joven inocente, reír como antes, mostrarse alegre y descuidada. Este era el papel que tenía que desempeñar: sabría salir adelante. ¿Pero qué felicidad había en todo esto? Ella había soñado con que iba á empezar á ser feliz aquí, y de repente se le presentaba una nueva lucha diaria para ocultar su secreto, como cuando vivió en casa de su tía el año último. Su madre permanecería sola allá abajo, y ella debía obrar como si no pasara nada, fingiendo tranquilidad y alegría. ¡Esta era la felicidad que le estaba reservada, su felicidad!

Se vistió y terminó su tocado. Al salir se miró otra vez en el espejo. Su cara seguía hinchada, aunque había menudeado las abluciones. Mojó la toalla en el agua fría, y la pasó por sus ojos; después se los secó concienzudamente. Esta vez quedó mejor. Sonrió al espejo; sí, podía pasar. Nadie al verla sospecharía que su padre se encontraba en aquel momento en el lecho mortuario, y que tal vez había sabido la verdad antes de morir.

Baja. El industrial ha ido á su oficina. En la cocina, muy grande, muy clara, hay dos criadas en plena actividad: una de ellas, mujer ya vieja, es noruega. Las hornillas están al rojo; utensilios relucientes cuelgan de las paredes; todo tiene un aspecto nuevo y limpio, verdaderamente agradable. El ama de llaves que se va desayuna con Regina; en seguida le enseña toda la casa y le da los informes necesarios. Después se marcha antes de la hora de comer.

Durante la comida, Regina se encuentra sola con Flaten en el vasto comedor. Él no dice gran cosa, come de prisa, y se encierra en una habitación próxima para dormir la siesta. Ella se asoma á la ventana, contempla el valle sombrío, en donde aquí y allí algunas casas aisladas dejan escapar hacia el cielo ligeras espirales de humo... Sí, la cosa es segura: su padre se había enterado de todo y ha muerto de vergüenza. Había sufrido ya demasiado con sus hijos...

Transcurren otros días... Es preciso de toda precisión que no se deje ella caer al suelo, mientras que evacua sus quehaceres de la casa. Es preciso también que esté sonriente y contenta: esto corresponde á su edad. Los ojos de los extraños parecen llenos de sospechas; importa no dejarlos ver nada, si no se quiere que lo adivinen todo.

Así ella bromeaba y reía con los criados, y mostraba á Flaten una cara alegre.

El dueño volvía á las ocho de la noche, cansado y silencioso. Después de la cena, se encerraba en el cuarto de su difunta mujer con una pipa, un libro y un vaso. Regina comprendía

que aquel hombre vivía aún con el recuerdo siempre presente de la muerta, y que aquel cuarto era para él como una capilla en la que se refugiaba para evocar su memoria...

Era una casa pacífica. De vez en cuando venía á comer un compañero de negocios; y entonces no se hablaba más que de maderas, de bosques y de mercados extranjeros. Flaten dejaba pocas veces la casa. Regina le agradecía que no la interrogase jamás sobre ella ni sobre su familia. Dejábala, además, en toda libertad para dirigir la casa como quisiera; y poco á poco todo empezó á marchar bien.

Una noche, cenando, Flaten alzó los ojos del plato y la miró un momento.

—Usted no se encuentra bien, señorita Aas. La veo á usted cada vez más pálida. Mañana he de hacer algunas visitas; venga usted conmigo si gusta; así hará usted algunas relaciones.

Pero Regina contestó que estaba muy bien, y que por el momento no podía pensar en alejarse de su puesto. Esto lo dijo con cierta turbación, y á partir de aquel día notó que Flaten la observaba á veces: tenía la impresión de ser espiada, vigilada; parecíale que querían arrancarle su secreto...

Por fin recibió una carta de su madre. Comprendió al leerla que se había perdido otra anterior. Su madre le daba detalles del entierro, y la censuraba por no haber ido. Pero nada en aquella carta daba á Regina motivos para creer que se supiera algo suyo. No era ella la que había matado á su padre: pudo abandonarse á su pena como á un dolor feliz, puesto que su conciencia no le proporcionaba una mayor amargura.

El cuarto de la joven estaba situado en el tercer piso de la casa. Estaba empapelado de azul, y no había en él más que un grabado: Napoleón contemplando el incendio de Moscú. En las claras noches de primavera, gustaba de permanecer sentada en una mecedora al lado de la ventana; dejaba vagar sus miradas por las colinas cubiertas de abetos, suavemente agitados, que se escalonaban una tras otra, hasta la última, que azuleaba en el fondo dorado del Poniente. De vez en cuando,

Regina apoyaba un codo en el alféizar y la barbilla en la mano. La mecedora quedaba quieta; después volvía á su movimiento... Luego se paraba de nuevo, y Regina se inclinaba mirando, como mira un preso desde su cárcel. El arroyo cantaba en el silencio su canción monótona, las fábricas se habían callado, y de las enormes chimeneas no salía más que una humareda expirante.

«¿Qué ha ocurrido, pues, en mi vida? ¿No podré pretender ya el agradar á un joven? Ya no me ocurre ahora el pensar en el día de mi boda. ¿Qué ha pasado? ¿Volverán para mí todas esas cosas?...»

Pasan los días. Sin abandonar la máscara de la alegría, Regina continúa siempre en guardia: es preciso que se vigile á sí misma para no olvidar su papel; y es preciso que vigile también á los otros.

El que oculta algún grave secreto es siempre receloso. A veces creía ella descubrir en Flaten un indicio de que lo sabía todo. Esto era para ella un terror constante. Estaba al acecho, medía y pesaba sin cesar la menor palabra que oía. ¡Cuántos pensamientos, cuántas inquietudes!

¿Por qué el médico del hospital la había elegido á ella para lo del niño? ¿Había obrado de acuerdo con la familia de ella, que tal vez se había enterado de todo? ¿Habíase representado una comedia cuya trama no lograba descubrir?

¿No habrían adoptado al niño algunos parientes suyos? Pensaba en una tía que vivía sola en el Nordland. ¿Estaría el niño en su casa? ¿Sería por esto por lo que Regina no debía saber lo que era de su hijo?

Cada idea, cada hipótesis engendraba otras que la tenían despierta por la noche, que ponían en movimiento la mecedora ó la paraban bruscamente.

¿Por qué el doctor la había enviado aquí, á Suecia, al lado de aquel noruego viudo? ¿Era para alejarla de su país? ¿Habríanse dicho: «Se quedará allí, se olvidará de todo, hasta de su hijo, y no volverá nunca»?...

¿Habrían pensado en desembarazarse así de ella? ¿Y dejaría ella que se realizase semejante plan? ¿Se resignaría á esto?

Cuanto más lo pensaba, más le pesaba y humillaba el socorro que había recibido. Por mucho que trabajara y se portase bien, no era menos cierto que debía su puesto únicamente á los que se lo habían procurado. Ella no era más que una muchacha caída y que debía sufrirlo todo con tal de que ganase el pan diario. ¿Había caído tan bajo? A veces, al pensar esto, sentíase enrojecer de ira y de vergüenza; levantábase bruscamente de su asiento con los puños crispados... Después procuraba tranquilizarse. ¿Qué podía hacer, por el momento al menos?

¿Por qué estaba condenada á sufrir todo aquello? ¿Por qué, por qué? ¿Era una sentencia irrevocable de su triste destino?...

La primavera avanzaba. Las golondrinas hacían los nidos bajo las ventanas. Las flores formaban una alfombra polícroma en los terrenos próximos al río. El sol caldeaba cada día más.

A veces, por la noche, incorporábase ella en la cama y se decía en voz baja:

«¡Basta, basta! Ahora tienes que dormir, Regina. ¡Atiéndeme, Dios mío! No quiero pensar, quiero dormir.»

Con los labios apretados, procuraba fijar su imaginación en algo insignificante, en cualquiera cosa... Y se despertaba por la mañana, después de algunas horas de sopor, con el sentimiento confortante de una victoria alcanzada sobre sí misma. Así como se esforzaba en descansar, comenzó á esforzarse en comer. Su juventud luchaba contra la desgracia, como un organismo robusto que triunfa de una enfermedad...

El verano sucedió á la primavera. En sus momentos de libertad, Regina bajaba al jardín á entretenerse un poco. Un fuerte olor á hierba y follaje aromaba el aire. A veces la calma era tan profunda en aquel jardín, que se olvidaba del lugar en que se encontraba; tenía la impresión de vivir en un reino pequeño, suyo, de ella sola, aparte del mundo. Los pá-

jaros revoloteaban sobre su cabeza; algunos hacían sus nidos allí arriba, en el alero del tejado. Los arbustos formaban como un recinto en torno de ella; sentábase en la hierba; por todas partes no se veía sino verdor y cielo azul, y no se oían otros rumores que el canto de los pájaros y el murmullo vago del río. Y el universo entero, y los malos recuerdos, todo se borraba, todo desaparecía lejos, muy lejos.

Un domingo por la tarde paseábase por el jardín; pero alguien la observaba desde el terrado: era Flaten. Ella no le veía, y continuaba yendo y viniendo tranquilamente con un rastrillo en la mano. Llevaba un traje claro, desceñido, y un ancho sombrero de paja cubría la masa negra de su pelo.

—Es una muchacha soberbia—pensó él.

Había observado que la cara de la joven había ido floreciendo en aquellos últimos tiempos; los colores volvían á sus mejillas. Y, sin darse exacta cuenta de los motivos que le impulsaban, empezaba ahora á prolongar las comidas. Cuando ella estaba presente, sentía Flaten que su humor se alegraba y ocurríale olvidar las preocupaciones de sus negocios y su dolorosa obsesión.

—¡Señorita!—gritó á la joven.

Esta alzó la cabeza, asustada casi. No le creía en casa, y se sentía como sorprendida en falta. Cuando se acercó él, se ruborizó ella y sonrió con timidez.

—Perdóneme—dijo.

Y se quedó allí, esperando, al pie del terrado, apoyada en el rastrillo. Como él la había llamado por llamar, no supo al pronto qué decirle.

Pero al contemplarla así, como estaba, vió que era muy bella. La mano que empuñaba el rastrillo era morena y bien hecha; la manga estaba levantada y descubría un brazo blanco y redondo, ligeramente sombreado por un fino vello rubio. Regina tenía el tono brillante de las mujeres que acaban de dar á luz, y el sol del verano y el aire libre habían añadido toda la frescura de la salud. Sus facciones bien pronunciadas

PERTENECEN A LA BIBLIOTECA
ATENEU DE BARCELONA

habían perdido su dureza, y los sufrimientos secretos imprimían á su rostro enérgico una espiritualidad que no le era habitual. Ella estaba allí, en pie sobre un fondo de verdor, con su traje claro y suelto, y esperaba con los ojos bajos, jugueteando maquinalmente en la arena con la punta de su zapato.

Por fin tuvo él que decidirse á decir algo.

—Señorita—dijo,—temo que se aburra usted aquí mortalmente. Mañana marchó á hacer una pequeña excursión á Goteburg; venga usted conmigo. Esto proporcionará, á mí una agradable compañía de viaje, y á usted la ocasión de tomar un poco de aire... ¿Qué dice usted?

Ella se miró al pie y reflexionó un poco. Después alzó sus hermosos ojos, sonrió y contestó ruborizándose un poco, á su pesar:

—Acepto muy gustosa su amable invitación.

Pero al día siguiente, al recorrer con él las calles de la gran ciudad, sintió de nuevo su antigua angustia, aquel temor enfermizo de encontrarse, en cada esquina, con alguien que la conociese. Sentíase ridícula, reíase de sí misma; pero no lograba desembarazarse de su miedo, que la seguía como su sombra.

Cuando volvieron á la casa se dió cuenta de que no había podido distraerse verdaderamente un solo instante en la excursión. En la casa, en medio de sus ocupaciones diarias, iluminaban á veces, como de improviso, algunas horas felices. Pero le era de todo punto imposible el divertirse á gusto, cuando lo quería, como otra persona cualquiera. Porque entonces los malos recuerdos se alzaban ante ella, la impedían ser dichosa. Aun yéndose al fin del mundo, comprendía que siempre sería así, siempre.

Cuando sus reflexiones llegaban á este punto, la mecedora se paraba bruscamente.—Sí, Regina, así es—pensaba.—Y sin embargo, mientes cien veces al día para tener secretas estas cosas... Si arrojaras la máscara, ¿crees que te encontrarías peor?

Pero entonces se levantaba de repente, roja de emoción.

—¡Eso jamás! Es preciso que soportes la situación tal como es. ¿Querías causar semejante dolor á tu madre?... Y tú misma, ¿acaso no estás bastante humillada sin eso?

La conducta de Flaten para con Regina se hacía de día en día más significativa. Ella percibía á veces en los ojos del industrial miradas que la inquietaban. Tenía con ella atenciones casi ridículas. Traíala regalos siempre que volvía de algún viaje, como si fuera su mujer.

Todo esto determinó en Regina pensamientos de mal agüero. Decíase:

—Estas maneras son un procedimiento como otro cualquiera para conquistar favores. Una noche vendrá de puntillas á llamar á tu puerta, ya verás. Todos los hombres son parecidos. ¿Quién sabe si no me ha atraído aquí con esa sola intención?

Continuó comportándose como antes; pero cuando le miraba murmuraba en su fuero interno:

—Sí, puedes venir: te espero... Ya verás cómo bajas la escalera de cabeza.

En una de las habitaciones había, colgado de la pared, un gran retrato de la señora de Flaten, rodeado de un crespón. El industrial se sorprendía cada vez con más frecuencia parado ante aquella imagen, absorto en su contemplación, como si hubiera querido evocar más claramente las facciones de su difunta mujer. A menudo se tumbaba en un sofá ante el retrato; parecía pedir á la muerta que le protegiera contra sí mismo, que no le abandonara.

VII

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —se decía Regina.—¿A dónde irás después? ¿Podrás ver á tu madre el año próximo? ¿Comienza á gustar tu corazón la dulzura de la espera? No, no. Si llegas alguna vez á mirar á tu madre á la cara y á estar

como si nada hubiese pasado, ese día no tendrás nada que envidiar á las mujeres perdidas y á su triste descaro. Pero si, por el contrario, dejases las mentiras y confesaras la verdad, ¿no sería esto matar á tu madre con tus propias manos? No hay medio de escapar á esta disyuntiva. Sí, uno solo: no volverla á ver en la vida.

Regina tenía la sensación de estar condenada á una pena perpetua. Cuando el horror de la situación se le aparecía por completo, ocurríale dejar caer los platos que tenía en la mano. ¿De qué podía servirle la estimación de las gentes que la rodeaban, puesto que nadie podía leer lo que pasaba en su alma? La idea enfermiza que una amiga ahuyenta con sólo echarse á reír, en ella era preciso que lo ocultase bajo una máscara de fingida alegría. Y esta idea se fijaba, se agarraba sólidamente en ella, y engendraba otras en la obscuridad de su corazón.

Todas las noches permanecía hasta tarde sentada, mirando fijamente, como en un tablero de damas, el desarrollo del juego de su vida.

«¡Ah! ¡si en casa de tu tía, en aquel tiempo, hubieses obrado de tal ó cual manera!...—se decía.—En este mundo se trata de jugar con prudencia y no equivocarse. No le hubieras debido dejar entrar en tu cuarto; hubieras debido echar el cerrojo: esto le hubiese excitado y te habría estimado más... Algunas lo tienen todo: buenos padres, felices, educación esmerada, hermanos de los que pueden estar orgullosas. Se casan con el hombre que han elegido; cuando tienen un hijo, es una alegría para la casa entera; no necesitan vender á sus hijos por dinero. Estas han recibido el dón de jugar con discernimiento, ó bien Nuestro Señor es el que juega por ellas. Pero hay otras que cometen una falta en su partida, que se equivocan en un golpe; y toda su vida queda perdida, perdida para siempre.»

Y continuaba pensando en lo que se hubiera debido hacer. «¡Si hubiese obrado de tal ó cual manera!...»

Las cartas de su madre le hacían el efecto de hálitos sua-

ves que pasaban por su corazón. Y como ninguna esperanza aparecía ante ella en lo futuro, se dedicó á refugiarse en sus queridos recuerdos, en representarse con el pensamiento á su madre, á la casita de la isla, á los pájaros de la playa, á la vasta extensión de las olas.

Volvió á rezar sus oraciones de la noche; le costaba hacerlo, pero era como un sacrificio que hacía á su madre, porque era un medio para ella de sentirse cerca, muy cerca de la querida ausente; á veces casi tenía la ilusión de que le hablaba. Púsose así á frecuentar la iglesia; en ella volvía á encontrar su candor y su inocencia de niña; parecíale estar todavía sentada entre sus padres, como antes.

Era una iglesita pobre; los fieles, en su mayor parte, eran obreros que trabajaban en las fábricas. Pronto se habituaron á ver, todos los domingos, á aquella joven que llegaba con su libro de cánticos en la mano, y que se sentaba en lugar apartado. La música del órgano, el canto era lo que más la impresionaba. ¡Qué bálsamo tan delicioso para su corazón miserable!

Su dolor se ensanchaba en el cántico de voces armoniosas; el órgano lo cantaba en amplias y profundas resonancias. Y ella mezclaba sus acentos con los que llenaban la nave, con la sensación de confesarlo todo delante de todos, sin hacerse traición.

Y el viejo pastor, que no llevaba el mismo traje que los del país de Regina, ¡con qué severidad hablaba de la voluntad de Dios cuando predicaba! «Si tienes la intención de convertirte de buena fe—se decía,—preciso será que te abandones enteramente, sin restricción. Pero supón que Nuestro Señor quiera otra cosa distinta de la que tú quieres; que exija, por ejemplo, que te quites la careta y confieses la verdad... ¡Eso nunca! Que me castigue, si le parece bien, pero no me resignaré á eso»...

Y cuando volvía el cántico, tenía ella como la impresión de una acogida amplia, generosa, que no exigía nada de ella, que la consolaba, gran poder indulgente que escuchaba su confesión, no comprendida por los otros.

Todos los domingos veía entrar en el templo al médico del lugar, que daba el brazo á una mujer de edad, que no parecía, sin embargo, ser su madre, porque tenía el aspecto de una obrera endomingada. Pero siempre estaban juntos, sentándose uno al lado del otro y siguiendo el canto en el mismo libro.

Un día, en la mesa, Regina habló de esto. El médico era conocido por sus obras caritativas; ¿era aquella mujer una de sus pretegidas?

Flaten se limpió los labios con la servilleta; luego se puso á sonreír de una manera particular.

—No—dijo,—es su propia madre. Cierto es que nunca ha estado casada, pero ha educado á su hijo á fuerza de trabajo y de valor. Después de haber padecido, hoy se ve honrada.

—¡Ah!—dijo Regina con mucho interés.

—Sí. Su hijo la lleva á todas partes y la presenta á todo el mundo diciendo: «Es mi madre». No oculta que las cosas no han ocurrido muy regularmente. La pobre vieja gustaría de sustraerse á esas escenas, que la molestan bastante; pero su hijo no lo entiende así. Está fuera de duda que no va al templo sino para agradar á su madre mostrando á todos que es su hijo. Esto en él se ha convertido en una especie de monomanía.

Al escuchar al industrial, Regina pensó desde luego en su hijo; se puso á mirar fijamente en el vacío, hasta el punto de olvidarse que estaba comiendo. Pero al instante miró á su interlocutor, y se dijo:

«¿Me habrá contado esto con intención? ¡Ten cuidado, Regina! Come, ríe y habla de otra cosa.»

Y se apresuró á hacerlo así.

Pero antes de terminar la comida, pensándolo bien, decidió que Flaten no había querido hacer ninguna alusión. Y bruscamente, como si se le hubiera ocurrido de pronto, le preguntó:

—¿Y qué dicen las gentes á propósito del médico y de su madre?

El industrial se echó á reir.

—¿Los chismes? ¿Pero cree usted que el doctor Lindstrom se ocupa de esas tonterías?... Un día, en una comida, en la que me encontraba sentado junto á él, y al otro lado el pastor, dijo estas palabras: «Doy gracias á mi madre y la felicito por haber padecido y haber concebido un hijo. Sin esto no existiría yo, y Dios sabe el valor que doy á la vida... Oiga, señor pastor: brindo por la salud de las mujeres que, sin haberse casado, han cumplido, no obstante, su destino, dando con su sangre un sér al mundo». El pastor quedó tan confuso, que bebió también. Yo mismo presencié esta curiosa escena.

Regina lanzó una carcajada extraña, y se apresuró á abordar otro tema.

A partir de aquel día, se sentó siempre en la iglesia bastante atrás para ver delante al médico y su madre.

Él era un hombre robusto y corpulento, con la barba y el pelo ya canos; solamente en la nuca le quedaban unos mechones negros rizosos. La madre parecía muy pequeña, débil y gastada á su lado.

Desde entonces ocurrió á veces que Regina se olvidaba de cantar, por lo que le daba que pensar la pareja que tenía delante. Aquella mujer le inspiraba respeto sencillamente; no tan sólo había aceptado el juicio del mundo y las censuras de la opinión pública, sino que había cuidado de su hijo y había hecho de él lo que ahora era. Y ella estaba sentada allí, al lado de él, como junto á una obra terminada.

—¿Y tú—se oía Regina dentro de sí,—qué has hecho? Sin duda no podías obrar de otra manera, sin duda... ¿Pero y esa mujer? Esa no ha vendido á su hijo, no ha comprado buena ropa por el precio que de aquél sacara... ¿Y tú? Tú no podías obrar de otra manera, sin duda... Pero ¿y esa mujer? ¿Qué crees tú que pensaría de ti si supiera lo que has hecho?... ¡Dios mío! Este traje, este sombrero, estos guantes, ¡con qué dinero...!

Así, bajo la máscara sonriente de su rostro, nuevas medi-

taciones tejieron en ella sus tristes marañas. Un día pidió á Flaten un adelanto sobre su sueldo, y completó así la suma que envió al profesor, rogándole que remitiera aquel dinero á quien correspondía.

Pero esto no rescataba, sin embargo, la vergonzosa acción de que se había hecho culpable. Aquella acción seguía allí, incrustada en su pasado; parecía que nunca lograría desprenderla de su vida.

Empezó á huir del templo: no podía soportar la vista del médico y de su madre. ¡Y ni una amiga, ni una distracción! Nada que pudiese orear con un soplo de aire puro el aire irrespirable que oprimía su pecho. Siempre, semana tras semana, el mismo trabajo, la misma habitación, la misma máscara, la misma pena honda...

¿En dónde se encontraría su hijo ahora? ¿Teníase la seguridad de que estuviese bien cuidado?... ¡Ah! ¡Si hubiera tenido el mismo valor que aquella mujer! Pero en seguida este pensamiento la hacía reír, por lo imposible, lo inverosímil que le parecía... Pero ¿y si se hubiera marchado á América? ¡Ah! esto era otra cosa...

Ahora la mecedora se balanceaba largo rato por la noche. Regina permanecía en la ventana con la mirada perdida en las colinas, hacia el Oeste, como si de allí pudiera venirle algún socorro.

Pero he aquí que el niño, contra el que tan gravemente había pecado, empezaba á vivir en ella de una manera sorprendente. Y como su imagen no la abandonaba, todos los pensamientos de la joven tendieron desde entonces á saber en dónde podría estar. Era como si en aquel porvenir que tan desesperadamente sombrío le había hasta entonces parecido se encendiera una lucecilla de la que no podían sus ojos apartarse. Y aquella lucecilla adquiría intensidad por momentos, proyectaba rayos sobre ensueños gratos, crecía, iluminaba cada día más las tinieblas de lo futuro.

VIII

El otoño había llegado con sus días tibios y suaves. Los manzanos y los perales estaban llenos de frutas encarnadas y amarillas; el follaje tomaba tonos dorados á la luz del sol.

Cuando Regina paseaba por los caminos enarenados del jardín, ocurriale á menudo detenerse para contemplar á lo lejos las líneas ondulantes de las alturas frondosas en donde la luz jugaba, iluminando aquí y allí con claridades rojas el verdor marchito entre el amontonamiento de pinos y abetos. El cielo veíase frecuentemente tan claro, tan puro, que se distinguía perfectamente, á leguas de distancia, el perfil de las cimas aisladas. Y en las lejanías, al Sur, todas las colinas se inclinaban, se rebajaban al nivel del llano que se esfumaba hacia el horizonte indeciso, hacia el mar.

Llegaron luego días huracanados y lluviosos. Cuando Regina cruzaba corriendo el patio grande, el viento á veces la colgaba del pelo virutas que volaban de los talleres de sierra. Y cuando llegaba la noche, cerradas las ventanas y encendidas las lámparas, las vastas habitaciones, que la sola presencia de los dos seres vivientes no lograba animar, mostrábanse espantosamente vacías.

Regina acostumbraba á quedarse cosiendo en el comedor después de la comida, mientras que Flaten se iba al cuarto de la muerta. Pero una noche el industrial dijo á la joven:

—Oiga usted, señorita: la casa me parece demasiado triste de por sí para que nos esforcemos en que esté más desierta de lo que ya es. Si gusta, venga á sentarse á mi mesa; de este modo no estaremos solo ni usted ni yo.

Ella le siguió sin replicar. En aquel quartito agradable, en donde los avíos de trabajo, los almohadones, la mesita elegante de escribir, las fotografías, recordaban á la difunta ama de la casa, había fuego y las llamas esparcían un calor amable.

Era inevitable que en aquella intimidad de las largas vela-

das de otoño, ella inclinada sobre su costura, él con un libro en la mano, se hablasen con más frecuencia. ¿No eran también compatriotas expatriados los dos?

El industrial hablaba de su juventud, de su vida en Hamar, de cuanto le había ocurrido durante su estancia en el extranjero... Y Regina esperaba que le pidiese á su vez algunos detalles sobre su propia existencia. Si no lo hacía, era muy sospechoso; si, por el contrario, le dirigía la menor pregunta, iba ella á verse obligada á mentir de nuevo... Pero Flaten fué perfectamente discreto: ¿conocería acaso toda la historia? No, era imposible que estuviese enterado de todo.

Y Regina volvía á pensar que sin duda la habían llevado por cálculo á aquel rincón para que no se encontrasen nunca ella y su hijo. Habíanse imaginado que ella no tardaría en olvidarle con las nuevas impresiones, que se enamoraría de nuevo y se casaría, como una de esas mujeres superficiales que no se acuerdan de nada... ¿Tendrían razón?... Por compasión la habían dado algún dinero, como se paga á una mujer pública. «Esto para ti. Y ahora el niño es nuestro. Tú desaparece y no vuelvas más.» ¡He aquí á lo que ella había llegado! Y aceptaba su humillación; comía, dormía, reía. Sí, lo aceptaba todo. No se habían engañado: ella no valía más. Se dejaba hacer. ¿No tenía, pues, altivez de corazón?

Flaten fingía leer, pero la dirigía frecuentes ojeadas. Ella estaba allí, junto al fuego, inclinada sobre su labor, ¡tan joven, tan seria, tan bella! Sus cabellos negros, peinados sin artificios, formaban ondas á ambos lados de la frente, que le tapaban las orejas, y se reunían detrás de la cabeza en un moño bajo. Las largas pestañas daban una sombra de misterio á su mirada; su boca permanecía estrechamente cerrada. Entre semana, vestía siempre un traje de lana oscura, sin la menor joya, ni el más pequeño alfiler, hasta sin una cadenita para el reloj.

—¿En qué piensa usted de esa manera?—decía el industrial alzando los ojos de su libro con una sonrisa.

Ella se sobresaltaba; pero recobraba al punto su expresión habitual, y contestaba sonriendo también:

—¿Yo? En nada de particular.

Después volvían, él á su lectura, ella á su labor.

Sí, la cosa estaba clara; él la vigilaba. Tal vez se divertía en verla representar una comedia, en simular la niña inocente y conducirse como si nada hubiera pasado. Si verdaderamente sabía él que ella había vendido á su hijo á unos extraños por dinero, ¿no debía despreciarla por semejante acción? ¿Qué de particular tenía que fuese una noche á llamar á la puerta de su cuarto?

Y la aguja comenzaba á dar saltos.

Flaten alzaba de nuevo los ojos. No distinguía sino las manos de Regina á la rojiza luz de las llamas: unos dedos finos y delicados, sin la menor sortija. ¿Las tuvo alguna vez? Sentía deseos de hacer mil preguntas á la joven; pero retrasaba siempre el momento de hacerlo, por el indefinible temor de una decepción posible.

De repente, se levanta de su silla y se despide de Regina, aunque era todavía muy temprano para retirarse. Ha advertido que está nerviosa. ¿En qué puede pensar tanto?

—Buenas noches. Que duerma usted bien.

Ella se levanta y se va. Él vuelve á sentarse, y se queda escuchando el rumor de los pasos, que acaba por perderse en la escalera.

Regina se sienta en el borde de la cama, mirando fijamente una lamparilla que ha puesto en la mesa de noche...

Los pensamientos sobre la suerte probable de su hijo la asaltaban á veces como una enfermedad repentina. Aquella noche se le ocurrió que el padre del niño era quien había arreglado todo aquel asunto. Sin duda era él quien, por mediación del profesor, había colocado al niño en casa de unas buenas gentes, y quien, compadecido, le había dado aquel dinero á ella. Preciso era ser un poco atento con una pobre muchacha, ¿no es cierto?... Proponíase él proveer á las necesidades del niño;

pero no la consideraba á ella como digna de encargarse de la educación de su hijo; la dejaba, la hacía salir del país... ¿Habría sucedido esto? Sin duda, podía ella sufrir las humillaciones; pero no si venían de él. Harto la había ya hecho sufrir. Nunca le toleraría ella nuevas afrentas. Era preciso saber á qué atenerse en aquel asunto, era preciso saberlo en seguida.

Pero al día siguiente surgían nuevas hipótesis en su espíritu. Todas eran igualmente verosímiles, puesto que ella lo ignoraba todo, excepto que su hijo vivía en alguna parte... Figurábase al pequeño en casa de su tía de Nordland, y se preguntaba por qué milagro había llegado hasta allí la historia de su falta. Se le representaba también en casa de su tía la que vivía en el Opland, y esta posibilidad la ponía enferma de rabia... Pensaba también en una de las hermanas de Flaten, de la que sabía que no tenía hijos, y que precisamente vivía en Christiansad... Y cuanto más pensaba, más se perdía en suposiciones igualmente plausibles, y tanto más se destacaba el niño ante su conciencia, y aumentaba en impaciencia por saber algo de su hijo. ¿No había de verle nunca? ¿Qué sabía, si por lo menos estaba bien atendido?

Sin embargo, continuaba haciendo sus ocupaciones, y dejaba pasar el tiempo, y comía y dormía, y se ponía de buen color y engruesaba, como si no la hubiese abrumado un peso vergonzoso. Podía entristecerse, desconsolarse, llorar. Pero le era imposible realizar nada; y no cesaba de censurarse ella misma esta inacción, día tras día, noche tras noche, hasta el punto de que se decidió á escribir al profesor. Quería empezar prudentemente. Así, pues, se limitó á preguntar cómo se encontraba el niño.

Durante días y semanas esperó ansiosamente una respuesta. Pero el profesor guardó silencio.

«Ya ves, Regina, se decía, que lo que se te ha ocurrido fué una fantasía. Te han tratado como á un animal al que se le quita la cría, y piensan que vas á olvidarte de todo en pocos

días. ¿Quién sabe? Tal vez les dan la razón los acontecimientos. La opinión que tienen de ti es quizá la verdadera.»

Y una dura sonrisa acudía á sus labios; la mecedora se paraba.

Pero una vez dado aquel primer paso, no era posible dejar de dar el segundo. ¿Pero qué dirección tomar? Todos los caminos pasaban por el profesor. ¿Qué hacer si se negaba á revelar el lugar en que se encontraba el niño? ¿qué hacer? En este caso, era el triunfo de lo que se había urdido contra ella. Jamás podría redimir su débito... Marchar, ir á ver al profesor, suplicarle, amenazarle... ¿Y si permanecía inflexible?... ¿Qué hacer entonces, Regina, qué hacer?

«¡Qué acción has cometido, Dios mío! (Detuvo el balanceo de la mecedora, y se llevó las manos á la cabeza.) Regina, Regina, ¿qué acción has cometido?»

Y empezaron para ella angustiosos días. Era presa de la mayor inquietud; adoptaba uno tras otro los planes más diversos; excitaba cada vez más el odio hacia los que le habían arrebatado á su hijo por la astucia; cada vez más pesaba sobre su conciencia el acto que había realizado en perjuicio de aquel niño. Cada vez más la repugnaba su propia cobardía. No gozaba de un momento de reposo. La impaciencia por ver á su hijo nacía en su corazón de minuto en minuto. ¿Pero qué podía hacer?

Y, sin embargo, en medio de esta angustia experimentaba un sentimiento de felicidad; sentíase fortalecer, recobraba el gusto de la vida. El porvenir le ofrecía un atractivo; no temía ya ver acercarse el mañana, porque ese mañana podía aportarle una alegría. Pero ¿por qué continuaba en un lugar en donde el suelo la quemaba los pies? Encontrábase en la situación de un condenado á prisión perpetua, que de repente encuentra un medio de evasión, un camino hacia la libertad, y que, sin embargo, vacila. ¿Por qué? Porque hay que aventurar un salto, un salto temerario en las tinieblas.

El día en que se pusiera á buscar á su hijo ya no podría

continuar ocultando lo que le había ocurrido. Era cerrarse definitivamente el camino que podía llevarla á su madre. Era renunciar para siempre á su familia, á sus primas, á sus tías; renunciar á casarse, á la estimación del mundo. Habría que arrancar en ella muchas raíces dolorosas. Y todos los esfuerzos que había hecho hasta entonces para tener oculta la verdad, todo aquello sería estéril si se decidía á obrar.

Pero era preciso decidirse pronto. De un lado, el niño la llamaba, la atraía; de otra parte, numerosas voces protestaban, la amenazaban: unas, con el desprecio de los hombres; otras, con el desprecio de sí misma. Las noches de Regina fueron penosas. Obsesionábala el tiránico deseo de libertarse de aquella red de mentiras y de hipocresías que la aprisionaba. Una vez encontrado el niño, podría ella tal vez, llorando sobre la cuna, quedar limpia de toda mancha.

Y los días pasaban. Había llegado el invierno.

IX

Un poco antes de Navidad, Regina, al volver de su paseo, fué acometida de escalofríos y de un violento dolor de cabeza. Tuvo que acostarse en seguida, y al punto se apoderó de ella una fiebre intensa.

En su cuarto, una vez en la cama, el sentimiento desolador de su soledad volvió á abrumarla. ¿Y si era grave su enfermedad?... No había medio de hacer que viniera su madre... ¿Y si se moría? ¿Qué sería entonces de su hijo? Ella, por su culpa, no estaba rodeada sino de extraños...

Mientras que sus dientes castañeteaban por la fiebre, sollozaba; un dolor agudo, que á cada instante mudaba de sitio, la laceraba el pecho.

Una de las criadas subió á instalarse al lado de la enferma. Era la vieja noruega, pálida, con pelo blanco, que no había dejado al industrial desde la boda de éste. Regina la preguntó:

—¿No viene el médico?

—Le hemos enviado á buscar. Pero no podrá venir antes de la noche.

Fué una larga espera. El cuarto se oscureció. Napoleón, en el cuadro que le representaba ante Moscú, se transformó en un pájaro siniestro. El techo se puso á bailar. El vértigo se apoderó de ella. Y luego comenzó á sumirse en tinieblas ardorosas, á sumirse cada vez más...

Despertóse, sacada de su letargo por el resplandor de una lámpara que encendían; el doctor Lindstrom estaba junto á la cama. Hablaba con una voz sorda que le pareció agradable. Desvariaba, y le pareció por unos instantes que el doctor era su hijo. ¿No habían estado juntos en la iglesia el domingo último? ¿No estaba siempre á su lado para honrarla?

El doctor le puso el termómetro, y después quiso examinarla el pecho. Pero esto la devolvió toda su lucidez: se aterró al pensar que el médico iba á conocer que había tenido un hijo, y se apretó la camisa con las dos manos convulsivamente.

El doctor se rió, apartó las muñecas de la joven y abrió la camisa. Ella hubo de sentarse en la cama. Terminado el reconocimiento, declaró el médico que lo único que tenía que hacer era quedarse en la cama, bien abrigada, y salió. Cuando estuvo en el vestíbulo, abajo, Regina le oyó decir á Flatén que tenía una congestión pulmonar. Esto no la inquietó; un solo pensamiento la acosaba: «¿Se habrá percatado? Y si lo sabe, ¿lo revelará?»

Encendieron otra lámpara más pequeña, y pusieron un periódico delante para que la luz no molestase á la enferma.

Aquella noche, Flatén, envuelto en una bata, la pasó andando por la casa como un sonámbulo. Estaba pálido. Había creído, en aquellos últimos tiempos, que era capaz de dominar el sentimiento que se había apoderado de él. Lo había creído hasta aquel momento. Pero ahora, ¡cuando tal vez iba ella á morirse!...

De vez en cuando se detenía ante un retrato rodeado de crespón; pero se hubiera dicho que no se atrevía á mirarle; se volvía, se iba á otra habitación. Después volvía hasta el cuarto de Regina y escuchaba en la puerta. Pero no se decidía á entrar. Por fin volvía á bajar la escalera, deslizándose sin hacer ruido, con una vela en la mano. Y afuera, el viento invernizo silbaba y rugía en las sombras.

Luego Flaten envió á una criada á enterarse de cómo seguía Regina. Apenas se había vuelto á acostar la sirvienta, Flaten llamó otra vez; aquélla subió de nuevo.

—¿Cómo está ahora?

—Sigue con el delirio.

Y él reanudó sus paseos por las habitaciones desiertas, con una luz en la mano...

Al día siguiente no fué á su despacho. Por la mañana, cuando bajó el doctor después de haber visto á la joven, le interrogó con voz que temblaba de emoción, y mirándole ansiosamente:

—¿Qué tal?

El médico contestó que esperaba que la juventud y la robusta naturaleza de Regina triunfarían del mal.

Durante dos días y dos noches, la enferma permaneció casi constantemente en estado comatoso. La criada miraba á menudo el rostro joven, de blanquísima frente, de donde la vida había huído á medias, diciéndose: «¡Dios sabe cómo terminará esto!...»

Una noche que la criada estaba sentada á la cabecera de la enferma, Regina abrió los ojos y la miró con extravío.

—Escuche.—dijo con voz rara y en tono demasiado alto;—va usted á escribirme una carta.

—¿Una carta? Muy bien. ¿Para su madre, sin duda?

El pecho de la enferma respiraba penosamente, pero Regina seguía con los ojos fijos en la sirvienta.

—¿Para mi madre? No. Se ha muerto. Va usted á escribir á... Voy á confiarle una cosa que nadie más que usted debe saber... Oiga: yo tengo... yo he tenido...

Pero como si sus fuerzas se hubieran agotado, volvió á caer en su torpe é inmóvil sopor, y cerró los ojos.

¿Qué había querido decir? La criada se lo preguntaba en vano. Y ya más avanzada la noche, he aquí que la enferma se pone de repente á sollozar.

—¡Démelo! — imploraba, tendiendo sus brazos gráciles.— ¡Devuélvame, devuélvame!

—Tranquilícese—dijo la criada.—¿Qué es lo que pide la señorita?

—¿Pues no ve que está sentado allí arriba, y que lo tiene en las rodillas? No quiere dármelo... Yo le he matado... Le he matado... No hay perdón para mí... Estoy condenada... Voy á morir condenada.

La criada apretó los labios y arregló las ropas de la cama.

Durante todo un mes, Regina estuvo á leche. Cuando empezó á encontrarse mejor y pudo sentarse en la cama, entre almohadas, corría ya el mes de Febrero, y el sol proyectaba sus rayos en el suelo del cuarto, diariamente, durante varias horas.

Regina estaba cuidada como una princesa: extractos de carne, vinos tónicos. Su menor deseo ponía toda la casa en movimiento. Flaten continuaba invisible; pero la joven le sentía próximo, y sabía que él era el buen genio que pensaba sin cesar en ella.

Cuando, por fin, pudo levantarse, experimentó la impresión de haber recibido el regalo de una vida nueva; su corazón desbordaba de alegría y de reconocimiento. Era indudable que iba á emplear esta nueva existencia en reparar el daño que había cometido en la antigua; para esto se la habían donado. ¿Y qué iba á hacer en cuanto estuviese restablecida por completo?... Era como una claridad en el horizonte, de la que no podía apartar los ojos.

Un día se hizo traer un espejo: le pareció que se había afeado. «¡Qué importa! — se dijo. — ¿Para qué necesitas ahora la belleza?»

En el transcurso de su convalecencia, todos sus sueños para lo futuro vinieron á agruparse poco á poco en torno de su hijo. Si llegaba hasta ella un rayo de sol, su hijo, al mismo tiempo, llegaba hasta su corazón. Todos los planes que formaba tendían hacia aquel niño, como la planta que, colocada en el rincón de una habitación, crece hacia la ventana, hacia la luz. A medida que Regina volvía á la vida, inclinábase cada vez más hacia el único sér que le fuera querido. Era en ella un ardiente deseo, como el deseo de encontrar á su pobre corazón que hubiese perdido. El que ha visto la muerte de cerca es más valeroso luego; así, ahora parecían pequeñas á la joven las dificultades que había que vencer. Su familia, el juicio del mundo, las ideas de casamiento, todas estas raíces ya no era necesario arrancárselas; desprendíanse por sí mismas á la sombra del niño.

Ahora que estaba quieta, dejándose cuidar y sin hacer nada, todos sus pensamientos se concentraban cada vez más en torno de su hijo. Ella le vestía y le desnudaba, charlaba con él. Le miraba á los ojos; tenía como la sensación física del contacto de la suave y fresca carita contra su pecho; le parecía percibir aún ese característico olor á niño... Todos los recuerdos de su estancia en la Maternidad despertábanse en ella... Cuando alguien entraba en su cuarto, se asombraba ella á veces de no ver que le traían el niño, diciendo: «Aquí está, ya le hemos encontrado...» Y el sol de Febrero atravesaba con sus rayos buenos los cristales bordados de hielo; acercábase la primavera; y ella se sentía feliz, con los ojos llenos de alegría, con la mirada en la naciente claridad, como si entreviese en ella alguna luminosa resolución.

Cuando comenzó á ocuparse en sus habituales quehaceres, la imagen de su hijo la siguió paso á paso. Pronto tendría un año el pequeño. Ya se reía y tenía tal vez algunos diente-cillos; ya quizás decía «mamá»... á otra. Manos extrañas le lavaban; por la noche, para dormirle, una voz extraña... ¡No, no podía soportar esta obsesión! Todo lo que tocaba la hacía pensar en

el niño: las estampas, las figurillas de adorno, que podían servir de juguetes. Cuando tomaba el hilo y la aguja, pensaba en los pantaloncitos del nene que necesitarían repaso.

Decidióse á escribir otra vez al profesor: exigía que le dijese en dónde estaba su hijo. Tenía un proyecto. Recobraría á su hijo, se iría á América, ganaría la vida lavando ó cosiendo; cualquiera cosa, con tal de asegurar su propia existencia y la de su hijo.

Pasó el tiempo, pero el profesor permanecía mudo.

Un día, al sentarse á la mesa, Regina tuvo la sorpresa de encontrar una carta para ella al lado de su plato. Flaten se había ido á Goteborg; pero, sin embargo, el sobre era suyo; la joven tembló de inquietud al abrir la carta.

En efecto, era lo que pensaba: una declaración de amor y una petición de mano.

Regina se quedó mirando un rato aquella carta. Era lo bastante mujer para sentirse halagada. Así, pues, sólo dependía de ella el poseer cuanto la rodeaba y, además, una elevada posición social. El industrial era un hombre excelente. Pero ¿había de confesárselo todo? ¿O bien tenía que reanudar toda una vida de hipocresía?... Movió la cabeza: los dos partidos eran igualmente imposibles.

Pero ahora ya no podría permanecer en aquella casa. ¿Adónde ir? Había que tomar una decisión. Tenía guardadas unas trescientas coronas: tal vez bastaban para pagar la travesía.

Cuando Flaten volvió, miró un momento á Regina, con ansiedad, pálido. Hablaron poco durante la comida, y una vez terminada se separaron.

Por la noche, la joven entró en el gabinete del industrial, en donde éste estaba escribiendo.

Al ver á Regina, Flaten se levantó, inquieto. Comprendió que iba á saber en seguida á qué atenerse; sin embargo, trató de sonreír, ofreciéndola una silla.

Pero ella permaneció en pie.

—Necesito marchar en seguida á Noruega—dijo ella, tratando de mirarle tranquilamente.

Él se dejó caer en la silla y ocultó la cabeza entre sus manos. Al cabo de un minuto descubrió su rostro.

—¿Se marcha usted... para siempre?

—Sí.... Pienso ir á América.

Ahora ya no se cuidaba Regina de leer en el rostro de su interlocutor lo que pensaba. Era igual que lo supiese todo. No era más que un extraño, y ella iba á desaparecer.

—¿De manera que voy á quedarme aquí solo?—dijo él, arañando con su pluma el papel.—¡Está bien!

Se levantó, le tendió la mano y añadió con triste sonrisa:

—Perdóneme... Y recuerde que si algún día se encuentra usted en cualquiera dificultad, siempre será para mí una felicidad el que acuda usted á mí.

Ella le dió las gracias conmovida. Pero le parecía que en su corazón no había, por decirlo así, sitio para la compasión. Ahora que estaba dado el primer paso, no había en ella sino prisa por marchar, por empezar sus gestiones.

X

En la claridad incierta aún de aquella mañana de Marzo, los árboles y las casas desfilaban ante las ventanillas del coche, que corría á toda velocidad hacia el Oeste, hacia Noruega. A veces le parecía á Regina que el tren iba demasiado despacio para sus deseos. Otras veces pensaba en saltar por la portezuela y volverse. ¿Qué iba á suceder? ¿Adónde iba? ¿No era tiempo todavía de retroceder?

Tenía la sensación de alejarse de una playa en la que dejaba toda su vida anterior. Allí dejaba á su madre, á su familia, la estimación del mundo, la esperanza de casarse un día. Sin embargo, se alejaba, sacrificaba todo aquello, bogaba hacia otras playas en donde su hijito la esperaba.

¿Y si no lograba encontrar á su hijo?... Habría dado un salto temerario en lo desconocido. Quedaríase allí, errante, sin domicilio y sin posibilidad de dar máquina atrás...

La impaciencia la torturaba.

En la estación de Cristianía dejó los equipajes en el almacén, y, sin buscar siquiera una fonda, tomó un coche para ir á la Maternidad. Pero cuando estuvo en la sombría oficina del hospital, quien la recibió fué el jefe de la clínica. El profesor estaba muy delicado; llevaba ya largo tiempo en el lecho. Regina preguntó las señas, salió rápidamente y subió á otro coche, que echó á correr por las calles de la capital.

El profesor vivía en un barrio. El cochero tenía que parar el caballo de vez en cuando para dejar paso á un tranvía. Regina tenía tal impaciencia por llegar, que recriminaba al pobre hombre por aquellos ligeros retrasos. Por fin se encontró ante la puerta de un piso tercero de una gran casa de piedra; llamó. Abrióle una criada, que salía limpiándose las manos en el delantal. Nadie podía ver al profesor: estaba gravemente enfermo.

—¡Déjeme verle!—suplicó Regina.—No tengo más que una palabra que decirle.

La criada, asombrada, examinó á la joven. Su traje y su pelo estaban en desorden por el viaje; así, juzgando que no se trataba de una señora distinguida, la muchacha se dispuso á cerrar la puerta. Pero Regina lo impidió dando un paso adelante.

—¡Es preciso absolutamente que le vea!—exclamó en un tono que no admitía réplica.—Vaya usted á buscar á la señora.

—¡Eso es entrar á la fuerza!—gritó airada la sirviente.

Por fin, Regina logró convencerla, y al poco rato salió al recibimiento una señora de edad, de pelo blanco, con un chal sobre los hombros. Dijo á la joven con una voz que parecía próxima á llorar:

—¿Qué desea usted?

El rostro de Regina tomó una expresión suplicante.

—Perdone, señora, pero necesito hablar á su marido. No se trata más que de una palabra, y lo que tengo que decirle es de la mayor importancia.

—¡Cómo! ¡Conque ni á mí misma me permiten hablar con él, y quiere usted verle!... Pero ¿quién es usted?

Regina se pasó una mano por la frente.

—No sabe mi nombre—dijo.—Pero hágame el favor de ir á preguntarle ahora, en seguida, quién adoptó á mi hijo. Va á hacer un año de esto.

Era la primera vez que revelaba su secreto desde su salida de la Maternidad. La mujer del profesor la miró y la pidió algunos detalles con la misma voz dolorosa; luego añadió:

—Le haré la pregunta en cuanto me lo permita el médico. Vuelva usted mañana.

Y la señora volvió á sus habitaciones.

Regina se puso á bajar lentamente la escalera. No tenía más remedio que esperar hasta el día siguiente. Pero ¿y si el profesor se muriera aquella noche?

La ciudad estaba llena de ruido y de animación, como de costumbre. Y, sin embargo, Regina creía andar por un desierto. ¿Qué le importaban todos aquellos seres humanos? No había ya para ella sino una vida posible en la tierra, una sola vida deseable: la vida con su hijo. ¿Y si no lograba realizarla?

La noche se le hizo interminable. Al día siguiente llamaba de nuevo en la puerta del profesor. La criada le dijo en voz baja que su amo estaba en la agonía.

Pero una vez más Regina logró que la sirvienta fuera á llamar á su ama. Cuando ésta llegó y reconoció á la joven, hizo intención de retirarse en seguida.

—¿Otra vez usted?—dijo con voz débil y dolorosa.—Pero ¿no comprende que tenemos otra cosa en que pensar en estos momentos?

Regina vió que todo daba vueltas en torno de ella. Cogió

á la señora por un brazo, y, antes de que se hubiese dado cuenta de lo que hacía, cayó de rodillas. La mujer del profesor la miró atónita. ¿Estaba loca aquella criatura?

—¡Escúcheme, señora, una palabra solamente! Se trata de mi hijo, de mi hijo. Únicamente su marido sabe en dónde se encuentra. ¡Por el amor de Dios, señora, pregúnteselo, se lo suplico! Vengo de Suecia expresamente para buscar á mi hijo. Cuando le encuentre, me marcharé á América con él. Yo misma consentí en separarme de mi hijo, es verdad; pero ahora me persigue el arrepentimiento; quiero á toda costa encontrar á mi pequeño. Compréndame... Pregunte á su marido antes que muera, ó me vuelvo loca, lo siento; me arrojo al agua... Estoy perdida... ¡Ah! ¡socórrame usted!

Y comenzó á sollozar á gritos.

La señora se hizo cargo de la desesperación de la joven; se inclinó un poco hacia ella y la acarició una mejilla.

—Sí, sí, hija mía, cálmese. Le preguntaré lo que desea, con tal de que Dios le conserve el conocimiento.

—¿Me lo promete usted?... Sí, acaba usted de prometérmelo... Vaya, vaya en seguida.

Regina estaba fuera de sí y dirigía miradas extraviadas á la mujer del profesor.

—Sí, hija mía, cuente usted conmigo; ya se lo he dicho. Pero no me entretenga más ahora. Vuelva mañana.

Por fin se trataba de una promesa formal. Excitada como estaba, Regina se sintió llena de esperanza. «¡Mañana!» Así, pues, al día siguiente lo sabría todo.

Se puso á recorrer las calles al azar. Estaba aturdida por tantas emociones. Además, no había comido desde... no se acordaba desde cuándo. No eran más que las diez de la mañana; tenía que esperar aún veinticuatro horas para ir otra vez á casa del profesor... ¿Qué hacer hasta entonces?

Para matar el tiempo fué primeramente á informarse de la próxima salida de un vapor para América. Luego fué á sacar su equipaje de la estación, y lo hizo subir á la fonda; había

que volver á hacer el equipaje antes del gran viaje que iba á emprender. Pero cuando iba á emprender la tarea se detuvo. Decíase supersticiosamente:—Si terminas todos los preparativos, la cosa no se hará...—Y lo dejó todo.

Al anochecer salió y se dirigió hacia el paseo de Cristianía. Al pasar por delante de las casas veía luces que se encendían tras los cristales; á veces veía una figura antes de cerrarse las ventanas.

—¿Quién sabe si mi pequeño se encuentra en esa casa... ó en esa otra... ó en aquella?... Tal vez ahora lo estarán mudando para la noche... Pero mañana lo tendré yo...

Al llegar al parque, en la colina, la joven se dejó caer en un banco; extenuada por el cansancio y la emoción, sentía de pronto un dolor agudo en la espina dorsal. No tardó en tener frío; había andado tanto por la nieve fundida, que sus pies estaban mojados. Marcháronse los últimos paseantes; se quedó sola. A su vista la tumultuosa ciudad se sumía en las tinieblas grises; encendíanse los faroles; y hacia el cielo, de color de humo, alzábanse chimeneas de fábrica, campanarios. Oíanse en el puerto las sirenas de los vapores... Algunas estrellas amarillas aparecieron en el cielo.

En el banco, entre los árboles, la figura de la mujer se iba confundiendo con la oscuridad ambiente. Regina no dormía, pero no estaba sin embargo lo suficiente despierta para sentir el mucho frío que tenía. Transcurrían los minutos, esos minutos tan lentos para el que espera...

Cuando por fin volvió á la fonda y se acostó, le pareció que volvía á la neta percepción de la realidad, y de nuevo el sentimiento atroz de su aislamiento la angustió el corazón.

En torno de ella se extendía el vasto mundo desconocido, y ella estaba allí, sola, en medio de aquel universo. ¿Qué suerte le estaba reservada? ¿Permanecería siempre en la soledad glacial en que ahora se encontraba? ¿Llegaría á crearse el calor de un hogar? Mañana... mañana... ¿Qué sucedería maña-

na? Y sin darse cuenta, juntó sus manos y se puso á rezar. Rezaba y lloraba. ¡Qué ardiente se hacía su fe! A fuerza de oraciones sintió un gozo extático. Parecíale que franqueaba cumbres soleadas, que Dios mismo le hacía una promesa. Al cerrar los ojos Regina volvía á ver imágenes de su infancia; pasaba por las mismas sensaciones que experimentara entonces cuando rezaba: en su alrededor la cúpula estrellada del cielo se redondeaba, y ella flotaba allí al través del espacio. Cada palabra de su oración era una blanca paloma que enviaba á Dios... No vacilaba respecto á la verdad de la religión; y si alguna duda se cernía aún sobre ella, la consideraba como un pecado. ¿Acaso Jesucristo no había resucitado de entre los muertos al hijo de la viuda? Su hijo estaba vivo; ella no pedía sino encontrarle; ¿y no estaba escrito: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá»? Por fin se durmió, llena de la feliz certeza que su oración había subido hasta Dios.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, se apresuró á salir sin detenerse ni á tomar una taza de café. ¡Luego!

Cuando llegó á la casa del profesor quedó asombrada al ver muchos coches á la puerta y numerosas personas que entraban y salían. Cuando llegó al piso tercero vió que la puerta de la habitación estaba abierta. Entró detrás de otros visitantes, y pasó á una sala en la que había mucha gente. ¿Qué ocurría? Se estremeció; no podía pensar. Vió á la señora de pelo blanco que sollozaba sentada en una butaca, mientras que algunas personas se inclinaban hacia ella. Después vió que había también una cama en la habitación... Era el profesor yacente. Quizá no era tarde todavía. Regina se precipitó á la cama, tomó las manos del enfermo: estaban rígidas.

Las gentes empezaban á fijarse en ella, en lo raro de su conducta. Pero ella se dirigió á la viuda y, muy pálida, preguntó:

—¿Le dijo en qué manos está el niño?

Todos la miraban; ella sintió que alguien la ponía una mano en un hombro. La señora alzó su rostro todo bañado en lá-

grimas y la miró con espanto, porque los ojos de Regina parecían los de una loca.

Después murmuró con un movimiento de impaciencia:

—No, no; no sé nada. Ni siquiera pude despedirme de él.

Y en el mismo instante la mano que se apoyaba en el hombro de Regina se hizo más pesada; y la infeliz tuvo la sensación de que la empujaban, de que la echaban afuera.

JOHAN BAYER

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

LOS NUEVOS NOVELISTAS

El año 1907 podría llamarse el año de los jóvenes. Me refiero al año literario. Durante él los *Dii majores* de nuestras letras (lo de *majores* es relativo, pues el tamaño de los dioses está muy sujeto á las mudanzas del tiempo y la opinión) han guardado silencio y han fatigado poquísimo á las prensas. Señalemos como una excepción *La de los tristes destinos*, con que Pérez Galdós ha puesto cima al montón de volúmenes que constituyen las cuatro series de sus *Episodios Nacionales*, sin perjuicio de empezar otra nueva que se mete valerosamente por el campo de la historia contemporánea, fresca todavía y vecina de nosotros.

A esta excepción casi solitaria apenas se podrá añadir alguna otra rebuscando entre los libros publicados en 1907. En cambio numerosos escritores jóvenes se han dado á conocer en ese período de tiempo ó han continuado en él la labor literaria ha poco comenzada. A esta literatura joven que opera la renovación de los géneros y teje la continuidad de la historia literaria voy á consagrar esta crónica, limitándome al campo de la novela.

No aspiro á hacer un balance completo de la producción novelesca en 1907. Exigiría esto, quizás, bastante espacio, de no ceñirse á una escueta lista de autores y de obras. Voy á exponer solamente algunas rápidas notas acerca de varios nove-

listas jóvenes (jóvenes en las letras, pues la edad no importa para el caso) que en dicho año han publicado libros merecedores de atención. Y tal vez examinando estas obras descubramos en ellas algún rasgo general de los que van apuntando en la novela española moderna.

D. Pedro de Répide ha publicado una colección de novelitas que lleva por título general el de la primera de ellas, *La indiscreta enamorada*. El Sr. Répide debutó, según creo, en las letras haciendo versos modernistas. Después se ha dado á conocer como cronista de periódicos, apareciendo con un estilo transformado, estilo castizo, disciplinado, sahumado con cierto perfume arcaico. Su libro *La indiscreta enamorada* es también una obra que mira á los clásicos, al antiguo casticismo español. Se compone de varias narraciones cortadas por el patrón de nuestras viejas novelas ejemplares y amatorias, lozanas todavía al cabo de los siglos, como antigüedades bien conservadas. El señor Répide imita á la perfección á aquellos novelistas, no sólo en las formas externas del estilo, en la construcción, en el léxico, sino también en la composición interior de la novela. La forma narrativa ó historial, los tipos, entre los cuales aparece aquel tan castizo de la doncella que por causas de amor corre el mundo disfrazada de varón; los de los padres que conciertan de antemano bodas de sus hijos aún infantes ó por nacer, para apretar más el lazo de una estrecha amistad; la dama celada por el marido ó el amante, que logra sin embargo burlarle valiéndose de ingeniosas trazas; el pícaro que dándose por señor principal enamora á una mujer de alta alcurnia, y hasta menudos detalles de semejanza, como la intercalación de versos en el relato novelesco, la preferencia á elegir por lugar de la acción Italia, recuerdan vivamente en *La indiscreta enamorada* las obras de nuestros antiguos novelistas.

El libro del Sr. Répide es raro en nuestra literatura moderna. No faltan en ella tentativas de reconstrucción arqueológica, pero son reconstrucciones de una época, de un momento,

escena ó personaje históricos, hechas en moderna forma ó con espíritu moderno. Aun con esta limitación, tales trabajos no son muy frecuentes. Pero lo son todavía menos las imitaciones de los antiguos textos y estilos literarios. La razón de ello fácilmente se alcanza. Se lee poco nuestra antigua literatura. Los maestros de nuestra juventud literaria son extranjeros en su mayoría, y el espíritu que la anima tiene más de innovador que de arcaico.

El libro del Sr. Répide es de los que no se improvisan. Revela asidua lectura de los autores de la gran época española á quienes imita y compenetración íntima con ellos. Su mayor mérito consiste, á mi parecer, en que tiene soltura, flexibilidad, jugo. No es una seca y amanerada copia. No es un trabajo de erudito, sino de artista. Es un libro fino, de gusto selecto dentro de su tendencia arcaica. Mas, al parecer, no es de aquellos libros que señalan una manera definitiva en un escritor. Mejor debe tomarse como capricho de un espíritu culto y aficionado á libros que se ha complacido en resucitar los fantasmas de la antigua novela hispana. No creo que habría ventaja alguna en escribir novelas como se escribían en el siglo xvii. Ganarían acaso en estilo, porque entonces el lenguaje era más puro, y aun esto es discutible, pues el empeño en volver el lenguaje á un tipo histórico pasado las haría pronto artificiosas y forzadas. Pero desde luego perderían en la composición novelesca. La novela moderna está más madura, más hecha. Entonces se hallaba empezando. El género ha progresado. Tiene un campo infinitamente más amplio, más hondura psicológica y social, una variedad de procedimientos desconocida en sus orígenes. Forzosamente las obras en que se intenta reproducir aquellos modelos literarios ó engendrar algo parecido á ellos toman un sabor erudito que las hace más propias para interesar á los literatos que para atraer y arrastrar al gran público.

Otro de los novelistas de 1907 es D. Alberto Insúa. Ha empezado una serie de novelas titulada *Historia de un escéptico*. *En tierra de santos* es el primer volumen. Antes había publi-

cado un libro de crítica é impresiones de viaje llamado *Don Quijote en los Alpes*, del cual se destaca un buen estudio acerca de Amiel. *En tierra de santos* es una novela de bastante complejidad. La pintura de una ciudad como Avila, donde vive todavía intensamente el pasado, la gran figura de la doctora mística y fundadora militante, sirven de marco y de aderezo al estudio de un carácter de los que más atraen ahora la atención de novelistas, psicólogos y sociólogos, del carácter de moda, en una palabra. Se trata de un abúlico, de un enfermo de la voluntad, de un descontento de la vida sin motivo para estarlo, de un hombre, en fin, indeciso, blando, incapaz para la acción, que Alberto Insúa se propone, según creo, transformar en los sucesivos volúmenes, haciéndole adquirir el nervio y la energía que le faltan. Yo no sé, y quizás es cosa difícil de averiguar, si tales caracteres son fruto de los actuales tiempos ó antes los había también, con la diferencia de que no se hacía caso de ellos, por haber menos afición al análisis minucioso de las almas y atenderse más á los hechos exteriores. En una época de acción que se cuide poco de motivos y de psicologías, caracteres tales tienen que pasar inadvertidos ó parecer poco interesantes. Lo contrario ocurre en épocas como la presente, que si bien es activa como la que más, tiene un excedente espiritual que vuelve al punto de partida y se ocupa en curiosear en las almas. Nuestro desgano de la vida, nacido de la falta de fe en grandes fines trascendentes, que son lo que hace olvidarse al hombre del dolor y del tedio de la existencia, se complace en esos caracteres y hasta les presta cierto aristocratismo enfermizo, tal vez porque vemos en ellos, retratado con claridad y exagerado con agudeza morbosa el sordo mal-estar que todos sentimos.

La presentación de este carácter es lo principal en la novela del Sr. Insúa. La pintura del medio: monumentos, costumbres, escenas de vida provinciana, no tiene nada de particular, aunque esa pintura esté hecha con facilidad y alcance á veces intensas representaciones. Menos importante es toda-

vía la ojeada psicológica á la gran figura de la Santa de Avila. En esto se ha querido ver novedad; pero aparte de ser meramente episódico, todo lo episódico y secundario que se puede ser en una novela, no hace más que reproducir la interpretación naturalista del místico y de sus arrobos y éxtasis. Tampoco la fábula novelesca ofrece escenas de gran relieve. El interés de *En tierra de santos* es, en resumen, psicológico. Consiste en el carácter del protagonista, un señor que no se digna tener voluntad ni para declararse á su novia, carácter puesto hábilmente en contraste con el de otro personaje que es la encarnación de la vulgaridad alegre y satisfecha, del verdadero sentido común, que entiende la vida prácticamente y saca de ella el partido posible. Como ahora no se estila tener escuderos, este personaje de la estirpe de Sancho es secretario particular del abúlico D. Alfredo, protagonista de la novela, el cual, hay que confesarlo, es un Quijote venido muy á menos.

Muy otra es la índole de la novela *Dominadoras*, de don Rafael López de Haro, novelista hasta ahora poco conocido, aunque no es éste su primer libro. Es una novela de costumbres, de tendencia social (hay más asuntos sociales que la lucha entre el capital y el trabajo, aunque ésta por su preponderancia monopolice esa calificación). La psicología de los personajes no es muy complicada ni de gran hondura, si bien ofrece variedad de sujetos y observaciones y alcanza una expresión vigorosa. Es ésta una novela en que hay mucha gente, muchos caracteres que solicitan la atención del lector y una acción dramática y movida. *Las dominadoras* son las mujeres, tiranas del hombre al amparo de la supuesta esclavitud femenina, en que el verdadero esclavo es el que aparentemente lleva los pantalones. El Sr. López de Haro pinta con seguro é intenso colorido varios casos de la conocida dominación que ejerce la mujer sobre el hombre. Mujeres enamoradas, mujeres calculadoras, frívolas y egoístas, todas son fatales en la novela al hombre á quien las unió el destino, que hoy, como en los tiempos del Hado trágico, se complace en jugar muy ma-

las pasadas á los mortales. *Dominadoras* es un libro de ejemplos para novios, maridos y amantes, ejemplos que, naturalmente, no se aprovechan, pues para los moralistas se ha dicho principalmente lo de predicar en desierto. El alcance social de esta novela consiste en plantear el problema de la educación de la mujer, mostrando cómo al hacer de ellas muñecas de placer y de lujo fabrica la sociedad unos monstruos muy agradables, unas encantadoras harpías que atormentan al hombre y le hacen pagar muy cara su aparente superioridad social. No estoy muy lejos de creer que los beneficios de la emancipación femenina serán principalmente para los varones. Pero, créase lo que se quiera, hay que reconocer que el asunto de la novela del Sr. López de Haro es muy interesante y está tratado muy á la moderna. El autor ha sabido revestirlo de artística forma. A veces sus descripciones tienen un colorido artificial y violento, en que se advierte el esfuerzo por conseguir una representación intensa, dando brochazo sobre brochazo; pero la habilidad con que están enlazadas las varias acciones paralelas de que se compone la novela acusa una feliz disposición para cultivar este género.

Plotino Cuevas á la legua se ve que es seudónimo. Encubre el nombre de un escritor que ha hecho sus pruebas como poeta y como cronista. Su novela *Tinieblas en las cumbres: historias de libertinaje* es la primera del autor, y está escrita con una soltura y un desembarazo que prometen mucho. Pertenecen á un género atrevido, á la novela lupanaria, que tiene larga y antigua ascendencia en los diálogos y cuentos de cortesanas, fábulas milesias, y después en un enjambre de novelas, propiamente tales, que pululan en torno al Renacimiento y se propagan hasta la actualidad, perdiendo en importancia. Aunque no en el asunto, la novela lupanaria moderna se distingue mucho de la antigua. Es el espíritu lo que las diferencia. Eran las antiguas historias placenteras y regocijadas. Las modernas, en el fondo, son tristes, aunque lo cómico y lo erótico las den á menudo otra apariencia. Si fueran francamente

alegres se irían ellas solas á la casa llana de lo pornográfico. La novela del Sr. Plotino Cuevas es de un realismo sobrio, que recuerda á veces *La Maison Tellier*, de Guy de Maupassant. Es un libro objetivo, donde el autor se eclipsa; una novela construída con arreglo al patrón del realismo moderno, que pide que la novela sea representativa, dramática, y no narrativa, que presente y ponga en acción personajes y sucesos, pidiendo prestado á la imaginación el escenario, ya que el novelista no lo tiene á su disposición como el dramaturgo. Creo que esta forma predominante en la novela moderna es algo definitivo en el género, y figura entre lo mejor de la herencia del naturalismo, muerto como doctrina, pero no como procedimiento artístico. Lo que en el naturalismo ha pasado han sido sus pretensiones filosóficas, entre ellas la de aplicar métodos científicos á la novela. Volviendo á *Tinieblas en las cumbres*, debo añadir que, además de ofrecer una intensa representación de la vida (que en este caso es la mala vida), tiene algunas páginas de delicada poesía. La idealidad, que revolotea por todas partes, también ha rozado con sus alas las escabrosas escenas y los personajes (algunos, no todos) acomodados á tales escenas, de que nos habla el Sr. Plotino.

Entre los novelistas nuevos merecen también ser incluídos D. José Francés, autor de *Guignol, Teatro para leer*, y D. Federico García Sanchiz, autor de *Las siestas del Cañaverál*, aunque ninguno de estos libros sea una extensa novela, sino una colección de piezas literarias de breve ó mediana extensión. *Guignol* pertenece á ese género mixto de novela y teatro, que resulta de extremar la forma dramática en la novela. De las dos naturalezas de que participan tales obras, la que suele prevalecer es la novelesca. Hay, en caso de duda, un criterio claro para discernir la índole ó naturaleza preponderante, y es ver si la obra se presta más á la representación escénica ó mejor á la lectura. El libro del Sr. Francés, á mi parecer, tiene más parentesco con la novela que con el teatro. Está escrito en muy esmerado y pulcro estilo, y es á ratos simbolista y á

ratos psicológico y sentimental. Hay más delicadeza y finura en sus páginas que fuerza creadora.

En *Las siestas del Cañaveral*, obra también de estilo, hay una vaga fábula simbolista, de un simbolismo nebuloso, que está en *devenir*, sin llegar á ser claramente cosa ninguna, y hay un intenso bosquejo novelesco, titulado *Yermo*, que tiene hondura psicológica y fuerza descriptiva. Aunque algo amanerado, el Sr. García Sanchiz se anuncia como un buen escritor, y parece apuntar en él un novelista, si hemos de juzgar por *Yermo*.

*
* *

Mencionados á la ligera estos libros, añadiré, por vía de epílogo y de consecuencia, algunas palabras acerca de los rasgos generales que en ellos se observan. Ocioso sería advertir que de media docena de autores no se puede inducir con seguridad una tendencia literaria. Creo, sin embargo, que los escritores que he citado no son casos aislados. En casi todos se advierte una tendencia formalista: el afán de hacer literatura pulida y bella, la preocupación del estilo. También se nota afición á sutileza psicológica, á caracteres excepcionales. Pompeyo Gener llamaría quizás á estas cosas retoricismo y aristocraticismo. El caso es que estos nuevos literatos parecen más inclinados á hacer un arte selecto que un arte de vasta resonancia social. Quizás el miedo á la vulgaridad les retrae de lo segundo. Pero la plaza pública vale, en resumidas cuentas, más que la torre de marfil. Un arte que no es capaz de conquistar á las multitudes tendrá siempre algo de frágil, de vano, de superfluo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—COSTUMBRES: Proteo-reclamo.—CRIMINOLOGÍA: La celda de Ferrer.—HISTORIA: Cómo se comía en otro tiempo.—CUESTIONES SOCIALES: La crisis del matrimonio.—CRÍTICA: El Padrenuestro.—Otra vez *acusar*.—IMPRESIONES Y NOTAS: La psicología del dolor.—El corazón industrializado.—La inutilidad de escribir.—Los premios literarios.

COSTUMBRES

PROTEO-RECLAMO.—Según Emilio Faguet dice en la *Revue hebdomadaire*, el Proteo moderno es el reclamo. Proteo revestía mil formas, tenía el dón de profecía, y asediado por todos para que les revelara el porvenir, se transformaba en animal, en planta, en arroyo, en piedra, en fuego, para que le dejaran en paz. El reclamo tiene que disfrazarse también de mil maneras, pero es para despertar la curiosidad, para imponer atención, para hacer caer en sus redes á la gente.

El proteísmo es condición de vida para el reclamo; por lo menos así lo cree él mismo, aunque Faguet duda de la eficacia del procedimiento, pensando que el mejor reclamo consiste en repetir siempre la misma cosa del mismo modo; el hombre que ha encontrado la fórmula «el mejor chocolate es el mío», y firma después con su nombre, y pone cien y cien veces esta línea á la vista del lector, está más en consonancia con la esencia psicológica del reclamo que el que se devana los sesos para inventar cada día una fórmula llamativa y sugestiva. El *gutta cavat lapidem* ha sido, es y será siempre el

más eficaz procedimiento; la gota de agua-reclamo tiene singularísima virtud.

Los reclamistas, sin embargo—algún nombre hay que dar á los autores y á los pagadores de reclamos,—creen en la influencia de la ingeniosidad, y quizá no se equivoquen. Lo cierto es que hay muchos que se ingenian en inventar fórmulas para llamar la atención del público, apelando á todos los recursos. A veces el reclamo aparece en forma de disertación, de artículo político ó filosófico. «Hay en la vida de los pueblos, como en la de los individuos, momentos críticos en que sólo una resolución enérgica puede conjurar los peligros, eliminar los obstáculos, allanar las dificultades y dirigir en línea recta á la salvación. ¿No se ha visto, por ejemplo (tal y tal, quince líneas de ejemplos históricos retumbantes y bien escogidos)? Del mismo modo, es preciso que todo ciudadano consciente de sus deberes y resuelto á ejercitar sus derechos, se presente en la sombrerería de Tal y compre un sombrero de 7,50 pesetas.»

Otras veces el reclamo adopta la forma anecdótica. «Sir Oliver Brown se había embarcado el 18 de Noviembre último en Liverpool para Australia; el porvenir se le presentaba brillante; el negocio que iba á emprender era seguro; su excelente espíritu práctico le garantizaba un éxito colosal. Miss Jane, á quien había conocido en uno de sus viajes anteriores, lo llamaba con sus deseos, y mi querido Oliver, si podemos permitirnos este giro elíptico, miraba el mañana sonriéndole como á un amigo, según dice el gran poeta persa Ferducy, que otros llaman impropriamente Firducy. Sobrevino una tempestad, que fué horrible y que duró siete días y medio para todo el mundo, y cuatro días solamente para la *Gacela*, el buque que transportaba á Oliver Brown, pues al fin del cuarto día quedó estrellado entre los escollos de una isla desconocida. Sólo Brown se salvó por milagro. ¿Puede decirse salvado? Cayó en medio de un pueblo salvaje y bárbaro, que vió en él un aguinardo y se preparó á comérselo, según las costumbres del país.

El sacrificio estaba dispuesto para el día siguiente al rayar el sol. Oliver se preparó virilmente para la muerte pensando en Dios y en miss Jane. También tuvo un recuerdo para la vieja Inglaterra. A la aurora, le arrastraron y le ataron al árbol consagrado. Se levantó la cuchilla para segarle la cabeza, cuando de pronto los salvajes lanzaron un gran grito y se prosternaron ante Oliver Brown. ¿Por qué? ¿Qué había pasado? Porque en los zapatos de Oliver habían visto reflejarse en dos imágenes paralelas, y con todo su brillo, al sol, que es su dios. ¿Y por qué, á pesar del agua del mar, se reflejaba el sol de un modo deslumbrador en los zapatos de Oliver? Porque hacía uso del betún Popptetton y Compañía, Regent Street, 278.»

Hay ocasiones en que el reclamo monta en el Pegaso y se pone bajo la protección de las musas.

¿Quién, con una peseta en el bolsillo,
 por un simple catarro se acobarda?
 Eso es como vivir en un castillo
 y asustarse por una nube parda;
 pues nada más sencillo
 que hacer de una peseta cuatro reales
 y gastar la mitad en la estupenda
 invención del doctor Tragachinarros,
 terror de los microbios catarrales,
 que se halla en cualquier tienda:
 el Destripacatarros.

En otras se transforma en coloquio, lo cual era frecuentísimo en las calles de Nueva York. Dos personas se encuentran en la calle.

«—¿Me hace usted el favor de fuego?

—Tenga usted.

—¿No tendría usted necesidad de un excelente paletot?

—No, señor.

—Es sensible. Si lo hubiera usted necesitado le hubiera indicado á Beretton, 276, 3.^a avenida.

—¡Vaya usted al diablo!»

Y se iba; pero al cabo de veinte tropezones por el estilo, si necesitaba uno un paletot, se le venía á la memoria el nombre de Beretton sin poderlo remediar.

Hay también el reclamo en forma de reclamación ó de protesta. Faguet recibe con frecuencia, según dice, cartas de este corte: «Caballero: ¿cómo puede usted haber omitido, entre las actrices que trabajan en tal ó cual obra, á la señorita Nelly Cruchat? Es lo mismo que si al dar cuenta de los artículos de cocina omitiera usted la casa Pafourdeau, Villaviciosa, 27». «Caballero: ¿cómo puede usted servirse de la expresión *invektivar á alguien?* Es lo mismo que si usted dijese *ormario*; los armarios mejores y más hermosos del mundo se encuentran, por lo demás, en casa de Benito Benitín, calle de Caton-de-Utica, 140».

Muy alabado ha sido el reclamo que en otro tiempo publicó el *Sun*: «Tengo el honor de participar á mis amigos y conocidos que la muerte me ha arrebatado á mi querida esposa en el preciso momento en que me daba un hijo, para el que busco una nodriza mientras encuentre una nueva compañera joven, linda y que posea 20.000 duros, para ayudarme en mi comercio de ropa blanca, que voy á liquidar por una venta á cualquier precio antes de trasladarlo á la casa que he hecho construir en el número 174 de la 12.^a avenida, y donde tengo para alquilar magníficas habitaciones». Faguet dice que este reclamo no merece su admiración por ser demasiado complejo y encerrar cinco reclamos en uno: la petición de una nodriza, de una esposa, de compradores en una casa, de compradores en otra y de inquilinos en la misma; esa acumulación recarga la memoria y lo embarulla todo.

Ha y también el reclamo-gacetilla: «Un día se vió en Australia á una mujer desmelenada salir precipitadamente de una casa y revolcarse aullando en medio de una calle frecuentada; dos árabes la seguían de cerca. Uno, puñal en mano, se esforzaba por alcanzarla; otro sujetaba al asesino y protegía á la desgraciada. La multitud se agolpaba. Un cuarto perso-

naje, muy correcto, anunciaba á la población que aquella misma noche se leería en tal periódico la continuación de aquella aventura trágica y africana.

—Has hecho bien en venir—le dijo uno,—porque si tardas un minuto tu reclamista queda linchado.

—Estaba previsto; el linchamiento entra en los gastos generales; por otra parte, sería un reclamo magnífico.»

Se usa también el reclamo-duelo. En varias ocasiones se han batido algunos autores para dar resonancia á una discusión sobre la prioridad de un asunto ó sobre la comisión de un supuesto plagio. En general no suelen estar en connivencia. Sólo á uno de ellos es á quien se le ocurre apelar á ese recurso para proporcionarse notoriedad, y el otro, asombrado de la animosidad inexplicable de su colega, es un compadre involuntario que hace, sin saberlo, el juego del contrincante.

Nada sin embargo iguala al éxito del reclamo por conversación mundana. Ese caballero que, en medio de una tertulia, encuentra ocasión para deslizar el elogio de tal novelista, de tal dramaturgo, de tal constructor de coches ó de automóviles; esa dama que suelta al descuido el nombre de tal modista, ó de tal sastre, todavía poco conocido, que «viste por nada»; ese caballero ó esa señora que en las conversaciones íntimas hacen el elogio de tal ó cual remedio—«soberano, querida»,—son admirables reclamistas, á veces gratuitos y espontáneos, frecuentemente pagados, y muy caro, pues ese género de bombos exige grandísima habilidad para que no se descubra. A una de esas señoras no pudo menos de decirle una amiga:

—Pero, hija, usted tiene entonces todas las enfermedades. Ella no perdió la cabeza:

—Las he tenido todas, en efecto, y ya no tengo ninguna; lo que prueba que los remedios que recomiendo, impulsada por la gratitud, son realmente infalibles.

Estamos viviendo en plena atmósfera de reclamo. El reclamo nos rodea, nos asedia, nos persigue por todas partes: en los periódicos, en las calles, en los teatros, en los cafés, en las

tertulias, en las novelas. Nadie puede estar seguro de no haber sido víctima del reclamo ni aun de no haberse convertido alguna vez en reclamista.

CRIMINOLOGÍA

LA CELDA DE FERRER. — En forma de carta á César Lombroso publica D. Rafael Salillas en la *Revista Penitenciaria* un curiosísimo y bien documentado artículo acerca de la celda ocupada por Francisco Ferrer, «il nuovo martire del libero pensiero e della libertà humana», como le llama el mismo Lombroso, y como repiten la ignorancia ó la mala fe internacional que forjan leyendas á costa de España, imaginándose que este pueblo, el más democrático del mundo, sigue siendo lo que fué bajo los últimos Austrias. Del estudio de Lombroso, acompañado de sendas fototipias de todas las paredes de la celda, resulta que el tal mártir era sencillamente, y seguirá siendo, un fanático sectario, y que el libre pensamiento y la libertad humana no eran precisamente las Dulcineas del que nos quieren algunos presentar como nuevo caballero andante de esos grandes ideales de la humanidad. Como Salillas no es sospechoso, ni yo tampoco, de clericalismo, su artículo tiene toda la autoridad que le da la competencia que todos reconocemos en materia criminológica al ilustre discípulo de Lombroso.

Ferrer, el director de la Escuela Moderna de Barcelona, el amigo del regicida Morral, ha ocupado sus ocios de encarcelado en llenar de recortes de periódicos y de inscripciones en prosa y verso las paredes de su celda. Hasta ese punto ha llegado su martirio. Las paredes, según un proverbio italiano recogido por Lombroso en *L'uomo delinquente*, son los papeles de los locos. En eso se ha entretenido el mártir, tomado por Colajanni y por todos los radicales como «un símbolo, una bandera», con lo que, en resumidas cuentas, vienen á dar la razón á Mosso cuando critica á los materialistas por no hacer otra cosa que abatir un dogma para elevar otro, cambiando

simplemente los ídolos, pero siendo tan idólatras y tan fetichistas como antes, y convirtiendo en dioses, ó por lo menos en santos, á los Ferrer, ni más ni menos que los salvajes truecan en ídolo á cualquier madero labrado.

El fundador de la Escuela Moderna, según Salillas, es un manchaparedes como el preso más vulgar, y estas manifestaciones de puerilidad para unos y de cretinismo para otros, no tienen, como pudiera creerse, la disculpa de que Ferrer estuviera privado de medios para consignar sus pensamientos, pues nadie le ha privado de escribir, y durante su prisión ha mantenido abundante y no estorbada correspondencia nacional é internacional. Al principio se dedicó á la *pictografía trasplantada*, adornando las paredes con recortes de caricaturas anticlericales y antimilitaristas, tomadas de *L'Asino*, *Les Corbeaux*, *Les Temps Nouveaux*, *L'Action* y *El Diluvio*. La sección palimpséstica de la celda es del último mes de su estancia en la prisión, y Salillas se inclina á creer que el recluso sintió la necesidad de exteriorizarse de ese modo, porque sintió el vértigo de las alturas viendo encumbrada su obscurecida personalidad á las cimas de un símbolo y una bandera para reñir «la gran batalla por la libertad y la civilización»; las exageraciones de quienes así sacaron de quicio las cosas haciendo del ignorado Ferrer un personaje de reputación mundial, no es extraño que produjeran desvanecimientos de vanidad y pomposas exteriorizaciones de amor propio.

La celda 17, de pago, es casi doble que una celda ordinaria. Sus cuatro paredes están llenas de recortes, de pegotes y de inscripciones. En la pared frontera á la entrada, el centro, entre ventanas, está ocupado por recortes de caricaturas del Papa, de curas, frailes y militares; luego, debajo de una ventana, hay tres inscripciones en prosa, y debajo de la otra una dividida en estrofas. Dicen así:

1.^a «Mientras exista un Cuerpo de Penales y Cárceles—donde prestar su servicio, no podrá titularse—civilizada la nación que los ampare.»

E. M.—*Febrero 1908.*

2.^a «Si desde el recluso pasamos á los carceleros que lo guardan, á los jueces que lo condenaron, á los civiles que lo llevaron preso,—á la policía que lo detuvo, á las personas que hayan podido denunciarle y á lo que se llama sociedad en general, y estudiamos — la conciencia de cada cual, hallaremos que todas las personas que tengan realmente conciencia de sus actos, si persona — hay en el mundo que la tenga, será la del recluso, será la conciencia del recluso la que tal vez sea la más tranquila.»

3.^a «Todos, absolutamente todos, tenemos una parte — de responsabilidad en cada delito ó crimen que se comete, — y entre todos la tenemos muchísimo más grande que la del delincuente.»

DOCTRINA RACIONALISTA

4.^a «No esperes nada de los otros
por bellas cosas que te ofrezcan ciertos sabios y los poderosos,
porque si dan, también esclavizan.

De esclavizado es tu vivir
si de los demás recibes favor,
pues te será continuo el sufrir
mientras no seas tu propio motor.

Buscar el acuerdo de los hombres
en el amor y fraternidad,
sin distinción de sexos ni clases,
es la gran labor de humanidad.

A ella nos dedicamos todos
en las escuelas racionalistas,
instruyendo á nuestros alumnos
sólo con verdades científicas.

Las mismas verdades comprobadas
por la experiencia é historia
dan á las clases desheredadas
el buen camino de su victoria;
y sin poder verse defraudadas
les damos otra verdad notoria:

los obreros se emanciparán
cuando de su fuerza convencidos,
ellos mismos se la dirigirán
sin contar jamás con elegidos.»

La segunda pared, que corresponde al corredor de la galería, tiene otros recortes caricaturescos de periódicos satíricos, y sólo una inscripción, que dice así:

UN PENSAMIENTO

«Si los hombres fuesen razonables
no permitirían las injusticias
contra sí ni á sus semejantes,
ni tampoco querrían producirlas.»

La tercera pared, medianera con la celda 16, tiene adosada y fija la mesa; es la más abundante en pegotes de caricaturas, y en lo alto se lee la inscripción siguiente:

UN CONSEJO

«No más dioses ni explotadores
sean adorados ni servidos;
vivamos todos entre amores
de compañeros correspondidos.»

La cuarta pared es la que tiene adosada en el centro la cama; encima había unos retratos íntimos, que se llevó el preso cuando recobró la libertad, y allí han quedado las tres inscripciones siguientes:

EN ACCIÓN

- 1.^a «Mi ideal es la enseñanza,
pero racional y científica,
cual la de la Escuela Moderna,
que humaniza y dignifica.»

MI CONSUELO

- 2.^a «Amar con pasión á una mujer,
tener un ideal al que servir,
y ganas de luchar hasta vencer:
¿qué más puedo desear ni pedir?»

COMENTANDO Y OPINANDO

- 3.^a «Desde Quevedo hasta Montjuich, jueces y fiscales muy satirizados y muy justamente execrados nos han sido; pero nunca pude, por lo leído, imaginármelos tales cuales hasta que en la práctica, y sin desearlo, los he conocido. Muy triste es ver famélicas criaturas por doquiera abandonadas; es inhumano el fin que á los ancianos obreros los espera; pero ¿existe algo más bárbaro para las conciencias honradas querer libertad y vida humana, depender de uno cualquiera?
[(cualquier Ternera).»

«Mientras no se cambie el sistema que hasta ahora se practicó tratando á toda costa de evitar los casos penables hoy día por una fraternal organización toda de amor, será injusto cuanto se condene en nombre de una justicia.»

De todas estas inscripciones, unas están en letra muy grande (*Un consejo, Un pensamiento, En acción y Mi consuelo*) y otras en letra pequeña. Según Salillas, Ferrer pretendió varias veces que le retrataran en su celda, y se conoce que quería aparecer en la fotografía rodeado de esas inscripciones para que resaltara mejor su figura y sus ideas. Salillas teme que, conocidas estas inscripciones por Lombroso, baje mucho el concepto en que tiene á Ferrer, si es que no las atribuye á alguna intriga jesuítica para desacreditarle. Pero Salillas afirma que las ha visto, copiado y comprobado por sí mismo, y que responde de su autenticidad, declarando que, como español, le duele el mal concepto en que se nos tiene, y en el que, más que la ponderada reputación de inquisidores, le lastima el

que se nos trate como á imbéciles; por eso se dirige á Colajanni, que había llamado á Ferrer «el filántropo filósofo en quien se quiere castigar todo lo que hay de moderno y progresivo en la sociedad contemporánea», y le dice: «Vea usted la celda, señor Colajanni: ¡he ahí el filósofo! ¿Es eso todo lo que hay de moderno y de progresivo en la sociedad contemporánea? ¡Pobre sociedad!»

Salillas hace después minuciosa clasificación de los palimpsestos celulares de Ferrer, y los analiza científicamente, planteando como consecuencia «el proceso mental de Ferrer». Si Morral no hubiera sido un colaborador de Ferrer en la Escuela Moderna, ni la Escuela ni Ferrer habrían salido de la obscuridad y mediocridad en que estaban; otro influjo reflejo, más eficaz todavía para dar relieve teatral á la figura de Ferrer, es nuestro reflejo histórico, preñado de espeluznantes leyendas. Descartado todo eso, ¿qué es Ferrer? El fundador de una escuela, como los hay por esos mundos á millares, pues unos por ganarse la vida y otros por difundir la ilustración, son muchísimos, por fortuna, los fundadores de escuelas. Pero Ferrer funda una escuela con marcada significación y tendencia. ¿Cuál? ¿La educadora, que es la escuela ideal? No; la exclusivista, la intransigente, la sectaria, reñida por eso mismo con la ciencia y con la educación, é igualándose con las exclusivistas, las intransigentes, las sectarias, creadas por el fanatismo religioso.

Y hay que fijarse bien: que una religión—sea la que quiera—sea exclusivista, y persiga y condene cuanto no esté conforme con sus doctrinas, se comprende perfectamente, pues creyéndose en posesión de la verdad y juzgándose representante de Dios, es natural que tache y condene todo lo que juzga error, y que persiga á cuantos lo propaguen. Pero que se haga lo mismo en nombre del libre pensamiento y del respeto á todas las ideas, eso no tiene explicación posible y revela que no anda bien la cabeza de tales sectarios. Un episodio de la estancia de Ferrer delata hasta dónde llega su intransigencia pueril: estaba á la puerta de su celda, estribado en la barandi-

lla, y descubierto, como siempre, pues así acostumbraba á pasar, cuando sonó la campanilla que avisaba el paso del Viático; Ferrer entró precipitadamente en su celda, se puso la gorra y volvió á salir, para darse el gusto de cometer una irreverencia. La escuela fundada por Ferrer no tiene significación pedagógica: es una escuela de lucha, de partido, destinada á preparar la mentalidad de las nuevas generaciones para determinados fines de reforma social. Es, por consiguiente, una escuela religiosa más, sólo que al revés: su religión es la irreligión; pero tan fanática es la una como las otras.

En la fundación de la Escuela Moderna se advierte el mismo desequilibrio de la mente de Ferrer, donde la simplicidad de las ideas se junta con un radicalismo efectista, que da por resultado ese nuevo fetichismo y esa extraña filantropía de Ferrer; Nakens, en contacto con las miserias de la cárcel, pidió abrigo y limosna para los presos á la marquesa de Squilache, y Ferrer censuró aquel acto, sin pensar en que se puede laborar por cambiar el orden social, sin perjuicio de dar por de pronto de comer al hambriento, que es lo más urgente. Alfredo Capus lo ha dicho: «la civilización es la indulgencia»; y San Juan había dicho también muchos siglos antes: «Amaos los unos á los otros; en ese precepto se encierra toda la felicidad humana». Seamos justos, y no salgamos de un fanatismo para caer en otro. Y pongamos también las cosas en su punto, mostrando al mundo á Ferrer tal como es, y á España tal como es también: para que ni nos calumnien ni se exagere.

HISTORIA

CÓMO SE COMÍA EN OTRO TIEMPO.—Si la sobriedad es una virtud—dice H. de Gallier en *La Revue*,—somos virtuosos, pues hoy comemos muy poco. ¿Es capricho de la moda, debilidad de nuestros estómagos ó superstición de la higiene? Pasaron los tiempos del romanticismo en que los jóvenes miraban como

acto *vil* el de comer, capaz de despoetizar las actitudes de típicos que hacia 1830 constituían lo fino de lo fino de la distinción; hoy las jóvenes más elegantes no se avergüenzan de meter los dientes en un trozo de *rumsteak*, ni los jóvenes se juzgan deshonrados por haber comido un *mutton-chop* ante sus novias. Y, sin embargo, comemos poco, y parecemos todos enfermos sometidos á un régimen sumario de leche, manzanilla y aguas minerales. Nuestros estómagos destrozados son la herencia de nuestros tragones antepasados, que nos han legado como fruto de sus intemperancias el artritisismo, que aflige á las tres cuartas partes de nuestros contemporáneos.

El apetito de nuestros ascendientes era prodigioso. En la comida oficial ofrecida por Lyon á César Borgia no entraban menos de sesenta manjares diferentes; las listas del festín dado en 1329 á Isabel de Baviera y á Felipe el Bueno en 1452 en Lila, constaba de cuatro servicios de 48 platos cada uno, con un total de 192 platos; los asados llegaban á la mesa en carritos de oro y azul; la sala estaba convertida en una especie de teatro, cuya decoración variaba á cada servicio, apareciendo en ciertos momentos piezas inmensas, tales como un viñedo con sus viñadores y sus toneles, pasteles monstruosos que encerraban á los músicos, y otro del que salió una mujer completamente desnuda, representando á Constantinopla, etc.; á eso lo llamaban *entreplatos* (entremets).

Pero viniendo á tiempos más cercanos, y hasta pasado el siglo XVI, en que dejó de tocarse el cuerno para llamar á comer, pero en el que todavía se cogían las carnes con los dedos por ser desconocido el tenedor, lleguemos al siglo XVII, limitándonos á citar de paso la lista de platos del banquete dado por la ciudad de París en 1545 á Catalina de Médicis: pavos reales, faisanes, cisnes, capones, grullas, gallinas, cerdos, pichones, liebres, cabritos, perdices, codornices, abutardas, alcachofas, espárragos y habas. Imagínese la cantidad de líquido que había que absorber para pasar toda esa carne, que no era decorativa, sino que se ponía para que se comiera, siendo la reina

la que daba el ejemplo, pues en la boda de la señorita de Martigues «comió tantas crestas de gallo, que estuvo á punto de reventar», como dice l'Estoile; aun bebiéndose entonces menos que antes, pasaba por muy sobrio el gentilhomme que se echaba entre cuerpo y espalda dos jarras de vino en cada comida.

Hasta 1620, la comida se hacía á las diez de la mañana y la cena á las seis de la tarde; pero Luis XIV empezó por poner la comida á las once, luego á las doce y á la una, y por último, ya de un modo definitivo, á las tres, sirviéndose la cena á las diez ó á las once de la noche. Entonces también desapareció el desorden con que se presentaban los platos, y se estableció el método de las comidas, compuestas por lo menos, en toda mesa decente, de tres servicios: 1.º Sopa (de carne ó de pescado hervido con legumbres), cuatro platitos con manjares diversos y dos *hors-d'œuvres*. 2.º Asado y dos platos de *entremets*. 3.º Frutas y cuatro compotas. Este era el *mínimum* ordinario, lo mismo entre las clases nobles que entre la gente acomodada del pueblo. La mesa debe presentar en cada servicio los platos de que consta, cuya disposición se varía con gusto; el número de manjares es proporcionado al de convidados; según el *Nouveau Cuisinier Royal*, de 1714, para seis ú ocho convidados debe haber 7 platos por servicio; para 10 ó 12 cubiertos, 9 platos; para 30 ó 35 cubiertos, 43 platos.

He aquí, por ejemplo, la lista completa de una comida de 24 cubiertos en tiempos de Luis XIV, en una casa noble, pero no rica. Primer servicio: dos sopas, gran entrada de medio y cuatro entradas medias; dos pequeñas sopas, cuatro entradas en otros cuatro platos y doce platitos de *hors-d'œuvres* (chorizos, salchichas, costilletas, morcillas, etc.). 2.º servicio: gran asado en el plato del medio y en otros dos platos; asado mediano en cuatro platos medianos; dos platos de pequeños asados y doce platitos de *hors-d'œuvres*. 3.º Jamón asado y pastel de caza en medio de la mesa; entreplatos fríos (pies y orejas de cerdo); entreplatos calientes (cardos, alcachofas, coles, huevos fritos); doce platitos de guisados calientes. 4.º Tres

grandes platos de frutas frescas, cuatro platos de frutas secas, cuatro compotas y doce platitos de golosinas.

Esto es lo corriente. En casos especiales, los servicios están más recargados; en la boda de la señorita de Blois con el príncipe de Conti, la comida se compuso de 480 manjares diferentes. Esto nos parece fantástico; pero á los contemporáneos les parecería sencillo, pues era gente de buen diente, aunque no llegaron todos á la exageración del duque de Vendome, que se alababa de comer de un tirón en una sola comida con Chau-lieu mil doscientas sardinas. El rey-sol daba el ejemplo, pues estando enfermo y á dieta, su comida constaba de cortezas tostadas, sopa y tres pollos. La comida representaba el gasto principal: los gastos de una familia noble en 1672 ascienden á 23.760 francos para la mesa de los amos y 13.000 para la servidumbre: 36.760 francos, que hoy equivaldrían á 20.000 duros por lo menos; un artesano acomodado no invertía en comer menos de 2.500 francos.

Luis XV siguió la tradición, pero era más delicado; su comida constaba de 21 platos de carnes y uno de legumbres, y su cena de 18 platos de carne; es más exigente, y quiere que la caza esté cocida á punto, y que las cerezas se le den peladas y espolvoreadas de azúcar; una de las lindas jóvenes de que se complacía en rodearse era la encargada de prepararle aquella golosina; Luis XVI tiene también magnífico apetito; se despierta á las seis y pide el desayuno, comiéndose cuatro costilletas, un pollo, un par de huevos con salsa, una lonja de jamón, rociado todo con botella y media de Champagne; se viste, sale de caza, y vuelve con un apetito formidable; ni siquiera lo perdió durante su proceso, pues al regresar al Templo, ya condenado á muerte, se comió seis costilletas, un pollo, un par de huevos con vino blanco y vino moscatel. En cambio María Antonieta, fuera de su café con leche, apenas comía, y sólo bebía agua.

No eran desconocidos ciertos refinamientos, como los de servir el vino templado en invierno y frío en verano, para lo

que las grandes casas tenían neveras especiales; pero lo que choca es lo poco que figuran las legumbres en aquellas comidas, casi todas de carne. De ahí que la jalapa y las sangrías fueran cosa corriente para llevar la tranquilidad á aquellos estómagos. De las especias no se abusaba tanto como dos siglos antes, pero seguía la manía de perfumar los manjares, y sobre todo los guisados con iris, agua de rosa y ámbar; los capones se engordaban con grajeas, y los huevos fritos se rociaban con aguas de olor.

En el siglo XVIII todo el mundo es glotón. El príncipe de Soubise come con frecuencia una tortilla inventada por Marin para Luis XV, y que se compone de crestas de gallos y huevas de carpas; cada tortilla le sale por 300 francos. Un tal Verdelet compra 3.000 carpas para hacerse un plato con sus lenguas, lo que le cuesta 1.300 francos; *et sic de cæteris*. Todos, el rey, los filósofos, los sabios, Helvecio, Buffon, Riche-lieu, Montesquieu, todos son glotones y escogidos, y frecuentan las casas que tienen fama de dar bien de comer, como la del cardenal de Rohan, el hombre hospitalario por excelencia. Su intendente se le quejaba un día de que los convidados le estropeaban los muebles.

—¡Ay, cura, cura!—exclamaba el cardenal,—se limpiarán los muebles, se comprarán nuevos, si es preciso; pero dejad plena libertad á nuestros huéspedes, si no queréis hacer de esto un desierto.

Un día que tenía lleno de gente el palacio llegaron todavía por la noche, al mismo tiempo, una dama y un joven oficial; el aposentador fué á decir al cardenal que no había dónde alojar aquella señora.

—Callaos—dijo el cardenal;—sois un tonto. ¿Están llenos los cuartos de baños?

—No, monseñor.

—¿No hay allí dos camas?

—Sí, monseñor; pero están en la misma habitación en que está ya ese oficial.

—Pues bueno, ¿no han venido al mismo tiempo esa señora y ese oficial? Pues que los pongan juntos; las gentes apocadas como usted lo ven siempre todo mal; pero ya verá usted cómo se arreglan perfectamente; no hay más que hablar.

Y así se alojaron, y no debieron pasarlo mal, porque no se quejaron al día siguiente.

Si esto pasaba en Saverne, en Chanteloup era todavía más amplia y magnífica la hospitalidad de los duques de Choiseul. Nunca se sabía allí cuántos se pondrían á la mesa; momentos antes, el mayordomo recorría los salones, contaba, y poco después estaba la mesa puesta para 60, 80, 100 personas, como por encanto; el despilfarro era enorme, pero el duque no hacía caso, y la duquesa no se preocupaba de ello, aunque personalmente era muy sobria; pero era el gusto del duque, y no quería contrariarle, y cuando llegó el caso, vendió todos sus bienes para hacer frente á tales dispendios.

Y no se crea que eran sólo la Corte y los grandes señores los que hacían estos derroches en la mesa: en Lyon había una señora Piozzi, del comercio de la plaza, que tenía ordinariamente 30 platos para comer y 24 para cenar; en una comida de artesanos en Boulogne se sirvieron en 1763 20 platos perfectamente aderezados, y entonces se citaba como comida frugal la compuesta del modo que sigue: «Sopa á la aldeana con lechuga, cebolletas y acederas; cocido, rábanos, costilleta, pollo asado, ensalada, torta de pichones, torta de bartolillos, guisantes, queso con crema, bollos, confituras, bombones y albaricoques secos». En un festín dado en su finca, cerca de Lyon, por un tal Verpilliere, figuran cien convidados, y se consumen doce carneros, una ternera, cien libras de vaca, cincuenta gallinas, etc. La cantidad de manjares, según el presidente de Brosses, debe ser siempre proporcionada al triple de lo que se necesita para los convidados, y lo mismo opina el famoso Piron.

Estaba ya lejos el tiempo en que se comía con los dedos; las mesas se ponían con todo lujo de cucharas, tenedores y cu-

chillos de plata, y se adornaban con centros magníficos de plata y oro y con estatuitas y grupos de pasta de almidón ó de porcelana. En algún tiempo la moda fué cubrirlas con dibujos y paisajes por medio de arenillas de colores, decorado que costaba de 40 á 60 francos; pero como la arena se movía al menor soplo, resultaba molesto, y la moda duró poco.

La Revolución pretendió acabar con todos los lujos de la mesa; pero no se crea que los prohombres de la Revolución, entusiastas teóricos de la sobriedad espartana, se contentaban con caldo negro. Saint-Just, que se las echaba de austero, vivía elegantemente y se complacía en los placeres de la mesa; Chaumette y Cambon distaban mucho de ser ascetas, y el íntegro Robespierre mismo no hacía ascos, aunque no fuera un glotón, á la buena mesa de su amiga la Sainte-Amaranthe, sin perjuicio de enviarla á la guillotina al día siguiente. Danton y Camilo Desmoulins eran unos tragones, y los girondinos eran agriamente criticados por el *Père Duchesne* por sus refinamientos en las comidas, asegurando que «no podían ser buenos republicanos» los que comieran bien. Pasado el primer hervor revolucionario, el Directorio y los increíbles no tardaron en cambiar el aspecto de las cosas, y entonces vino aquel período de reacción en que parecía que todos tuvieran prisa por gozar y por vivir; entonces se fundan multitud de *restaurants* famosos, y los placeres de la mesa reaparecen en todo su esplendor y más refinados que nunca, hasta que la sobriedad de Napoleón hizo olvidar las orgías del Directorio.

Talleyrand, el astuto diplomático, es el que resucitó la tradición de las comidas fastuosas, imprimiéndolas el sello de la etiqueta y de la elegancia, y convirtiéndolas en arma política de primer orden. «Más necesidad tengo de cacerolas que de instrucciones escritas», decía á Luis XVIII con motivo del Congreso de Viena. Ninguno como él sabía emplear esa corte-sía jerarquizada que á todo se extendía y aplicaba con matices delicadísimos para diferenciar las categorías sociales: —Príncipe, ¿tendré el honor de enviar á V. A. unas alcacho-

fas?—Señor marqués, concédame el honor de ofrecerle alcachofas.—Señor conde, ¿tendré el placer de servirle alcachofas?—Señor barón, ¿quiere usted alcachofas?—Caballero, ¿alcachofas?

La Restauración restableció por completo el honroso puesto que en la vida ocupa la necesidad de comer, pues los Borbones han gozado de excelente apetito, y la Monarquía burguesa de Luis Felipe siguió comiendo bien, aunque con menos finura. En la época del romanticismo la juventud hacía melindres, pero eso no rezaba más que con los solteros y solteras; una vez casados, se acababa el romanticismo, y se procuraba recuperar el tiempo perdido, aunque no siempre se conseguía, pues los ayunos y los vinagres habían dejado los estómagos sin fuerzas, y era difícil restaurar aquellas ruinas. El segundo Imperio gozó también fama de glotón y goloso, y de aquella generación de buen diente procede directamente la nuestra, sujeta al régimen de leche y de aguas minerales.

Gallier dice que si los hombres de talento no son todos gastrónomos, los gastrónomos son casi siempre gentes de talento. Ingenioso era hasta el mismo ventrudo Luis XVIII cuando preguntaba á uno de sus convidados, el conde C..., si le gustaban las judías verdes, y oyendo esta tonta respuesta: «Señor, yo no me fijo nunca en lo que como», replicó con viveza: «Hace usted mal, caballero, pues debe siempre prestarse atención á lo que se come y á lo que se dice».

CUESTIONES SOCIALES

LA CRISIS DEL MATRIMONIO.—La institución matrimonial está pasando un mal cuarto de hora, como dice Enrique Aubépin en *La Grande Revue*. No es el primero, ciertamente. El remedio del divorcio, al que se acudió con la esperanza de mejorar la institución, está dando malísimos resultados: ni disminuyen los asesinatos, ni menos los maridos desgraciados ni las muje-

res desesperadas, sino al contrario, como era de prever para quienes no se hicieran ilusiones y conocieran á fondo el alma humana: al facilitar la salida, el divorcio ha hecho más intolerable la estancia en la jaula.

En vista del fracaso del divorcio, se buscan medios para mejorar las condiciones del matrimonio, ya corrigiendo las costumbres, ya modificando las leyes. León Blum pretende reformar la institución por las costumbres, y al efecto ha publicado un libro, *Le Mariage*, que no ha dejado de hacer ruido. Estudiando multitud de casos, y viendo que la dicha en el matrimonio es cosa difícil y fortuita, Blum opina que debe conservarse la institución, pero modificando el uso que de ella se hace.

Debiendo ser todo armonía en el matrimonio, casi todo es desacuerdo. Empezando por lo material, en lugar de unir dos seres intactos, nuevos, vírgenes, el matrimonio enlaza hoy á un hombre más ó menos gastado, pero instruído siempre en las realidades del amor, con una mujer que las ignora, y que, so pena de deshonra, debe ignorarlas; esta diferencia tiene consecuencias incalculables, y engendra todos los demás desacuerdos. Ya Tolstoi, en su *Sonata de Kreutzer*, había hecho atribuir por su protagonista el fracaso de su dicha conyugal á la *existencia de cochino* en que se había revuelto antes de su casamiento, afirmando que para ser felices es preciso que el hombre y la mujer lleguen en estado de pureza al matrimonio. Blum coincide en el diagnóstico, pero su terapéutica es otra. Tolstoi dice: «Que los hombres sean puros»; y Blum contesta: «Que la mujer sepa lo que el hombre». El uno quiere unir dos cuerpos vírgenes, y el otro casar dos seres experimentados.

La monogamia, según Blum, no corresponde sino á un estado secundario del corazón y de los sentidos; el hombre es esencialmente polígamo, y el matrimonio es la monogamia codificada; no puede salir bien el acoplamiento de un sér que ha evolucionado normalmente, como el hombre, con otro sér que

permanece estacionario. Hay, pues, que dar á la mujer la experiencia que necesita antes de casarla para restablecer la armonía.

El asunto es escabroso, pero Blum lo trata con tanta audacia como discreción, saliendo al paso de todas las objeciones y rebatiéndolas, al parecer, con éxito para demostrar su tesis, ilustrando con ejemplos sus teorías. Genoveva y Enriqueta eran dos lindas hermanas que se casaron con dos jóvenes de veinticinco años, Luciano y Jorge, creyendo hacerlo por amor; Genoveva y Luciano, seres apasionados, conocieron en efecto el matrimonio por amor; pero Enriqueta y Jorge, seres pacíficos y tranquilos, montaron su vida sobre un fondo de amistad sólida y confiada, sin conocer la exaltación de la pasión. ¿Qué sucedió? Que el primer matrimonio fué desgraciado y se deshizo, y el segundo sufrió la misma suerte, pero por causas completamente distintas, maravillosamente estudiadas y expuestas por Blum. La causa en definitiva de este fracaso de ambos matrimonios está, según Blum, en que hallándose todavía unos y otros jóvenes en el estado poligámico, habían pasado al monogámico antes de tiempo. Pero admitiendo—que ya es admitir—que esa fuera la causa eficiente de la desgracia, ¿está probado que esos matrimonios hubieran sido felices habiendo pasado antes, marido y mujer, por el estado poligámico? Pues eso es lo que hay que probar. Lo único que resulta de la historia de esos matrimonios es que Jorge fué un tonto y que el matrimonio conviene á unos caracteres y no á otros.

Para aceptar el remedio de Blum es preciso tener fe ciega en su eficacia. No hay duda que es enérgico; pero antes de escandalizarnos, conviene estudiarlo imparcialmente, sin dejarnos llevar de las protestas del sentimiento ni de las censuras de la moral corriente. Lo que se busca es hacer el matrimonio más confortable, si así puede decirse, y toda la cuestión queda reducida á saber si Blum prueba que con su remedio se logra ese resultado. Hoy las jóvenes se casan por amor ó por

interés: en el primer caso el azar lo domina todo; en el segundo la familia lo arregla sin tener en cuenta más que las conveniencias exteriores y formales; en ambos casos la razón queda desatendida, pues la mujer que así se obliga por toda su vida, ó se limita á obedecer á sus padres ó sigue su capricho, sin que su voluntad esté formada por la experiencia. En cuanto al marido, ó lleva al matrimonio la misma ignorancia que la mujer, ó, si sabe algo, lo sabe por los labios sospechosos y corrompidos de las perdidas con quienes ha estado en contacto. Y así sale ello.

Mañana, según Blum, será otra cosa. La niña de quince años será atraída por la dulzura y la ternura de un hombre ya maduro, y sin resistirse á ella, se entregará con satisfacción á las enseñanzas de aquel maestro, sin que los padres ni la sociedad tengan nada que decir de aquella unión natural, que durará hasta que uno ú otra se cansen; de aquella primera aventura pasarán á otra y otras, y cuando lleguen á los treinta, cansadas ya de aprender, comenzarán á sentirse maestras, y buscarán discípulos; y así los hombres, que actualmente se educan para el amor en las casas de mal vivir, tendrán por profesoras á distinguidas señoritas de excelente educación, que están recorriendo el ciclo poligámico de su existencia. Por entonces, calmada ya la fermentación del instinto, y adquirida la experiencia necesaria, la mujer empezará á sentirse apta para el estado monogámico y maternal, y entre los treinta y cinco y cuarenta llegará á su última aventura con todas las condiciones para elegir con acierto el hombre que ha de ser su marido. En el nuevo matrimonio no habrá pasiones, ni celos, ni engaños; marido y mujer serán como dos buenos y francos amigos que se contarán las respectivas aventuras de su juventud, y aquello será, según Blum, el reino de la tranquilidad y de la dicha.

¿Creen los lectores que todo esto es pura guasa? Nada de eso. Todo es fiel extracto de las afirmaciones serias y formales de Blum. ¡Bonitos matrimonios los que prepara á las futuras

generaciones! Esas confidencias y ese cambio de recuerdos deben ser deliciosos. ¡Cómo se regodeará el marido oyendo contar á su mujer sus aventuras amorosas! ¡Qué dignidad tan grande la de una pareja matrimonial puesta al nivel de las parejas efímeras de los lupanares! Si por ese camino se ha de llegar á la felicidad conyugal, castrando la dignidad de los esposos, no es fácil decir si no es mil veces preferible la actual desdicha. Pero aparte de esto, que en España afortunadamente es inconcebible, ¿de dónde saca Blum que su remedio sería eficaz para matar los celos, para llevar la paz á los matrimonios? ¿Dónde está probado que esa experiencia poligámica de la mujer no la hiciera despreciable, tan despreciable como una prostituta? ¿Y los hijos que fuera produciendo cada uno de esos ensayos poligámicos? ¡Ah! Eso no es estorbo para nada: se suprimen. Y con sanción tan radical, Blum no sólo resuelve el problema del matrimonio, sino todos los problemas.

CRÍTICA

EL PADRENUESTRO.—Soy un entusiasta del Padrenuestro. No conozco oración ninguna tan perfecta como ésta en ninguna religión, ni en el fondo ni en la forma. El Padrenuestro es realmente una obra maravillosa de sencillez y de profundidad, de elocuencia y de sentido práctico. Allí no hay ripios, ni exclamaciones de relleno, ni adjetivos ditirámbicos, ni frases huecas, cosas que tanto abundan en la generalidad de las oraciones y que tanto contribuyen á formar ese mal gusto que luego trasciende á las novenas y á los sermones, y que hacen de nuestro pueblo un pueblo de descreídos fanáticos, que se imaginan ser muy religiosos porque se confiesan á diario y se hartan de genuflexiones y de golpes de pecho, siendo su fondo puro paganismo y fetichismo vergonzoso y atávico.

El Padrenuestro es una oración modelo. ¿Cómo no, habiendo salido de los labios de Jesucristo? Desde su hermosa invo-

cación, todo en ella es perfecto. ¡Con qué arte están preparadas las peticiones que nos conciernen! Mucho ansiamos asegurar el pan nuestro de cada día para poder pagar el fatal tributo que nos exige nuestro cuerpo como condición de nuestra vida; mucho deseamos que, una vez satisfecha esa necesidad apremiante de todos los momentos, se olviden nuestros pecados y se perdonen nuestras deudas para poder desenvolvernos con desembarazo sin la carga de los remordimientos y de las culpas no redimidas; mucho ambicionamos después, al vernos libres de esos cuidados, saldadas nuestras cuentas y limpios de toda mancha por el perdón, que nos sea posible no volvernos á manchar ni endeudar, viéndonos libres de toda tentación; y no menos anhelamos vernos exentos de daños y de males; todo esto nos preocupa, y en ello se encierra todo, absolutamente todo lo que podemos desear: el sustento del cuerpo, la pureza del alma, la libertad del espíritu, la salud, la felicidad; todo ello está contenido en las peticiones del Padrenuestro, y todo se halla admirablemente enlazado y escalonado; pero antes de llegar á ello, para hacernos dignos de ser escuchados y atendidos, hay que preparar el ánimo de Aquel á quien dirigimos nuestras súplicas; por eso en el Padrenuestro se comienza con sencilla invocación, para en seguida humillarse ante el divino nombre, santificándole y deseando que el imperio de Dios se establezca, agregando antes de pedir nada, sin quejas ni gritos ni sollozos por nuestras miserias, la protesta de conformarnos de antemano con la divina voluntad, acatando lo que se digne disponer sobre nosotros, pruebas de paciencia, humillaciones, calumnias, dolores, injusticias humanas, ó bien honores, riquezas y alegrías; sólo después de esa hermosísima declaración «hágase tu voluntad», que cuando se hace con el corazón y no con los labios sirve de bálsamo consolador á los más terribles dolores y á las cuitas más punzantes, es cuando se entra con toda confianza á pedir el pan que necesitamos para vivir, el perdón que nos hace falta para sosegarnos, el apartamiento de la tentación para ser felices de

espíritu, y la franquicia del mal para la salud de nuestro cuerpo, compendiando en esas peticiones todo cuanto nos es lícito desear para nuestra dicha.

¡Qué lástima, sin embargo, que esta divina oración tengan que repetirla millones de fieles en un castellano indigno de su excelsitud y perfección! Sería incomprensible tan lamentable descuido si no supiéramos cómo se aprende en castellano á rezar y cómo rezan ordinariamente los españoles. Esos rezos no son oraciones ni son nada; eso es un mascullamiento de palabras hechas trizas, en el que se mueven los labios y la lengua produciendo un murmullo monótono y soporífero, pero en el que no se dice nada ni se piensa nada, ni se siente nada, en el que no entran para nada ni la cabeza ni el corazón. Y de tal modo es esto así, que yo he hecho muchas veces este experimento con señoras devotas: hacerlas decir el Credo ó la Salve y hasta el Padrenuestro despacio, de modo que se entendiera lo que decían, y demostrarlas que no lo sabían, porque á cada momento se quedaban cortadas y perdidas, sin acertar á coger la retahila de su masculleo mecánico. Así se comprende que un siglo y otro se siga estropeando el Padrenuestro y estropeando el castellano con la fórmula tradicional de un Catecismo no depurado, ni en la redacción ni en la doctrina.

¿Qué es eso de «venga á nos el tu reino»? ¿Hay nada más disparatado? El latín, de donde se ha tomado el texto directamente, dice: *adveniat regnum tuum*, y el macarrónico traductor de ese latín, que nada tiene de clásico, pero que al menos es claro y sencillo como corresponde á una oración popular, no se conformó con decir lisa y llanamente *venga tu reino*, ó á lo sumo, como en ciertos antiguos manuscritos, *avenga el to regno*, sino que sacó un *á nos* no se sabe de dónde y echó á perder el concepto, estropeando de paso el instrumento de que se servía para expresarse; sin duda, como el latín dice *adveniat* y no *veniat*, le pareció al traductor que diciendo sólo *venga* se quedaba corto, y como la preposición *ad* en tales compuestos indica una relación de tendencia hacia el que habla, de apro-

ximación, juzgó oportuno añadir al *venga* ese *á nos* que corrompe su sentido, sin caer en la cuenta de que el *venga* por sí solo era suficientemente expresivo, pues claro es que el que viene, viene á nosotros, pues al venir se aproxima, se acerca hasta que llega á nuestra presencia; en todo caso pudo echar mano del *avenga*, hoy desusado, pero entonces en uso, y en último resultado pudo decir *llegue*, penetrando en el sentido del *adveniat*, que es ése y no otro; pero á todas estas soluciones «venga tu reino», «avenga tu reino» ó «llegue tu reino», prefirió el «venga á nos el tu reino», que sobre ser censurable por su forma, expresa cosa muy distinta de lo que dice el original.

Venga á nos, en efecto, no se dice ni puede decirse en castellano correcto; ese *nos* es enfático, y aunque se ha empleado algún tiempo con el valor de *nosotros* que aquí se le da, es un empleo excepcional, que sólo se ha dejado para el *nos* de las personas constituídas en autoridad, especialmente para las autoridades eclesiásticas; ejemplo arcaico de ese empleo es la antigua fórmula del «nos, que valemus tanto como vos y todos juntos más que vos», etc. «Venga á nos el tu reino» quiere decir, deshecho el hipérbaton, «que tu reino venga á nosotros». ¿Qué es eso? Pues eso es decir que pedimos y deseamos que el reino de Dios venga á nuestras manos, lo cual, si no es una tremenda herejía, no sabemos lo que puede ser. ¿Y es eso lo que dice el latín *adveniat regnum tuum*? Quítese el *á nos*, y dígase sólo *venga tu reino* ó *el tu reino* si se quiere conservar ese arcaísmo, y se verá cuán distinto es un concepto del otro. «Venga tu reino» es la expresión de nuestro deseo de que llegue la hora de que Dios y sólo Dios reine, de que su reinado divino se imponga, acabando con los reinados efímeros y defectuosos de este mundo. Todo eso, tan claro, y tan cristiano, y tan natural, desaparece con el desdichado «venga á nos el tu reino», que cuando menos, y en el mejor caso de interpretación, quita fuerza, energía y claridad á la expresión, cuando no la trueca en fórmula soberbia de una ambición desatentada.

Podía quizá decirse que en la mente del traductor dominaba aquella idea de San Cipriano de que en la frase *adveniat regnum tuum* pedimos á Dios que no nos excluya del reino de los cielos, de su reino; y que por eso se dice «venga á nos el tu reino», para indicar ese deseo de ser admitidos en él; pero ni aun esa explicación sería admisible, porque una cosa es que nosotros vayamos al cielo, y otra que el cielo venga á nosotros; claro es que el resultado sería el mismo, pero es evidente que no es eso lo que se quiere decir, y que ese cambio de términos es de todo punto impropio. No es lo mismo que Mahoma vaya á la montaña que la montaña venga hasta Mahoma; desear que «venga á nosotros el reino de Dios» para que nosotros nos metamos en él á disfrutar de sus beneficios, no es lo mismo que desear que llegue el día del reinado de Dios, en el que acaben todas las injusticias y todos los pecados; es muy diferente pensar en Dios, en el bien, en la verdad y en la justicia, deseando ser sometidos á ellas sin restricciones, á pensar en nosotros mismos, haciéndonos eje del Universo hasta pedir que nos traigan el cielo á la puerta de casa para no necesitar escaleras.

Véase cómo otras lenguas han traducido el *adveniat regnum tuum*, y se notará que ninguna ha caído en la disparatada versión del Fray Gerundio que nos hizo el flaco servicio de traducirnos al castellano el Padrenuestro. El francés dice: *que ton règne arrive*, «que tu reinado llegue», traduciendo perfectamente el espíritu de la frase latina, y cuidándose bien de emplear la palabra *règne* y no la de *royaume* para marcar el valor preciso del concepto. El alemán dice: *das dein Reich komme*, «que tu reino venga», que es la traducción literal del latín. Pero ¿qué más? Los traductores mismos de la Biblia no incurren, como es natural, en la torpeza del traductor escogido por nuestros catequistas; véase la traducción del respetable padre Scio, y lo mismo en el Evangelio de San Mateo que en el de San Lucas, se notará que traduce, como corresponde, «Venga el tu reino», sin intercalar ningún *á nos* que desvirtúe el concepto.

¡Lástima grande que no haya quien se preocupe de estas pequeñeces, que si allá, en los brillantes días del Renacimiento, hacían echar de menos á un cardenal Bembo y á otros espíritus no menos cultos las delicadezas de los clásicos paganos, hoy también hacen que cuantos piensan y meditan sin apasionamientos, lamenten por lo menos el descuido con que se miran estas cosas por quienes tan fácilmente podrían remediarlas!

*
* *

OTRA VEZ «ACUSAR».—Es frecuentísimo tropezar en toda clase de periódicos y revistas y en multitud de obras originales y traducidas, especialmente en obras de Medicina y de Bellas Artes, con frases del tenor siguiente: «Los ornatos de hojarasca estaban excesivamente *acusados*»; «las facciones, *acusadas* y duras, del tipo mongólico»; «la pulsación, muy *acusada*, era propia de un temperamento vivo y enérgico», etc.

Este empleo de *acusar* es tan incorrecto como el del tipo «las noticias de hoy *acusan* tranquilidad». Tan galicismo es el uno como el otro, y más todavía éste que aquél, pues el «acusar» en el sentido de «revelar, indicar, delatar», etc., no es ni siquiera correcto en francés, mientras que este otro «acusar», en el sentido de «pronunciar», es giro corriente entre los buenos escritores traspirenaicos. Unas «facciones acusadas» son un disparate en castellano; las facciones de una persona ó de una imagen podrán *ser acusadas de duras*, de abultadas, de incorrectas, etc.; pero ellas, de por sí, no son acusadas ni pueden serlo, como son finas ó son bastas; para que una cosa sea «acusada», necesita ser *acusada de ó por* algo; ser acusada, sin decir de qué, es dejar el sentido incompleto; hay que decir ó, por lo menos, sobrentender *de qué ó por qué* se acusa. ¿Qué quiere decir «un ornato muy acusado», «una pulsación muy acusada», «unas facciones acusadas»? En buen castellano, nada, porque eso no tiene sentido; en galiparla, sí, porque allí *acusar* tiene el valor de *pronunciar, marcar, acentuar, resaltar, abultar*, etc., según los distintos casos. Empleemos, pues,

nosotros en cada caso la palabra que mejor traduzca y más fielmente se acomode á las circunstancias, y con eso obtendremos tres ventajas: la de hablar en castellano correcto, la de expresarnos con mayor precisión y propiedad y la de dar mayor variedad y elegancia á nuestros giros.

Así, en lugar de decir: «yo *me acuso* de no entender las noticias que *acusan* alarma por su muy *acusada* tendencia á excitar los ánimos», debe decirse: «yo *me acuso* de no entender las noticias que *revelan* (que indican, que descubren, que manifiestan) alarma (y mejor aún «las noticias alarmantes») por su muy *marcada* tendencia á excitar los ánimos». En lugar de «facciones acusadas», digamos «facciones pronunciadas»; en vez de «pulsación muy acusada», digamos «muy marcada»; en lugar de «hojarasca acusada», digamos «abultada»; en vez de «líneas acusadas», «líneas señaladas», y así sucesivamente. Se gana en claridad y en precisión, y no se estropea la hermosa lengua castellana, tan rica en matices de vocabulario.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA PSICOLOGÍA DEL DOLOR.—Hay quien sostiene que la alegría surge siempre de algún dolor, y quien afirma que el dolor es continuo, no existiendo la vida sin dolor. Lo cierto es que el placer y el dolor, que á primera vista pueden parecer opuestos, se hallan en constante contacto, y son quizá tan inseparables como la sombra y la luz. Ciertos placeres son debidos por completo á ciertos dolores: la alegría del convaleciente es desconocida por los que nunca han estado enfermos, ó no han asistido por lo menos en su enfermedad á una persona querida. Ya lo he dicho yo en mi poesía *En la cima*:

Hay que tener la boca hecha una fragua
Y sufrir de la sed el soplo ardiente,
Para apreciar el goce que se siente
Al beber con fruición un vaso de agua:

Hay que sentir el pecho desgarrado
Por la tos que nos deja sin aliento,
Para gustar del plácido momento
En que el pecho respira desahogado.

Hay que sentir el frío de la muerte
Congelarnos la sangre en las arterias,
Para apreciar la venturosa suerte
Del que vive, aunque viva entre miserias.

Hasta hay verdaderos dolores que producen extraño placer, como los dolores de los mártires y de los místicos y los azotes de los flagelantes. El doctor Brunner estudia en *Ost und West* las diversas teorías existentes sobre el concepto del dolor, estimando como mejor la de Miller, que se funda en el deseo, en la adecuación entre lo que deseamos y lo que obtenemos, de tal modo, que todo hecho que suscita atracción produce placer, y todo lo que excita repulsión, dolor; cuanto contraría nuestros deseos es dolor, cuanto lo favorece es placer.

Claro es que en esta estimación del placer y el dolor hay que tener en cuenta, como factor principalísimo, la sensibilidad de cada individuo, que varía enormemente de unos á otros, y que en general es muy pequeña, pues sólo ciertos seres escogidos gozan ó padecen una gran sensibilidad. Hay dolores que pueden llamarse universales, porque todos los sufren, mientras que otros son exclusivos de ciertos individuos. Los dolores *psíquicos* no son conocidos sino de los pensadores, cuando se hallan en el espasmo de la desilusión. Las letras y las artes son riquísimas en todo género de manifestaciones de dolores espirituales en todas sus variedades y matices.

Muchos psicólogos afirman la teoría que funde en una sola cualidad psíquica el placer y el dolor. Brunner estima que tal hipótesis es digna de atención, teniendo por lo menos su parte de verdad, comprobada por el hecho de que el placer, cuando se prolonga abusivamente, se convierte en dolor, y el dolor, cuando es demasiado continuado, casi resulta agradable. Esta última parte, sin embargo, no parece muy convincente. La

demasiada luz—siguiendo el símil de la luz y la sombra con relación al placer y al dolor—nos deja ciegos, pero las tinieblas excesivas no por eso nos permiten ver; y si el exceso de luz, al deslumbrarnos, nos ciega, el exceso de obscuridad no produce el efecto contrario.

*
* *

EL CORAZÓN INDUSTRIALIZADO.—En la revista alemana *Ost und West* estudia Westheim las transformaciones sufridas por el corazón como órgano clásico de la sensibilidad, afirmando que á consecuencia del industrialismo desarrollado en Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, el corazón se ha industrializado. La decadencia es visible, y la Humanidad futura acabará por adorar á un solo dios: el dios estómago. Toda la literatura contemporánea decanta la atonía del corazón. ¡Adiós las grandes pasiones! ¡Adiós los nobles afanes!

No ha llegado la ciencia á estudiar si el corazón de los antiguos era mayor y más vivo que el nuestro; pero la Historia demuestra en qué pueblos y en qué épocas se rindió mayor culto al ideal, y es evidente que en nuestros tiempos los ideales están en decadencia. Hoy les parece á muchos un arcaísmo el amor; si le conceden alguna importancia, no es en el sentido clásico de pasión alta, noble y digna, sino en sus manifestaciones más groseras, en sus bajezas, en su anormalidad. Hacer del amor solo materia de un drama les resulta imposible. Y es que aquel corazón que ha creado la gran dramática española, inglesa, italiana ó alemana ha desaparecido de la escena. A lo sumo, los grandes dramaturgos contemporáneos creen hacer una gran obra transformando el amor en epilepsia, porque son incapaces de comprender las grandes y verdaderas pasiones, confundiéndolas con las manifestaciones morbosas de esas mismas pasiones falsificadas.

El príncipe de Bülow se ha lamentado en sus discursos de la decadencia del corazón en Alemania, deseando se produzca una reacción que nos vuelva á los tiempos de los Goethe y los

Schiller, los Kant y los Hegel. Lo mismo ocurre en Inglaterra, y otro tanto pasa, en mayor ó menor grado, en el resto del mundo, salvo quizá en el Japón, que está pasando ahora por su edad heroica. Hay que reaccionar contra el exceso del industrialismo y el materialismo, que trata de extirpar en el espíritu humano cuanto afina el espíritu, eleva el alma y entenece el corazón.

*
* *

LA INUTILIDAD DE ESCRIBIR.—Las obras de pura literatura, los trabajos de erudición eran hace medio siglo poco numerosos relativamente, y el público los leía con placer, recompensando el esfuerzo del autor con una boga momentánea si quiera. Hoy salen á luz por centenas y hasta por millares estudios de este género. ¿Quién va á tener la pretensión de ser leído entre tantos y tantos autores como aparecen diariamente, disputándose la atención de un mundo distraído por tantísimas novedades?

Todo escritor tiene una ambición: la menor que se le puede suponer, aparte el deseo de lucro y el oropel de la gloria, es la de aspirar á la estimación de sus contemporáneos. ¿Tiene probabilidades de lograrla? Ya hace tiempo que notó La Bruyère que todo está ya dicho, y se viene al mundo demasiado tarde, desde que en él hay hombres, y que piensan. «Todos vivimos sobre un fondo común. ¿Qué creador tendrá el genio necesario para renovarlo?»

Es verdad que si en el fondo es difícil crear, queda la forma. Pero leed una novela, una comedia esmaltada de frases aladas, ingeniosas, picantes, y pasad luego á otra, y, como dice Jacobo Lux en la *Revue Bleue*, tendréis la sensación de lo *ya visto*. Analizad un estudio de erudición, y conoceréis el molde en que está fundido. Hoy es casi más rápido enumerar, de las personas conocidas, á las que no escriben que á las que escriben. Hoy tenemos muchachos y muchachas que rivalizan en ardor por escribir libros cándidos, escépticos ó perversos. No es raro que en una familia estén todos los individuos en-

tregados á las alegrías de la redacción, escribiendo confidencias de niña ó exhortaciones de padre de familia, poemas ó comedias.

¡Escribir! ¿Para qué sirve escribir? En otro tiempo se daba por ese camino nuevo lustre á un nombre ventajosamente conocido ya entre los comerciantes ó los zapateros. Un artesano lograba así reputación de letrado. Pero ¡en nuestros días!, ¡cuando el fondo de ideas y el almacén de decoraciones están abiertos á todos! ¡cuando todo el mundo escribe y nadie lee á sus émulos! ¡Componer estudios expertos y novelas distinguidas que ni siquiera tendrán el privilegio de empolvase en las estanterías de una biblioteca abandonada! ¿Qué es eso sino una dulce manía menos costosa que el automovilismo, más inofensiva que el juego? Antes que narrar la vida, probad sus emociones y pedid á la acción esa reputación que ya no pueden dar las letras.

Pero ¿la da algo? ¿Puede nadie estar hoy seguro, llámese Edison ó Marconi, Castelar ó Víctor Hugo, Patti ó Caruso, Bismarck ó Moltke, de llegar á la posteridad con esta fiebre espantosa de lo nuevo que todo lo absorbe sin dejar punto de descanso á la fatigada atención? No nos resistimos al deseo de transcribir aquí un excelente soneto de A. des Essarts, que vertido al castellano lo mejor que hemos podido hacerlo, dice así:

SOBREVIVIRSE

(TRADUCCIÓN DE A. DES ESSARTS)

Mucho espanta la muerte, pero más el olvido.
Del peso de los años al verse libre el hombre,
Teme que con su cuerpo se sepulte su nombre.
Aun reducido á nada, quiere ser conocido.

Y unos, libros y libros amontonan con ruido;
Y otros, con el estudio conquistan gran renombre...
Y se van... y en seguida no hay nadie que les nombre,
Su pedestal triunfante cayendo carcomido.

El tiempo iguala todo, cabañas y santuarios;
 Alcázares y templos su vida ven minada,
 Y ni aun respeto logran de Egipto los osarios.
 Un día es un relámpago, un siglo una oleada;
 Y el sabio como el necio, pobres y millonarios,
 Van juntos al abismo hechos polvo, humo, nada.

*
 * *

LOS PREMIOS LITERARIOS.—*La Revue* de París ha abierto una información entre los literatos y las revistas para averiguar la opinión dominante sobre los premios otorgados por concurso y sobre su influencia en el arte literario.

Hasta sobre el principio mismo de la existencia de los premios están divididas las opiniones. Los escritores que han llegado á la notoriedad son partidarios en general de los premios, aunque algunos rechazan la imposición del asunto ó tema del premio, estimando que debe ser completamente libre. Los que todavía no han alcanzado gran notoriedad son en su mayoría adversarios de los premios, expresando algunos con vehemencia su oposición. Los jóvenes se declaran casi todos en contra.

En cuanto á la influencia que la fundación de premios pueda ejercer en los dominios del arte, casi todos están conformes en que la preocupación de obtener un premio no puede influir en los verdaderos artistas, que jamás escucharán sino la propia inspiración, sin cuidarse de agradar ó no á un jurado ni á un público determinado; procurarán hacer excelente labor, tal como ellos la entienden, y no se preocuparán de más, confiando en que si la actual generación no les comprende, ya les comprenderá otra.

El mayor peligro de los premios literarios está en que no se otorguen con justicia. Precisamente la aptitud de un jurado cualquiera para recompensar obras originales ó para designar la mejor que se haya publicado, sea en prosa ó en verso, ha sido siempre muy discutida, pues en el último caso, sobre todo, sería preciso que el jurado leyese y digiriese 200 ó 300

obras, y las analizara y criticara comparativamente, y eso no hay jurado que lo haga, pues los hombres á quienes se designa para tan ardua tarea, ni tienen tiempo ni gusto para poderse imponer semejante labor. Juzgan de primera impresión, según sus preferencias individuales de escuela ó de partido; y si hay conflicto entre esas preferencias, se viene á un acuerdo por concesiones recíprocas, de todo punto extrañas al valor intrínseco de las obras presentadas al concurso.

Hay que ver, por otra parte, que ni los fundadores ni el jurado se dan muchas veces clara cuenta del fin que persiguen. Quisieran recompensar al autor de la mejor obra del año, y al mismo tiempo facilitar los comienzos de un escritor novel, facilitándole recursos para darse á conocer. Pero estas aspiraciones no siempre se armonizan bien, pues sucede que la mejor obra del año no es la de un escritor novel, ó que el escritor novel es rico, y no necesita auxilios ajenos para poderse lanzar en el mercado literario; si no se le da el premio se comete una injusticia, y si se le da se priva de esos recursos á un necesitado.

Según Le Cardonnel, que es quien hace el resumen de la información abierta, lo que resulta evidente es el error de los fundadores de premios al mezclar la filantropía con el arte. Si existiera una crítica verdad se tendría mucho adelantado, pues esa crítica descubriría dónde estaba el mérito, y allí podría acudir el filántropo con sus socorros; pero la crítica ha muerto por el bajo nivel intelectual de los periódicos de gran circulación, obligados á desarrollarse como puras empresas mercantiles, y su desaparición impide muchas veces acudir con el remedio donde hace falta, despistando al filántropo, al público y á los jurados mismos. Por lo demás, es sensible que un Villiers, un Lacuria y un Verlaine hayan pasado hambre; pero es casi seguro que la institución de los concursos no hubiera cambiado su situación, desgraciadamente.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Estudio sobre la legítima, por Cristóbal L. Mendoza. Caracas, 1907.
Folleto de 42 páginas.

El autor ha escrito—bien escrito, por cierto, literariamente—este estudio con el objeto de pedir al legislador venezolano la supresión de la legítima en aquel derecho civil, estableciendo, en cambio, un estado legal de cosas parecido al que desde no hace mucho está implantado en Méjico, y desde largo tiempo hace en Inglaterra y otros países sajones. Para fundamentar esta petición, se sirve principalmente de indicaciones históricas, que le dan motivo para trazar un cuadro de la legislación tocante á la legítima en varios pueblos antiguos y modernos, y para llegar á la conclusión de que tal institución no responde «á una necesidad imperiosa de la naturaleza humana, ni á sentimientos naturales, sino que es una consecuencia de circunstancias sociales de carácter local y temporal, nacidas y desarrolladas al calor de ideas y sentimientos peculiares de una raza y de una determinada historia política, económica y social».

L'anarchia. Gli agitatori, le idee, i fatti. Saggio di una revisione sistematica e di una valutazione etica, per Ettore Zoccoli. Torino, Fratelli Bocca, editori, 1907. Un vol. en 4.º, de xxiv-526 páginas, 14 liras.

El autor ha trabajado mucho, seguramente, para componer este libro. Ha registrado gran abundancia de documentos. Y así el lector que lo desee puede aprovecharlo, no sólo como

fuentes de información directa para conocer muchos datos referentes al anarquismo y á sus mantenedores y secuaces, sino como guía indicadora para más profundos ó circunstanciados estudios.

Quizá sea éste—y no es pequeño—el principal valor del trabajo. Pues si el Sr. Zoccoli se propone examinar, como lo promete desde un principio, la doctrina anárquica científica y moralmente, esto es, someterla á una revisión sistemática y á una apreciación ética, y hasta parece asegurar (p. vi), acaso un poco arrogantemente, ser el primero que tal hace, yo no me atrevería á asegurar que haya logrado sus propósitos. El libro me ha hecho la impresión de que ofrece más que cumple. Merece alabanzas, como he indicado; pero de esto á creer que en él se contenga un análisis objetivo de las doctrinas anarquistas, suficientemente satisfactorio para que pueda servir de antídoto eficaz contra «las consecuencias prácticas» de aquéllas, según quiere el autor, hay alguna distancia. La primera condición para ello tendría que ser que el estudio fuese tan imparcial, tan sereno, tan científico como Zoccoli quisiera y asegura hacerlo. Pero desde bien pronto se advierte, y según se avanza en la lectura vienen á confirmarlo multitud de pasajes, que el libro está hecho con espíritu marcadamente hostil contra la que considera el autor como «la más importante desviación ética que haya jamás turbado el mundo». Y tal circunstancia obliga, creo yo, á restar interés y valor á un libro que, á pesar de concurrir ella, es, sin duda, muy recomendable, pero que lo sería bastante más de estar escrito con juicio menos prevenido y apasionado.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La emigración en general y la emigración en España</i> , por Mariano Marfil.	5
<i>Fe, caridad y esperanza</i> , por Eloy Luis André.	20
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.	36
<i>De lingüística regional y sus concomitancias</i> , por Adolfo Bonilla y San Martín.	48
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi.	76
<i>España fuera de España</i> , por E. Bertaux.	107
<i>Maternidad</i> , por Johan Bayer.	127
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.	163
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.	171
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.	206